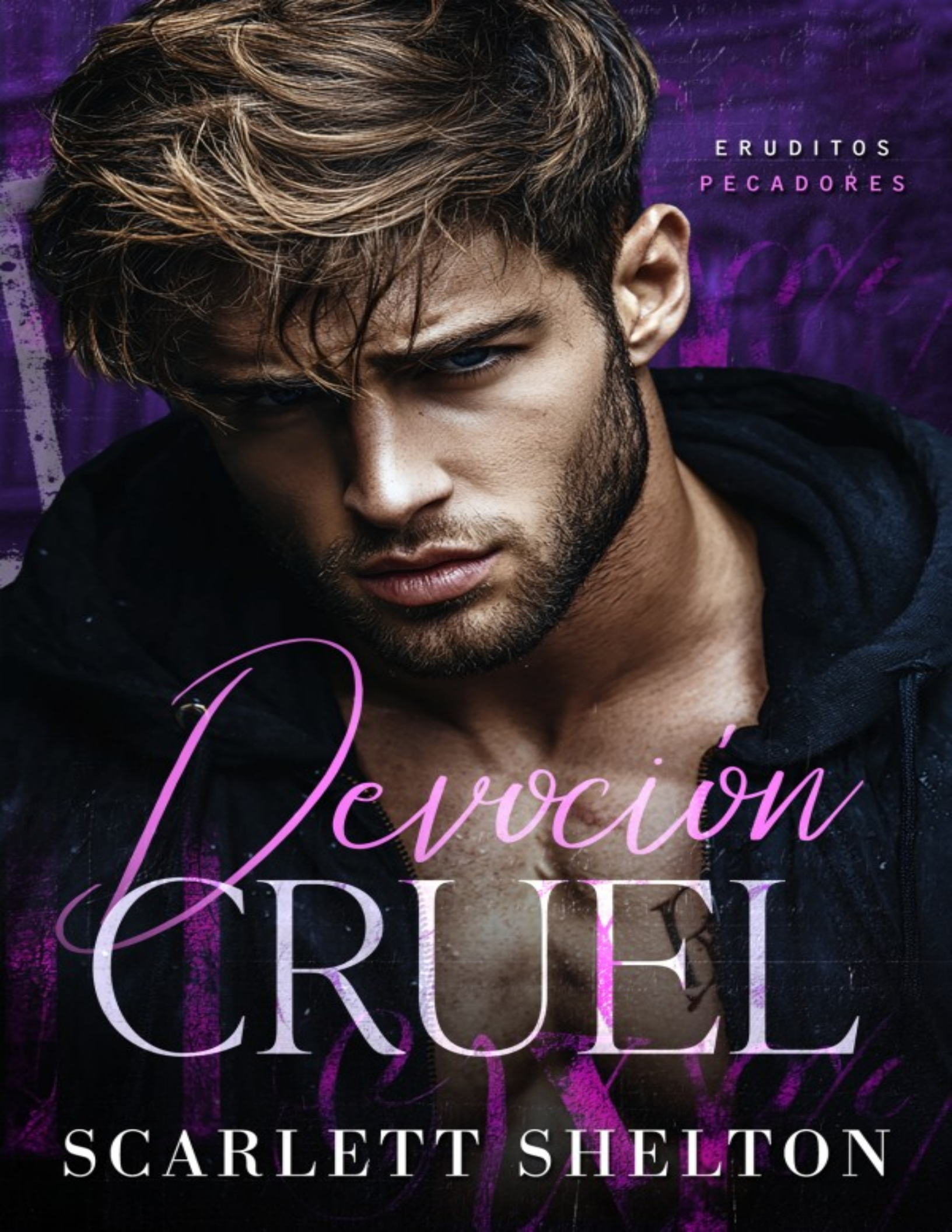

ERUDITOS
PECADORES
Devoción
CRUEL
SCARLETT SHELTON

DEVOCIÓN CRUEL

SCARLETT SHELTON

Copyright © 2025 por Scarlett Shelton

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel

ÍNDICE

Blurb

1. Haley
2. Eli
3. Haley
4. Eli
5. Haley
6. Eli
7. Haley
8. Eli
9. Haley
10. Eli
11. Haley
12. Eli
13. Haley
14. Eli
15. Haley
16. Eli
17. Haley
18. Eli
19. Haley
20. Eli
21. Haley
22. Eli
23. Haley
24. Eli
25. Haley
26. Eli
27. Haley
28. Eli
29. Haley
30. Eli

BLURB

Dicen que soy igual que mi madre - ***un escándalo a punto de suceder****.*

Cada día en la universidad es un infierno, con **susurros que persiguen mi sombra**.

Pero lo peor es *Eli Young* - mi amigo de la infancia convertido en **cruel atormentador**.

Es el señor Popularidad, el chico dorado con *moretones que cree que nadie ve*.

Cuando me besa en la biblioteca, sé que es **peligroso**.

Cuando me toca, olvido por qué debería odiarlo.

Dicen que las chicas buenas no se enamoran de sus acosadores.

Pero nunca te dicen qué pasa cuando *tu acosador también se enamora de ti*.

Ahora llevo su secreto, y está *creciendo dentro de mí*.

¿Será esto nuestra perdición o nuestra salvación?

Nota de la autora: *Este romance universitario prohibido contiene acoso, enemigos convertidos en amantes y un embarazo inesperado. Una ardiente historia de redención donde las cicatrices sanan a través del amor, pero solo si eres lo suficientemente valiente para sobrevivir primero a la crueldad.* 🔥

1

HALEY

La manecilla del reloj sobre el podio del profesor Blume avanzaba lentamente. Y más lento aún. Mirando fijamente la pequeña palanca, deseaba que girara más rápido y me sacara de aquí.

Aguantar la última clase del día siempre me ponía los nervios a flor de piel. Después de una agotadora semana con un horario completo de clases magistrales y prácticas, me impacientaba por salir de este lugar e irme a casa. A diferencia de la mayoría de mis compañeros que tenían dormitorios o apartamentos cerca del campus, yo tenía que esperar aún más para llegar a casa, a la casa que compartía con mi tía Cindy.

Mi tía Cindy, quien estaría muy molesta por tener que esperar aún más tiempo en el estacionamiento.

Suspiré, tratando de no inquietarme y soportar las últimas tonterías sobre las que el profesor Blume quería divagar una y otra vez. No era mi profesor favorito, no como aquellos dos o tres que tuve en primaria y secundaria que me motivaron a querer obtener un título en educación y ser maestra yo misma.

Pero, ¿acaso el viejo estirado nunca se escuchaba a sí mismo?

¿No podía ver a todos los estudiantes aburridos prácticamente quedándose dormidos en esta sala de conferencias? Literatura Británica podría ser un curso fascinante, pero él lo convertía en una tortura medieval.

Mirando el reloj, jugué conmigo misma, estimando que habían pasado tres minutos completos desde la última vez que miré y comprobé la hora. Perdía cada ronda, haciéndome preguntarme si habíamos entrado en un agujero negro y el tiempo se había detenido por completo.

Por fin, terminó. El profesor Blume dio un profundo suspiro, como siempre hacía, como si fuera una tragedia que no pudiera seguir divagando.

—Bueno, supongo que es todo por hoy, desafortunadamente —dijo mientras los estudiantes salían disparados de sus asientos, saliendo de allí en masa.

No. Es con gran fortuna que podemos salir de aquí. Me levanté y enderecé mi montón de libros para deslizarlos de nuevo en mi bolsa. El profesor Blume era uno de esos tipos engañosos a los que les molestaba actualizar la agenda en línea y que te asignaba una tarea para anotar en el último minuto. Parecía que hoy estaba de humor misericordioso, sin añadir lecturas o tareas adicionales.

Arrastrándome por la fila de asientos, me aseguré de no hacer contacto visual con mis compañeros. No era justo que un esfuerzo colectivo de acoso me siguiera desde la escuela secundaria hasta la universidad, pero estaba tan acostumbrada, tan familiarizada con la necesidad de mantener la cabeza agachada y permanecer fuera del radar de todos, que se había convertido en una segunda naturaleza.

—Haley —llamó el profesor Blume antes de que llegara al pasillo.

Me tensé.

—Haley Feldstone —repitió, como si no hubiera escuchado su voz seca y retumbante.

—¿Sí? —miré hacia arriba, evitando las sonrisas burlonas de los dos idiotas más cercanos a la parte delantera del auditorio.

Preston West se puso de pie y se echó su espeso cabello negro hacia atrás. Su sonrisa de suficiencia no podía presagiar nada bueno para mí, nunca.

Mientras caminaba por la alfombra anticuada y delgada del pasillo, presté atención al profesor Blume, quien parecía esperarme en el podio.

—Señor Young —entonó en lugar de explicar por qué me había llamado.

—¿Qué pasa, profe? —respondió Eli desde el otro extremo de la fila por la que pasaba.

No me atreví a mirar al *Señor Popular* de allí. Pasando junto a Preston, tenía que estar super alerta y preparada para cualquier cosa. Podría argumentar que poner el pie para hacer tropezar a alguien que baja por el pasillo era una estupidez infantil que hacían los niños inmaduros cuando eran más pequeños, pero este era Preston. Una vez acosador, siempre acosador.

—Ambos, a mi oficina —el profesor Blume volvió su mirada desaprobadora hacia mí—. Ahora.

Oh, maldita sea. ¡Tienes que estar bromeando! Justo cuando estaba prácticamente babeando ante la oportunidad de que este día, esta semana, terminara, él esperaba que retrasara mi salida de aquí.

Apreté los labios, deseando poder decirle que no, gracias. No había hecho nada, nada malo que justificara esa mirada altiva y desdeñosa como si fuera una delincuente. Tampoco había hecho nada particularmente impresionante que potencialmente mereciera sus elogios ni nada parecido.

Siendo una Feldstone y con la reputación de mi familia que nunca, jamás me dejaría, sabía con certeza que todo lo que había hecho

aquí era mantener un perfil bajo. Aprobar. Hacer lo mínimo indispensable y tener éxito sin llamar la atención sobre mí misma.

—Dije *ahora* —dijo el profesor Blume cuando disminuí la velocidad.

Hacer pausas estaba fuera de cuestión. Decirle que tenía a alguien esperándome tampoco era una opción. Si quería evitar causar problemas, mi única opción era ver qué quería.

—¿Qué hiciste esta vez, Haley? —me provocó Preston mientras bajaba al nivel más bajo de la sala.

Ignorando su pregunta, seguí al profesor a través de la puerta que conducía directamente a un pasillo que se abría en el laberinto de oficinas del departamento de Inglés. Eli se puso a caminar detrás de mí, también siguiéndonos, pero me negué a mirarle y reconocer que estaba cerca. *Sentía* el desdén. Su mirada nunca pasaba desapercibida. Y como cada vez que quería mirarme y hacerme sentir inestable e incómoda, resistí el impulso de hacer contacto visual.

Odiando lo mucho que me retrasaría y preocupada de que la tía Cindy se enfadara por esperar, seguí al profesor Blume hasta que me señaló la pequeña sala de espera frente a la puerta de su oficina. Un asistente de enseñanza, o TA, estaba sentado en un pequeño escritorio fuera de su oficina, probablemente un estudiante trabajando como secretario.

—Señorita Feldstone —dijo el profesor Blume, indicándome que entrara a su oficina—. Señor Young, puede esperar aquí.

Entré y tomé asiento, rezando para que esto no llevara mucho tiempo. —¿Hay algún problema, profesor? —me estiré para apretar mi cola de caballo, lamentando que mi cabello rubio estuviera tardando una eternidad en crecer desde que unas chicas pensaron que sería hilarante cortarme el pelo durante una clase de historia.

—Sí, tengo una preocupación —dijo, tamborileando los dedos sobre su escritorio mientras me miraba fijamente—. Escuchar sobre una

estudiante que hace trampa en un examen siempre es preocupante.

Me contuve para no poner los ojos en blanco. *No* esto *otra vez.* —Profesor Blume, como la última vez que Eli me acusó de hacer trampa, es mentira. No he hecho trampa en nada de su clase, ni en ninguna de mis clases.

Esto era una mierda. Yo no *necesitaba* hacer trampa, a diferencia de él. Eli siempre había tenido problemas para mantener sus calificaciones, claramente más preocupado por sus objetivos de fútbol y por ser popular.

—El señor Young no me informó sobre esta trampa.

—¿Entonces quién lo hizo? *No, déjame adivinar. No podría ser ese imbécil que se cree una especie de dios entre los hombres...*

—No importa quién me lo haya comunicado, pero agradezco que hablara. Aunque, de nuevo, el señor West es un estudiante ejemplar que, hasta donde puedo ver, no hace nada malo.

Claro. Por supuesto que elogiaría a un vago idiota como Preston. La familia West era muy importante en esta pequeña ciudad universitaria, y tenían aún más influencia en el campus como familia fundadora y donantes adinerados.

—Apenas importa quién se presenta valientemente e identifica a alguien que hace trampa cuando tengo...

Su teléfono sonó, y él frunció el ceño mirándolo, perdiendo el hilo.

—¿Cuándo tiene? —le animé.

—Cuando tengo evidencia —frunció el ceño ante su teléfono, levantando la mano—. Que encontraré en un segundo. Por favor, espera afuera mientras atiendo esta llamada.

Claro, claro. Como si no tuviera nada más que hacer como irme a casa. Como si mi tiempo fuera invaluable y yo no importara, ¿verdad?

Salí de su oficina, furiosa porque Preston me difamara así —otra vez — y me dejé caer en la silla vacía junto a Eli.

Él se inclinó, haciendo que su colonia picante llegara a mi nariz más rápido. —¿En problemas otra vez? —susurró.

—No —me negué a mirar sus ojos azules y reconocer cualquier cosa que dijera. No podía estar en problemas cuando no había hecho nada malo—. ¿Suspendiendo otra vez? —le provoqué.

—Nunca he suspendido —respondió acaloradamente.

Me encogí de hombros, sintiéndome pequeña y mezquina por devolverle la intimidación. Esa era la diferencia entre nosotros. Yo tenía conciencia y mis acosadores nunca la tuvieron.

—Adivinaré que te persigue por hacer trampa otra vez.

—Nunca he hecho trampa.

Eli se rió entre dientes. —No es lo que he oído.

—¿Han oído —dijo el estudiante trabajador en el escritorio, obviamente escuchando— que Mariana Roost no tiene pareja para el baile de invierno? —Pestañeó, riendo.

—No había oído eso —respondió Eli conversacionalmente, sin inmutarse por cotillear y hablar sobre esa estúpida tradición. ¿A quién le importaba un maldito baile formal de invierno? A mí no. Estaba aquí para aprender y salir de la ciudad de una vez por todas.

—Falta solo un mes —dijo la secretaria estudiante.

—Así es. Se acerca tan pronto —respondió Eli, casi coqueteando con ella—. No puedo esperar.

Puse los ojos en blanco, preguntándome si podría simplemente salir de aquí y defenderme contra estas acusaciones más tarde.

—No es que tú sepas nada de eso —dijo Eli, volviéndose hacia mí.

Me negué a hacer contacto visual, soportando el ardor de su mirada en mi perfil.

—No tienes pareja para eso, ¿verdad, Haley?

—No, Eli —respondí con ironía—. No la tengo. Ni la querría. Es un baile estúpido y una tradición tonta para idiotas que quieren aferrarse a sus días de secundaria y no crecer para actuar como adultos.

Él silbó suavemente. —Alguien está susceptible con la idea de un simple baile.

Miré hacia el techo, debatiendo otra vez si simplemente salir de aquí. —Entonces dime. ¿Por qué *debería* importarme este baile?

Todo lo que me importaba era graduarme y mudarme de aquí para vivir con mi hermana en la ciudad.

El profesor Blume aún no había llamado a ninguno de nosotros, y me rendí. Renuncié. Él podría enviarme un correo electrónico sobre esta supuesta evidencia de mi trampa. Cuando lo hiciera, vería que estaba equivocado.

Me puse de pie y salí, dejando a Eli y sus burlas, al profesor Blume y sus preocupaciones infundadas. Ya había tenido suficiente por hoy.

No me detuve hasta que salí, manteniendo mis ojos en nada más que donde ponía mis pies en esta salida apresurada. Una brisa fría golpeó mi cara en cuanto estuve expuesta al aire invernal, y apreté mi abrigo un poco más alrededor de mí.

Ahí está. Divisé la oxidada minivan de la tía Cindy y corrí hacia ella. Estaba al ralentí en una zona de no aparcar, así que me apresuré a abrir la puerta del pasajero y lanzarme dentro. Un aire viciado y cálido golpeó mi cara en un latigazo de temperaturas comparado con el aire gélido del exterior.

—¡Has tardado una eternidad! —No perdió ni un segundo metiendo la marcha y alejándose a toda velocidad—. He estado parada

durante quince minutos. Ese maldito guardia del aparcamiento vino y me dijo que me moviera o me pondrían otra multa. He estado dando vueltas por el estacionamiento todo este tiempo.

—Lo siento, tía Cindy.

—¿Qué te ha llevado tanto tiempo? —Negó con la cabeza, haciendo que su pelo gris y encrespado rebotara con el movimiento.

—El profesor Blume me pidió que fuera a su oficina después de clase.

—Oh, Dios —gimió ella—. No me digas que es algún pervertido tratando de aprovecharse de ti solo porque eres una Feldstone.

—No. *Puaj.* Pero sabía por qué ella asumiría eso. Mi madre, y mi hermana, no le habían dado a nadie en Marsten una razón para tener opiniones más favorables sobre nosotras—. Preston West me acusó de hacer trampa en un examen y...

—Vamos, Haley. Sabes que es mejor no meterte con la familia West —redujo la velocidad en un semáforo, y la furgoneta se estremeció y gruñó a las RPM más bajas.

—Sé que es mejor no meterme con nadie, tía Cindy. No busco problemas, nunca.

—Más te vale —me miró mientras esperaba a que el semáforo cambiara a verde—. Porque te juro, Haley. No puedo soportar que la cagues. Hagas lo que hagas, por favor, por el amor de todo lo sagrado, no hagas mi vida más difícil de lo que ya es.

—No lo haré —prometí, como había hecho muchas veces antes—. Pero no es mi culpa. Ellos me molestan y me acosan y...

—Entonces lo ignoras —me aconsejó—. No dejas que la familia West note siquiera que estás ahí.

Ignorar a los idiotas y mocosos que me acosaban era *todo* lo que hacía. Y odiaba cómo mi tía nunca creía que yo era la víctima en

todo esto.

—No debería tener que recordarte que todos en nuestra familia han tenido un mal pasado con los West.

—No —respondí abatida, mirando por la ventana mientras el paisaje cubierto de nieve pasaba borroso—. No tienes que recordármelo. —A veces, sentía que todos tenían un mal pasado aquí. Marsten podría haber sido llamado pintoresco y bonito, pero sus ciudadanos eran demasiado cerrados de mente.

Suspiré, negándome a sentirme mal por esto.

Este es el último semestre.

Solo aguanta y gradúate.

Estaba casi fuera de aquí, y no podía esperar a comenzar el resto de mi vida en otro lugar, en mis propios términos y sin ningún prejuicio de pueblo pequeño que hiciera mi existencia más difícil de lo necesario.

2

ELI

El profesor Blume no tardó mucho.

En el segundo en que me llamó para verlo en su oficina, supe exactamente lo que me diría.

Y lo había hecho, al principio, diciéndome que mis calificaciones estaban bajando.

Bla, bla, bla. Las mantenía en el promedio o por encima, todo lo que se requería para cumplir con los criterios de mi beca.

Luego expresó sus opiniones sobre mi falta de entusiasmo.

Lo que sea, tío. Beowulf era demasiado aburrido para emocionarme. Apenas importaba si me gustaba la clase. Literatura Británica era la última optativa que podía cursar para graduarme en primavera.

Por último, se aseguró de decirme que no aprobaría si entregaba un trabajo o tarea más con retraso.

Mejor tarde que nunca, si me lo preguntas.

Ahora llegaba tarde, de hecho, horas después de haber dejado el campus. Mi habitación en la residencia apestaba a demasiada colonia después de que Finn, mi mejor amigo y compañero de

equipo, rociara casi una botella entera sobre sí mismo para enmascarar el olor a hierba. Todo el mundo fumaba en el campus, y no estaba seguro de por qué le preocupaba que alguien lo oliera en él ahora. No es como si estuviéramos jugando activamente. La temporada de fútbol americano había terminado. El baloncesto estaba en marcha. Nadie, especialmente un entrenador, le llamaría la atención por fumar un porro ahora.

—Solo no fumes antes de salir —le dije mientras salíamos de nuestra habitación para dirigirnos a una fiesta.

—Estoy nervioso —argumentó.

Puse los ojos en blanco, encontrando gracioso lo inseguro que podía ser. Estábamos casi fuera de aquí, listos para salir como graduados universitarios y conquistar el mundo. ¿Y él todavía necesitaba un poco de hierba para relajarse?

—¿De qué demonios hay que estar nervioso? —pregunté—. Ya hemos ido antes a casa de Preston. —No era el apartamento de Preston West, sino la casa familiar. Con sus padres fuera de la ciudad y después de la gran victoria del equipo de baloncesto esta noche, esa mansión cerca del campus estaría encendida. Aun así, este no era nuestro primer rodeo. Finn y yo habíamos perfeccionado el arte de aprobar nuestras clases, jugar al fútbol americano y salir de fiesta.

Lo echaría de menos cuando llegara el verano.

—Porque esa chica de mi clase de economía estará allí —dijo Finn—. No quiero que huela hierba en mí y piense que soy un perdedor inútil.

Me reí, pasando mi brazo alrededor de sus hombros.

—Tío, te preocupas por nada. Y si es tan prejuiciosa que no te prestaría atención porque fumas un porro, entonces que se joda. No necesitas una mujer tan crítica en tu vida.

Sonrió, negando con la cabeza.

—No, tío. Yo *quiero* follarla. No es como todas las de cursos inferiores. Es mayor. Más experimentada. Más...

Lo aparté juguetonamente.

—Aún no te has graduado —le recordé—. Vive un poco mientras puedas.

Porque antes de darnos cuenta, tendríamos nuestros diplomas y la fiesta habría terminado. Solo seríamos adultos. Sin entrar en el profesionalismo, también tendríamos que dejar atrás nuestros días atléticos.

Maldita sea, hacerse mayor era deprimente.

—Sí, exactamente. Todavía no nos hemos graduado. ¿De qué quería hablarte Blume? ¿De tus notas otra vez?

Me encogí de hombros, sin querer dejar que bajara mi ánimo. Finn sabía cuánto podía luchar yo con las calificaciones. No era porque fuera estúpido. Simplemente no lo entendía tan fácilmente como los demás, probablemente debido a las fiestas y mi interés en los deportes.

—Es jodida Literatura Británica. Es una optativa. Mientras saque una C, está bien.

—Eso esperas —dijo Finn, arqueando las cejas. El gesto facial hizo que sus gafas se deslizaran por su nariz, y se las empujó hacia arriba.

—No hay esperanza que valga. —Por lo que podía ver, todo iba según lo previsto. Había conseguido una beca completa de Marsten High por mi éxito como quarterback. Aprobé los tres años de mi programa. Y en mayo, cuando tuviera mi diploma en mis manos, podría encontrar trabajo como técnico en fisioterapia, terminando mis estudios en medicina deportiva.

—Solo digo que aún no estás a salvo —advirtió—. Oí sobre ese tipo que tuvo que devolver toda su matrícula, las tarifas de la residencia, todo. Tuvo que pagarlo todo porque perdió su beca por mal comportamiento.

Fruncí el ceño, odiando cómo alguien como un decano universitario podía arruinar la vida de alguien así. También había oído que tener una beca completa era un privilegio que podía ser revocado, pero eso no me pasaría a mí.

—Menos mal que yo sé comportarme —dije, sin importarme lo arrogante que sonaba.

Finn puso los ojos en blanco.

—Sí, claro.

—Todo el mundo me adora. —Levanté los brazos mientras caminaba hacia atrás, recorriendo el resto del camino hacia la mansión West.

—¡Te queremos, Eli! —gritaron un par de chicas desde el otro lado del amplio césped.

—¡Sí, joder, te quiero, tío! —gritó un amigo del equipo desde otra acera.

Riendo y negando con la cabeza a Finn, levanté las manos.

—¿Ves?

Él se rió.

—Lo que tú digas, tío.

Media hora después, sin embargo, después de que Finn y yo entráramos en la casa y nos abriéramos paso por la fiesta, encontré a la persona número uno que nunca admitiría quererme. Ni siquiera gustarle.

El dueño de la "casa" y la estrella del equipo ganador de baloncesto prácticamente se pavoneaba. Nunca me había caído bien Preston

West, y el sentimiento era mutuo. Finn pensaba que era porque ambos éramos estrellas del deporte y populares por ello, solo que en equipos diferentes. Yo suponía que era simplemente porque el tipo era un imbécil.

—Miren quién está aquí, todos —se burló Preston a la gente que bebía y se mezclaba a su alrededor—. El único e inigualable *perdedor*.

Puse los ojos en blanco, acostumbrado a que todos llamaran perdedores a los miembros del equipo de fútbol. Desafortunadamente *habíamos* perdido nuestro campeonato al final de la temporada en noviembre. Pero diablos, nuestro mejor corredor tuvo una conmoción cerebral por un placaje *y* los árbitros claramente estaban sesgados contra nosotros.

—Lo que tú digas —respondí, manteniendo las cosas lo más civilizadas posible. Después de todo, esta era su fiesta y éramos sus invitados. La familia de Preston era uno de los grandes nombres en la ciudad y la universidad, así que, por supuesto, yo seguiría la línea y no sería grosero con él abiertamente. Nunca le besaría el trasero ni sería un pusilánime como probablemente querrían mis padres, ya que ellos veían a los West a través de filtros de asombro, envidia y miedo.

—Bah, está bien —bromeó Preston antes de dar un sorbo a su bebida. Tomé una ya que estábamos cerca de los barriles.

—¿Qué está bien? —pregunté.

—Ser el segundo mejor. Un perdedor. —Se encogió de hombros, sonriendo—. No eres nada especial y todos lo saben, Young.

Me contuve de responderle, sabiendo que solo decía estas mierdas para quedar mejor. Para que pudiera sentirse más grande y mejor.

—Oye. —Finn inclinó la cabeza hacia un lado, captando mi atención antes de que pudiera responder al anfitrión de la fiesta, el imbécil que pensaba demasiado de sí mismo—. Veo a Britney.

Sabía que estaba interrumpiendo, demasiado temeroso de que yo le respondiera mal a Preston. Era ese nerviosismo otra vez. Britney entraba en otra habitación, y me encogí de hombros.

—Sí. Ya vi. —Ignorando a Preston, salí de la enorme cocina con Finn, contando con estar ahí para él.

Después de todo, una vez que estuviera ocupado con Britney, yo sería libre de pasar el rato y relajarme. Tal vez también encontraría a alguien para llevar a mi casa y pasar un buen rato.

Finn se acercó a Britney, pero antes de que pudiera acercarme para ofrecerle respaldo y hacer que pareciera más una cosa de grupo que él acercándose a ella solo, alguien chocó conmigo.

—¡Oh! Joder. ¡Lo siento! —dijo la chica, tratando de no derramar *toda* su bebida sobre nosotros.

Uno de los jugadores de baloncesto había pasado corriendo, pasando un balón con otro jugador. La habían golpeado, y yo evité que se cayera.

—¡Eso es caminar con el balón! —grité.

La gente a mi alrededor se rió, y también lo hizo la chica delgada que había chocado conmigo.

—Qué gracioso, Eli —dijo poniendo los ojos en blanco.

Sonreí, complacido de que me encontrara gracioso ya que siempre parecía tener un palo metido en el culo.

—Hay que tener cuidado ahí fuera, Davina. —Tomé su vaso y me lo bebí de un trago—. Podrías perder tu bebida.

—¡Oye! —Me miró con el ceño fruncido.

Sonreí.

—Si te duermes, pierdes.

Negó con la cabeza, pareciendo molesta, pero juré que estaba luchando contra una sonrisa.

—Hablando de eso, deberías decírselo a tu amiguita.

Arqueó una ceja.

—¿Qué amiga?

—Haley.

Cruzó los brazos.

—¿La estás molestando otra vez?

—Para nada —mentí.

—Mentira —replicó.

—Resulta que la vi después de clase, y dijo que no tiene interés en el baile de invierno. Solo falta un mes...

Davina sonrió con suficiencia.

—No importaría si faltara un día o un mes. No tendría pareja.

Bufé.

—Tienes toda la razón. —La morena de gafas había dejado muy claro que no tenía interés en ese baile. Pero eso era lo normal en ella. En la escuela primaria, luego en la secundaria y en la universidad, Haley se aseguraba de que todo el mundo supiera que no quería participar. Nunca pude decir si pensaba que era mejor que todos los demás o simplemente demasiado tímida y retraída para exponerse.

De todos modos, era un punto discutible.

—No, no estoy diciendo que no tendría pareja porque no pudiera encontrar una —dijo Davina, siempre defendiendo a Haley—. Solo que no querría conseguir una ni ir en absoluto.

—Claro, claro. —Le di una palmadita en el hombro—. Lo que quieras decirte a ti misma.

Mirando más allá de ella, escruté la multitud de esta fiesta, dejando que el pesado bajo de la música vibrara a través de mis piernas desde el contacto de mis pies en el suelo. Bebidas y comida. Música y celebraciones.

Esto era lo que echaría de menos. Esta vitalidad. Esta sensación festiva sin parar.

Demasiado pronto, sabía que todo se habría ido. Tendría que seguir adelante con algo más, una carrera, para empezar. Renunciar a la diversión en la universidad era simplemente una verdad de la vida que tendría que aceptar.

Caminé entre las multitudes de mis compañeros, sabiendo también que Haley no tendría pareja para ese baile porque era otra simple verdad de la vida.

Pero por primera vez en mucho tiempo, sentí la fugaz curiosidad de si esa indiferencia era algo que ella quería y trataba duro de mantener o si esa soledad era una maldición que había tenido que aceptar como inmutable.

¿Qué me importa? Me burlé de la dirección de mis pensamientos.

Haley Feldstone no pertenecía a mi cabeza.

Solo este momento importaba, vivir al máximo y disfrutar la vida al completo antes de que la vida real después de la universidad estuviera esperándome.

Bebí un sorbo de mi cerveza y me dispuse a disfrutar de esta fiesta.

Toda la noche.

3

HALEY

La tía Cindy dejó de sermonearme cuando llegamos a casa.

El trayecto entre el campus y la casa que recibió de mis abuelos era largo, pero yo prefería la distancia, a pesar de la molestia que suponía ir y venir. No me atraía la idea de quedarme atrapada en una habitación de residencia estudiantil, y desde luego no tenía dinero para permitirme un apartamento cerca del campus.

Mientras despotricaba y me regañaba durante el viaje a casa, molesta por haber tenido que esperarme tanto tiempo, dejé que sus palabras me entraran por un oído y me salieran por el otro. No era la primera vez que yo era la única audiencia para sus quejas. Como era todo lo que tenía de familia en la ciudad, me sentía obligada a dejarla desahogarse —su extenso desahogo— y esperar a que perdiera la energía para continuar. Tenía veintiún años, no once. Era una adulta, no una niña. Me irritaba que actuara como si todavía fuera una cría o una adolescente que podría beneficiarse de un sermón, pero entendía por qué estaba tan molesta.

La familia West nos había causado un infierno, principalmente porque siempre era un caso de *él dijo, ella dijo*, y su voz importaba más.

La vida de tía Cindy ya era bastante difícil, principalmente porque tenía fibromialgia y no podía mantener un trabajo estable.

Fue agradable llegar a casa y escapar a mi habitación después de prepararnos una cena rápida. En cuanto cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella, cerré los ojos e inspiré profundamente.

Y la paz se hizo añicos. Con un solo zumbido de mi teléfono en el bolsillo trasero, me sobresalté y volví a la realidad, lejos de la reconfortante oscuridad de mis ojos cerrados mientras simplemente respiraba, mientras me descomprimía, segura en mi propio espacio.

—¿Y ahora qué? —murmuré mientras caminaba hacia mi cama y me dejaba caer en el colchón. Rodando hasta quedar boca abajo, desbloqueé el teléfono de modelo antiguo y leí los mensajes que habían llegado.

Davina: *El Señor Popularidad está aquí en la fiesta.*

Davina: *Te ha mencionado.*

—Como si me importara —respondí en voz alta.

Que Eli Young me "mencionara" era una forma amable y falsa de decir que se había burlado de mí. Desde cuarto de primaria, se había propuesto ridiculizarme en cada oportunidad que tenía.

Davina: *Este lugar está a reventar.*

Suspiré, preguntándome si debería molestarme en responder.

Davina: *¿Segura que no quieres venir un ratito?*

—Cien por ciento segura —murmuré. Davina era lo más cercano que tenía a una verdadera amiga. Se había mudado a Marsten en nuestro primer año de universidad. Como no había nacido ni crecido en el pueblo y no estaba al tanto de que los Feldstone debíamos ser el fondo del barril, socialmente hablando, tuvo la mente abierta para hacerse mi amiga cuando nos emparejaron en un laboratorio de biología. Me costaba dejarla entrar realmente debido a lo marginada

que había estado toda mi vida —aunque no por acciones propias—, pero la acepté como amiga y valoraba tener a alguien con quien hablar.

Haley: *Estoy segura.*

¿Querría asistir voluntariamente a una fiesta en la mansión West?

Sobre mi cadáver.

No me importaba quién estuviera allí celebrando lo que fuera que esa gente feliz y animada quisiera celebrar. Muchos de mis compañeros parecían estancados en la adolescencia, despreocupados y ajenos a lo dura que podía ser la vida para otros.

Davina: *¿Estás diciendo que no quieres venir porque dije que Eli está aquí?*

Agradecía que me informara que Eli estaba allí. Era muy consciente del antagonismo entre nosotros, una fuerza que surgió cuando él decidió que era demasiado genial para ser amable conmigo desde cuarto de primaria. Pero no era solo evitarlo lo que me mantenía en casa.

Era evitarlos a todos.

Haley: *No me importa quién esté en esa estúpida fiesta.*

No me importaba. Me mantendría firmemente en ese hecho. ¿Después de cómo todos hablaron mal de mí toda mi vida? No, gracias. No era tan masoquista como para querer ir a algún lugar y ser sometida a más acoso y burlas solo por estar viva y respirar. No importaba lo que hiciera o dejara de hacer. Esos idiotas nunca dejarían de atacarme.

Haley: *Y menos me importa que un imbécil como él esté allí.*

No respondió, pero tenía algo en mente. Tres puntos aparecieron, desaparecieron y volvieron a aparecer, una y otra vez mientras debatía una respuesta. Sin embargo, cualquier cosa que dijera no

me haría cambiar de opinión. Aprendía de mis errores, y la dura lección que había recibido años atrás era que los acosadores nunca cambiaban. Nunca dejarían de actuar como si yo fuera una leprosa o un bicho raro, así que dejé de intentar encajar.

Ese objetivo esquivo no había muerto, sin embargo. Aunque me negaba a ser social y ponerme en la posición para que los estudiantes populares y adinerados intentaran hacer de mi vida un infierno, deseaba tanto *poder* encajar. Que al menos fuera posible ser incluida y valorada como miembro de la sociedad.

Y podría suceder, solo que no en Marsten. No en esta universidad. No mientras viviera en esta casa con la tía Cindy. Este pequeño lugar donde había crecido estaba demasiado prejuiciado contra mí solo por mi apellido. La reputación de mi familia era una oscura mancha que nunca podría limpiar, y era una razón más por la que no podía esperar a salir de aquí después de graduarme.

No era la necesidad de viajar ni el simple escapismo lo que alimentaba mi fantasía de salir de aquí. Era la aceptación realista de que siempre sería juzgada por asociación.

Cuando me mudara a la ciudad para vivir cerca de mi hermana mayor, Natasha, nadie allí me miraría con desprecio porque mi madre hubiera participado en múltiples aventuras y actuado como destructora de hogares para varias parejas y familias en Marsten.

Cuando me trasladara a la ciudad para trabajar en una escuela que necesitaba nuevos profesores, nadie allí me miraría mal porque mi hermana se quedara embarazada cuando era adolescente.

Y cuando me alejara de todos los acosadores, podría mezclarme felizmente como una don nadie, una entre muchos, sin preocuparme nunca por lo que la gente pudiera decirme para deprimirme.

Renovada con la promesa de un nuevo comienzo, volteé mi teléfono y desplacé la pantalla por mis contactos. Solo mirar fijamente a la

pared y pensar en todo lo que podía esperar me impulsó a llamar a la única persona que nunca me rechazaba.

Como mi gemela irlandesa, Natasha tenía casi un año más que yo, y me entendía. Comprendía lo que era ser victimizada y atacada por cosas que no habíamos hecho nosotras mismas. Mientras la tía Cindy me sermonearía y asumiría que estaba haciendo algo mal, mi hermana sabría que solo estaba sobreviviendo lo mejor que podía.

No hablábamos a menudo, ya que ella criaba a su hijo de cinco años, Grayson, sola en la ciudad. Entre su trabajo, ser madre soltera e intentar obtener su GED, no tenía mucho tiempo para escucharme en las malas noches. Pero siempre estaba ahí para mí cuando la necesitaba. Y pronto, una vez que tuviera mi diploma, estaría en la ciudad con ella para ayudarla.

—¡Hay-ie! —respondió Grayson en la videollamada.

—¡Hola, campeón! —Sonreí a mi adorable sobrino que estaba creciendo tan rápido. Juraba que se veía mucho mayor y diferente cada vez que lo veía.

—¿Es Ha*ley*? —preguntó Natasha, enfatizando suavemente la *l* con la que él luchaba por pronunciar con su ceceo.

—Sí, es Ha... Ha... —Hizo un puchero, frustrado por intentar decirlo.

—Soy yo, Nat. —Mirando a Grayson y pronunciando claramente para que pudiera seguirme, dije lentamente—: Ha-*ley*.

—Ha...ley. —Sonrió, mostrando los hoyuelos en sus mejillas—. ¡Lo hice! ¡Lo hice, mamá! ¡Ha-ley!

Lo animé, tan contenta de que estuviera decidido a esforzarse. Cada vez que parecía mejorar con sus problemas del habla, se veía tan orgulloso, y eso me llenaba el corazón. Era una gran parte de mi decisión no solo de convertirme en profesora, sino también de mantenerme firme en mi objetivo de continuar estudios de postgrado para especializarme en logopedia.

Los tres hablamos un rato. Nat no era el tipo de madre que dejaba que su hijo estuviera todo el día frente a las pantallas, ni dejaría que Grayson contestara cualquier llamada. Con Grayson de pie en un taburete mientras cortaba pepinos con un cuchillo seguro para niños, y Nat mezclando algo en un bol, supuse que los había pillado preparando una cena tardía. Su teléfono parecía estar apoyado contra la pared de la encimera, lo que probablemente era la razón por la que le había dejado contestar.

—¿Quieres terminar de ver a la señorita Rachel? —le preguntó ella.

Se despidió de mí y salió de la pantalla. Nat me sonrió, moviendo el teléfono a la mesa donde se sentaba con una copa de vino.

—¿Un día largo? —pregunté. Rara vez bebía.

—Sí. —Suspiró y me dio una mirada paciente—. Pero parece que tú también has tenido un día largo. ¿Qué pasa?

A veces, era inquietante lo buena que era leyéndome. Me encogí de hombros.

—Lo de siempre.

—¿Acosadores?

Asentí.

—¿Eli? —Bebió un sorbo de su vino—. ¿O Preston?

—Ambos.

Negó con la cabeza.

—Aguanta, hermanita. Ya casi terminas con Marsten.

—Lo sé. Es solo que...

—Apesta —resumió sin rodeos. Ella también lo sabría. Cuando quedó embarazada a los dieciséis, fue severamente juzgada—. Pero he estado preguntando por lugares donde podrías quedarte. —Sonrió

un poco, animándose por la búsqueda preliminar de apartamentos que estaba haciendo en mi nombre. Su hogar con Grayson era un estudio, todo lo que podía permitirse en ese momento. Aunque era espacioso para ellos dos, no había una manera fácil de incluirme allí.

Escucharla hablar sobre mi eventual mudanza levantó mi ánimo, pero solo un poco. Ver y escuchar a Grayson también me había hecho feliz.

Sin embargo, mientras seguíamos en línea, no podía evitar sentirme tan arraigada en esta soledad.

Porque al llegar el siguiente día de clases, tendría que volver a meterme en la concha donde me escondía. Tendría que enfrentar a Preston. A Eli. A todos los esnobs desagradables que me menospreciaban.

Era agotador soportar el juicio y el trato grosero. Aunque sabía que había un final a la vista, aunque podía contar con salir de aquí y tener algo diferente que esperar después de la graduación, me desanimaba tener que reunir el valor para superar este infierno día tras día.

No merecía esta carga de intentar hacerme pequeña e imperceptible para evitar la crueldad de los demás. Quería convencerme de que merecía algo bueno ahora.

El consejo de centrarme en el presente, de estar plenamente en el momento, caía en saco roto. No perdía el tiempo reflexionando sobre el pasado y enfadándome por tener que ser juzgada debido a lo que hizo mi familia. Tampoco quería hacerme demasiadas ilusiones de que el futuro se desarrollaría como yo quería.

Pero decirme a mí misma que aprovechara cada minuto según llegaba...

Deseaba poder hacerlo.

Sacudiendo la cabeza y decidida a no hundirme toda la noche en mi soledad en mi habitación, bajé a ver la televisión con mi tía. Incluso si no había nada bueno, sería una distracción.

Este es el último semestre.

Solo aguanta y gradúate.

Entonces, con suerte, un nuevo comienzo en mi vida sería algo bueno y satisfactorio sin nada de esta desesperante soledad.

4

ELI

Finn no necesitaba mi ayuda con Britney. Ni siquiera me quería allí como respaldo. Su nerviosismo se desvaneció, y apuesto a que ni siquiera se dio cuenta de que lo había dejado solo con la chica a la que quería impresionar.

No me dijo que me perdiera ni me pidió que me fuera. Simplemente tengo ese tipo de sentido común. Sabía leer las situaciones, y podía notar que sería una tercera rueda no deseada si me quedaba con él en esta fiesta.

Diez minutos después de estar con ellos mientras conversaban, me fui y revisé qué estaba pasando en otra habitación. Luego otra. De un lugar a otro de la enorme mansión, me divertí y no dejé que nada me molestara más allá de preguntarme qué más podía hacer.

Futbolín.

Beer pong.

Incluso una mediocre partida de ajedrez con algún chico de la fraternidad de la sociedad de honor.

Hablar con amigos, ligar con chicas y servirme bebidas y comida.

Estaba pasando una buena noche, siempre y cuando me asegurara de evitar encontrarme con Preston de nuevo. Cuanto menos interactuáramos, mejor, pero esta noche, cuando ambos estábamos bebiendo, sería una receta para el desastre enfrentarnos.

Más tarde, cuando vagamente me preguntaba dónde estaba Finn y si le iba bien con su tendencia a ponerse un poco ansioso socialmente, sonreí a la pelirroja bajita que hacía todo lo posible por mantener mi atención en ella.

—Creo que estuviste genial esta noche —se inclinó hacia mí, trazando con su dedo la parte delantera de mi camisa.

Joder, estás completamente borracha. Apestaba a alcohol, y su falta de consciencia era desagradable. Sí, había estado bebiendo durante toda la noche, pero no tenía prisa por emborracharme tanto que no supiera lo que estaba diciendo. Un suave mareo estaba bien, y tampoco tenía que preocuparme por conducir, ya que el campus estaba a poca distancia a pie.

—¿Esta noche? —pregunté, haciéndome el tonto pero sabiendo perfectamente a qué se refería.

—Sí, en el partido. Estabas tan, *tan* sexy en el campo.

Dios mío. Suenas ridícula. —Es una cancha de baloncesto. No un campo.

Soltó una risita. —Es lo mismo.

—Hmm.

Se mordió el labio, mirándome con ojos de *ven-a-follarme*. Esta chica buscaba una cosa y solo una cosa, pero ahora no estaba de humor. No con ella.

—Aunque yo no juego al baloncesto.

No volvió a mirarme, acercándose más hasta quedar pegada a mí mientras quitaba pelusas imaginarias de mi camisa. —Oh. ¿En serio?

—Sí, en serio.

Se encogió de hombros, levantando su mirada sensual para sonreírme de nuevo. —Lo siento. Podría jurar que te vi jugando esta noche.

—No.

—Pero te pareces a todos ellos. —Deslizó su mano por mi brazo—. Fuerte. —Apretó mi bíceps—. Musculoso. —Levantó los brazos más alto, para instarme a seguirle la corriente y abrazarla. No un abrazo normal, sino el tipo de abrazo con brazos levantados que una mujer hace cuando quiere aplastar sus tetas contra un chico—. Tan... caliente.

Escuchar a una mujer elogiar mi cuerpo no era nada nuevo. Me movía bastante, o lo hacía antes de que comenzara la temporada de fútbol. Durante y después, fui más selectivo. Y escuchar a esta chica estereotiparme me molestaba.

—Eres justo mi tipo, Ethan.

Joder, ni siquiera sabe mi nombre. —Eli.

—Hmm. Eli, eres justo mi tipo. Me gustan todos los deportistas.

Seguro que sí.

No había duda de que se estaba ofreciendo a mí. Casi restregándose contra mí, levantando su rostro hacia el mío como si esperara un beso, se me estaba lanzando.

Entre su comportamiento y cómo se movía, y la ropa reveladora...

Sí, su desesperada intención de acostarse con alguien era obvia.

No quería estereotipar tampoco, pero ella *parecía* una chica fácil, como si se hubiera vestido así y hubiera venido a esta fiesta solo para emborracharse... y encontrar a un tipo para follar.

Su camisa era más un trozo de tela que una prenda. La delgada tira apenas contenía sus pechos y su estómago estaba completamente expuesto. A pesar de que hacían menos de cuatro grados afuera, llevaba una minifalda y botas de cuero más diseñadas para lucir que forradas con capas para el calor. Claro, las mujeres también podían vestirse para sí mismas, pero cuando una chica se aferraba a alguien así, iban tras una cosa.

Algo sobre cómo me metía en el mismo saco que todos los demás atletas aquí me molestaba. Atravesando la neblina de mi mareo, luché contra el impulso de poner los ojos en blanco y alejarme de ella.

¿Todos los deportistas?

¿No podía al menos reconocer que yo era un jugador de fútbol americano, no un miembro del equipo de baloncesto ganador de esta noche?

No debería haber importado. Pero importaba.

Nunca antes me había importado tanto cómo me percibía la gente, pero no podía dejar de lado cómo me molestaba su suposición incorrecta sobre mí.

Porque pronto, no sería ese tipo. Mi temporada deportiva ya había terminado. El fútbol americano había terminado hace meses. Ahora, solo era un estudiante universitario, listo para graduarme y pasar a la vida "real". Por primera vez, hacer esa distinción de mi identidad cambiante llamó mi atención.

Esta chica no me veía como una persona, sino como una polla libre para montar... un deportista para reclamar como conquista.

No como un hombre inteligente que se esforzaba en la universidad y se graduaba.

No como un tipo respetable que se preparaba para contribuir como profesional trabajador más adelante este año.

Había sido el "Sr. Popular" durante años, pero cuando llegara el momento de graduarme, ¿de qué me serviría eso? ¿Qué importaría si me esforzaba por ser querido, fácilmente reconocible y deseado para un polvo rápido por tontas sin cerebro que realmente no me conocían?

—Entonces... ¿qué dices? —Levantó un poco más la cara y se lamió los labios—. ¿Quieres salir de aquí?

¿Contigo? Normalmente, diría que sí. Un polvo rápido. Otra aventura de una noche. Otro coño dulce para disfrutar. Tal vez también estaría dispuesta a algo un poco kinky. No había sido un santo célibe toda mi vida.

Pero cuando miré sus ojos, no me intrigó el marrón opaco de sus ojos, nublados por demasiado alcohol. No me interesaban sus pequeños pechos y su coño tan visitado. Era demasiado fácil. No había desafío aquí.

Nada como la emoción familiar que sentía cuando me enfrentaba a Haley.

Fruncí el ceño mientras miraba el rostro de esta chica, odiando que fuera *ella* quien estuviera en mi mente otra vez.

¿Qué demonios está pasando?

Antes, después de clase, había estado pensando en ella. Durante la cena, mi mente divagó hacia ella. Cuando llegué aquí y vi a Davina, me acordé de ella nuevamente.

¡Ahora, con una chica fácil al alcance, Haley maldita Feldstone estaba en mi mente otra vez!

Me alejé, molesto por la facilidad con la que seguía pensando en la morena con la que había crecido. Ambos nacimos y nos criamos aquí. Mucho antes de que importara ser tan genial y popular, incluso habíamos sido amigos. En los años posteriores, nos habíamos distanciado. Se trazó una línea en la arena entre nosotros,

marcándonos como enemigos, no como compañeros. Tampoco me rebajaría a llamarla una conocida. Así de paria era para mí.

Aparte de haber ido a la escuela con ella toda mi vida, no era nada, una don nadie para mí.

¿Entonces por qué diablos no puedo sacarla de mi mente?

—Oye, no. —La pelirroja tropezó, extendiendo la mano hacia mí cuando retrocedí otro paso—. No te vayas.

—Nah. Estoy bien. —Levanté las manos para mantenerla alejada.

No podía explicarlo, pero esta incapacidad para dejar de pensar en Haley me estaba molestando.

Me descolocó, y mientras buscaba a Finn para ver dónde estaba, tomé otra cerveza de la cocina y esperé que me ayudara a olvidarme de Haley. De por qué estaba actuando tan raro como para renunciar a la oportunidad de un polvo sin nombre.

Las crisis de mediana edad me esperarían más tarde. Como, treinta años más tarde. Pero mientras bebía y caminaba por la mansión para encontrar a mi amigo, me pregunté si estaba experimentando algún tipo de patética crisis de cuarto de vida. O una crisis de un tercio de vida. Algo andaba mal conmigo, pero lo ignoré.

Estaba aquí para pasarlo bien, no para ponerme profundo y reflexivo.

O pensar en Haley.

Resoplé, riéndome de mí mismo mientras salía. Tal vez Finn había salido con Britney a tomar un poco de aire fresco.

Así era. Cerca de los elementos de calefacción vertical en el espacio del patio, le pasó un porro a Britney.

Ajá. Sin preocupaciones por oler a hierba, ¿eh?

—Aquí estás —dije.

—Oh, hola. Justo iba a buscarte para ver si querías marcharte —respondió. Inclinando la cabeza hacia Britney, sonrió—. Iba a acompañarla a su dormitorio.

El tío va a pillar esta noche.

—Sí, claro. Ya tuve suficiente por esta noche. —Era inusual irme *tan* temprano, pero no me sentía como yo mismo esta noche, y no era solo porque Haley se colara en mis pensamientos.

—Eh, Eli —dijo alguien más desde cerca de la entrada—. Mira esto.

Me acerqué, metiendo las manos en los bolsillos para mantenerlas calientes. Finn y Britney se unieron a mí, caminando hacia el tipo y observando el clásico automóvil estacionado en el pavimento. Era un amigo más cercano de Preston que mío, pero era un tipo decente. Le pagué para que escribiera uno de mis estúpidos trabajos de Literatura Británica la primera semana del semestre.

—Buenas ruedas, ¿eh? —dijo, abriendo la puerta del conductor del antiguo—. Preston dijo que su padre acaba de conseguirle esto como regalo anticipado de graduación.

Bufé, asintiendo. —Genial. —No estaba seguro de qué más podía decir. Una de las distinciones más claras entre Preston y yo eran nuestros orígenes. Él venía de dinero, y mi familia era estrictamente de clase media-baja. Él tenía padres relajados que le permitían tener fiestas salvajes en su mansión cuando estaban fuera de la ciudad, y mis padres eran tan estrictos y difíciles de complacer que usaban un dispositivo de rastreo en mi teléfono para saber dónde estaba. No confiaban en que hiciera otra cosa que lanzar un maldito balón de fútbol, y me llevó años no dejar que eso me doliera tanto.

—¿Quieres dar una vuelta? —preguntó mientras giraba la llave y se deslizaba fuera del asiento.

—Nah. —Negué con la cabeza—. Estoy bien. —No tenía interés en jugar con el juguete de un tipo rico. No estaba desesperado por experimentar ese tipo de aventura.

—Se ve tan brillante —dijo Britney, inclinándose para mirar a través de las ventanas.

—Puedes sentir la potencia. —El amigo de Preston se rió—. Hazme un favor. Pisa el acelerador y hazla rugir.

Solo ahora recordé que este tipo había estado usando muletas últimamente.

—Preston dijo que podía venir a verlo, pero el cirujano dijo que no puedo poner presión en mi pie durante otras tres semanas.

Me reí. —Claro, puedo sentarme en el coche y acelerarlo. ¿Qué, eres algún tipo de aficionado a las antigüedades?

—No. Pero no me importaría ver a esta belleza ronronear. —Rodeó el coche, entrando por el lado del pasajero.

—Eli, ¿estás seguro? —preguntó Finn.

Lo despedí con un gesto. No era como si estuviera bebiendo y conduciendo. El coche estaba estacionado y así se quedaría.

En el oscuro interior del coche clásico, los toques de cuero pulido asaltaron mi nariz. *Olía* a riqueza aquí dentro, como si este fuera un coche que los aristócratas de antaño conducían.

—Maldición... —dije lentamente, pasando la mano por el tablero.

—¿No es algo especial? —dijo el otro tipo, sentándose en el asiento del pasajero y cerrando la puerta—. Joder. Mataría por tener algo como esto algún día.

Habla por ti mismo. Nunca había tenido un coche en absoluto, ni siquiera un cacharro viejo heredado. Como mis padres eran demasiado tacaños para dejarme tener un coche, a pesar de permitirme obtener mi licencia hace cinco años cuando cumplí dieciséis, me aprovechaba de Finn todo el tiempo. O caminaba.

—Vamos. —Me indicó que pisara el acelerador—. Déjala ronronear.

Sonreí, sintiendo como si fuera otra persona al juguetear aquí dentro. Dudaba que alguna vez volviera a tener otra oportunidad de sentarme en el asiento del conductor de una rareza tan costosa como esta.

Moviendo mi pierna más adentro, tanteé el pedal del acelerador y ajusté la suela de mi zapato sobre la pieza plana. Una flexión hacia abajo de mi pie hizo que esta preciosidad rugiera con el acelerador elevado.

—Maldición —dijo el tipo, riendo.

Pisé de nuevo, aumentando la presión para mantener la gasolina alimentando el motor por más tiempo, pero el tipo en el asiento del pasajero se inclinó. Antes de que pudiera corregirse y sentarse recto de nuevo, golpeó con el codo la palanca de cambios.

Oh, mierda.

Con un tirón, el coche antiguo se lanzó hacia adelante, ya no en estacionamiento o neutral. Estaba en marcha, sorprendiéndome tan rápido que el tiempo pasó en una nebulosa.

—¡Joder! —el tipo se aferró al tablero.

Pisé el freno con fuerza, pero era demasiado tarde para detener el coche. El árbol al lado de la entrada lo hizo. Con un crujido ensordecedor y luego un retorcido empujón contra el parabrisas, el coche se detuvo.

Lo había estrellado directamente contra un árbol.

—¿Qué carajo? —gritó el tipo, golpeando las manos contra el tablero para evitar golpearse la cabeza contra él.

Me aferré al volante mientras contenía la respiración y esperaba caer hacia atrás contra el asiento ante la repentina detención del impulso.

Mirando a través de la telaraña del parabrisas, solté un tembloroso suspiro y deseé que mi corazón dejara de golpear contra mi caja

torácica tan rápido.

¿Qué demonios acabo de hacer?

5

HALEY

Bajé las escaleras y encontré a la tía Cindy haciendo muecas frente al televisor.

—La uno.

Me dejé caer en el sofá junto a ella y sonreí al ver qué programa estaba viendo. El presentador describía las tres opciones de propiedades y, a pesar de que acababa de entrar en la habitación, opiné y dije:

—No, la tres.

Sonrió con suficiencia mientras abrazaba un cojín.

—No hay suficiente espacio para la diva. Deberías haberla escuchado. Dice que quiere algo acogedor y con carácter, pero se quedó embobada con el enorme lugar minimalista.

Parecía casi gracioso bajar aquí y ver *House Hunters* justo después de escuchar a mi hermana hablar sobre mi mudanza a la ciudad. Pero no sería exigente. No tenía ningún *requisito imprescindible* como la mujer de este programa. Quería un lugar seguro con agua corriente y una cama. Así de simple.

—¡Ajá! —exclamó la tía Cindy señalando la pantalla cuando la mujer eligió la primera opción. Bajó el volumen y se frotó la frente—. ¿Qué te trae por aquí? ¿No tienes deberes?

Negué con la cabeza. Mi tía asumió el papel de tutora cuando mi madre nos abandonó a Natasha y a mí. Teníamos solo diez años cuando nuestra madre se marchó para estar con su "alma gemela". Mi padre ya se había ido hace tiempo, viviendo con una mujer en otro país. Según las esporádicas llamadas de mi madre —que cesaron hace seis años—, estaba buscando un propósito en su vida. La tía Cindy afirmaba que el propósito de su hermana era probar tantos hombres como pudiera conocer. Yo ni me molestaba en hacer conjeturas. Se había ido, y ese era el hecho que importaba.

La tía Cindy siempre había estado ahí para mí, dándome un lugar donde quedarme y aguantando a dos sobrinas adolescentes, pero nunca me había agobiado con los deberes o las tareas domésticas. Sabía que me esforzaba en la escuela y, en el tiempo libre que tenía en verano, trabajaba horas extras en la feria del condado para ganar algo de dinero.

—No. Solo estoy... inquieta —abracé un cojín contra mi pecho, imitando su postura.

—Te oí hablar con Nat cuando pasé por tu puerta —comentó.

Asentí.

—Quería saber cómo estaba.

—¿Cómo va Grayson con ese ceceo? —preguntó, indicando que no me había escuchado saludarlo.

—Mejor.

Suspiró y luego sonrió.

—Llevará tiempo. Cómo me gustaría que viniera a visitarnos.

Resoplé.

—¿Volver a Marsten? Sí, claro.

—Ya lo sé. Ya lo sé —suspiró de nuevo, esta vez con más pesadez que antes—. No puedo culparla por mantenerse alejada. Nunca olvidaré el día en que Theresa West dijo que su bebé sería un bastardo idiota —entrecerró los ojos mirando al televisor, aferrándose aún al rencor contra la madre de Preston por lo que dijo cuando Nat anunció que estaba embarazada.

—Y yo nunca olvidaré el día en que mi tía, toda una guerrera, le dijo a la prima donna del pueblo que...

—Oh... —la tía Cindy se rio, dándome un manotazo—. Calla. No estoy orgullosa de eso.

Yo también me reí, tratando de recordar cada colorida maldición que mi tía le había lanzado a esa mujer en defensa de mi hermana.

—Nunca he culpado a Nat por criarlo en otro lugar. Este pueblo nunca ha sido amable con nosotras. Pero cómo me gustaría poder verlo más a menudo.

Le di unas palmaditas en la mano, deseando poder aliviar su sufrimiento. Antes de que su fibromialgia empeorara tanto que no pudiera trabajar, la tía Cindy había amado su trabajo en la guardería. Siempre le había gustado estar rodeada de niños pequeños, y tenía razón. El pequeño Grayson estaba creciendo tan rápido que nos perdíamos la oportunidad de estar con él durante su infancia.

Ojalá pudiera irse conmigo después de la graduación. Aunque esta casa era suya, y si se mudaba, tendría que pagar alquiler.

—¿Te está molestando la cabeza otra vez? —pregunté cuando se frotó la frente.

—Una de esas malditas migrañas —se quejó—. ¡Tengo cincuenta años! ¿Cómo puedo seguir teniendo síndrome premenstrual?

Me reí, negando con la cabeza.

—Solo tú *desearías* que te llegara la menopausia.

—Oh... —movió su dedo hacia mí mientras me levantaba—. Ya verás. Ya verás, Haley. Pasa toda una vida de períodos y síndrome premenstrual y cuando tengas mi edad también suplicarás que termine.

—¿Qué tal si voy a buscarte un poco de ese helado que tanto te gusta? —ofrecí, dirigiéndome a coger mi abrigo del perchero.

—¿Ahora? —Frunció el ceño, mirando la hora.

Me encogí de hombros.

—Sí. No tengo deberes.

—Pero mañana por la mañana tienes clases.

Me encogí de hombros otra vez.

—No *tan* temprano. Además, estoy aburrida.

—Pensé que habías dicho que estabas inquieta.

—¿No es lo mismo?

Alcanzó las llaves de la minivan sobre la mesa de café, pero levanté la mano.

—No. Iré caminando.

—¿Con *este* tiempo?

Sonreí.

—Claro. Creo que un paseo me vendrá bien.

—¿Estás segura?

—No es nada —le dediqué una sonrisa, realmente agradeciendo que estuviera ahí para mí, aunque a menudo pudiera regañarme y ser gruñona.

—Bueno, gracias entonces, Haley. Nunca dejes que nadie te diga que no eres un encanto.

Salí a buscar su cura "secreta". No había ninguna base científica que afirmara que el helado de caramelo y trufa Moose Tracks ayudara contra el dolor de cabeza, pero ella juraba que sí. Si era un caso de "mente sobre materia", ¿quién era yo para discutir su lógica?

Al salir de la casa, observé el paisaje nocturno, agradecida por la nieve. No estaba nevando activamente, lo que habría hecho que el camino fuera más complicado, pero el absoluto silencio de la tierra, aislada por centímetros de nieve y hielo, me hacía sentir como si estuviera sola.

Una mota en este planeta.

Un punto en el universo.

Esas ideas de la gran perspectiva intimidaban a algunas personas, pero cuando estaba melancólica y reflexiva, como esta noche, me ayudaba a poner mi existencia en perspectiva. A fin de cuentas, todos éramos simplemente personas. Todos humanos. Todos aquí iguales, en el comienzo del fin. Aferrarme a ese hecho me daba un impulso de confianza cuando tenía que recordar que ningún acosador era "mejor" que yo.

Más cerca del pueblo, divisé a algunos compañeros de clase parados frente al restaurante abierto las veinticuatro horas que hacía el helado especial que disfrutaba mi tía. Tres chicas y dos chicos holgazaneaban en los escalones frente al restaurante, y me preparé mentalmente para mantener la cabeza agachada. Para evitarlos. Solo entrar y salir sin reconocerlos en absoluto.

Mientras subía los escalones, por supuesto, ellos aprovecharon la oportunidad para atacar.

—Oh, mira. Ahí va la hija de la puta —dijo uno.

—No es de extrañar que *ella* siga en el pueblo. De todas las Feldstone, es demasiado fea para que alguien aquí se la folle.

—No sé. Ponle una bolsa en la cabeza y me la tiraría —el chico que dijo eso se agarró la entrepierna y se partió de risa.

Que te jodan.

Mi ligero buen humor por ver a mi sobrino y hablar con mi hermana se evaporó por completo. El consuelo de estar en compañía de mi tía se desvaneció. Incluso la paz reflexiva que había sentido mientras admiraba la quietud de la noche durante mi caminata había desaparecido.

Todo lo que sentía era la misma ira y aversión por este trato que no merecía.

Apreté los puños dentro de mis bolsillos hasta sentir el escozor de mis uñas en la piel. La punzada de dolor me calmó, me centró, y exhalé por la nariz, ignorándolos mientras me provocaban hasta que abrí la puerta y entré en el restaurante.

Dentro, pedí un envase de helado, luego esperé y pagué. Durante todo ese tiempo, me negué a prestar atención a esos imbéciles. No valían la pena. Realmente no valían la pena.

Sin embargo, cuando salí, continuaron con sus insultos, risas y burlas.

Todavía apretando un puño, clavándome las uñas en la piel, pasé junto a ellos.

No valen la pena.

No tiene sentido contraatacar.

Por un oído y sale por el otro.

Caminando hacia casa, respiré con más facilidad a medida que aumentaba la distancia entre aquel grupo de idiotas y yo. Y mientras

consideraba lo poco que me importaba defenderme contra ellos, recordé cómo había querido hacerlo con Eli antes.

Cuando estábamos sentados fuera de la oficina del profesor Blume, cedí a la adicción de responderle, aunque solo fuera un poco. Él parecía encantado de provocarme, el retorcido cabrón que era, y resultaba extrañamente emocionante darle una cucharada de su propia medicina.

Me importaba discutir y contraatacar con él, cuando y como pudiera.

Pero ya no tendré que lidiar más con él.

Balanceé la bolsa con el helado mientras caminaba, dejando que mi corazón se elevara con esa promesa.

Muy pronto, nunca tendría que lidiar con ellos.

Nunca más...

Fruncí el ceño mientras dejaba que esa idea calara en mí.

Ante la idea de no volver a ver a Eli...

Me reí una vez, irónicamente, al darme cuenta de que casi parecía tener sentimientos encontrados al respecto.

Eli Young siempre había estado en un segundo plano en mi vida. Como amigo de la infancia, luego como acosador de secundaria.

—Eso es todo lo que sería siempre.

Porque la idea de extrañarlo realmente era demasiado descabellada para considerarla.

No había ni una posibilidad en el infierno de que cambiara su opinión sobre mí, no tan cerca de cuando podría irme del pueblo para siempre.

6

ELI

—Joder. ¿Qué has hecho, tío? —El chico del asiento del copiloto me miró boquiabierto, con los ojos muy abiertos y evidentemente en estado de shock por los jadeos que soltaba.

Mi corazón se aceleró mientras el tiempo se detenía.

Había estrellado el maldito coche.

No tenía intención de conducirlo, pero salió disparado hacia adelante cuando lo estaba acelerando porque este imbécil golpeó la palanca de cambios. —¿Yo? —Se me cayó la mandíbula—. ¡Tú golpeaste la palanca!

—Yo... Qué... —Se apresuró a abrir la puerta y salir, dejándome en los restos del accidente.

¡Mierda! Entré en pánico, incapaz de pensar con claridad más allá de la sorpresa de que esto hubiera ocurrido. Solo estaba sentado ahí, sin ningún plan de mover este coche. ¿Y *así* es como iba a terminar? ¿Estrellando un coche contra un árbol? No fue mi culpa.

Agarrando la manija de la puerta, luché por salir del coche. No podía esconderme. No podía huir. Tendría que afrontar las consecuencias

de haber estrellado este coche ridículamente caro. Ese idiota no iba a asumir la culpa.

Tambaleándome al ponerme en pie, retrocedí del vehículo destrozado. Finn y Britney estaban allí, mirando con la boca abierta igual que yo. Como aquel otro tipo que me había convencido de echar un vistazo a este coche. Más gente empezó a agolparse alrededor, y apreté los dientes al ver cómo grababan videos y sacaban fotos.

Evidencia.

Estaban obteniendo pruebas de mi conexión con esta destrucción.

Ya fuera del coche, era evidente que lo había destrozado por completo.

No. Yo no.

—¿Por qué golpeaste la palanca de cambios? —le pregunté al otro chico.

—¿Yo? —Se señaló a sí mismo mientras más y más asistentes a la fiesta salían para presenciar el caos. Preston aparecería en cualquier momento. Estaba seguro de ello—. ¿Intentas echarme la culpa a *mí*?

—No estoy intentando nada. —¿Cómo podía actuar como si no hubiera hecho nada?—. Estoy diciendo que tú...

—Yo no hice una mierda. Tú estabas sentado en el asiento del conductor —me acusó—. Yo estaba en el asiento del copiloto. *Tú* estabas detrás del volante, Young.

—Pero tú...

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió Preston mientras se acercaba. Parecía tan borracho y drogado que no podía parecer una persona seria. No en ese momento, a pesar de la gravedad de la situación. La multitud se apartó para dejarlo pasar mientras se

acercaba torpemente, casi cayéndose para llegar al coche. Estaba borracho. Drogado. Completamente destrozado.

—Oye, Preston. Young lo estrelló, tío. Yo solo estaba mirándolo y él dijo que quería echarle un vistazo.

—Yo no dije eso —argumenté, maldito sea si me culpaban así. Esto era una mierda. No estaba pensando con claridad, alterado por la adrenalina y el shock, pero ese hecho seguía siendo evidente. ¡Él golpeó la palanca de cambios!—. Yo...

Preston levantó una mano en el aire, interrumpiéndome. —Continúa, Drake.

Drake sacudió la cabeza, todavía pareciendo sorprendido mientras me señalaba. —Él se sentó en el asiento del conductor.

—Sí, tío —gritó alguien más—. Vi a Eli meterse en él.

¡Joder, joder, joder!

Intenté respirar a través del pánico de meterme en problemas de tal manera que nunca podría salir de las consecuencias con mi encanto.

Finn estaba a mi lado, mirándome y mostrando la misma expresión de pánico que yo sabía que le estaba mostrando. Ayudaba saber que no estaba solo, pero él no podía hacer nada para sacarme de esta situación.

—Y debió cambiar las marchas demasiado pronto o algo y... —Drake señaló el coche con su capó significativamente doblado alrededor del tronco del árbol. El metal estaba arrugado. El cristal estaba hecho añicos. Trozos de hielo habían caído de las ramas y cubrían el capó plegado del coche por la fuerza del impacto.

Todos los detalles se difuminaron. No importaba cómo se viera, el coche clásico permanecía en su lugar como evidencia de este desastroso error.

Ni siquiera debería haber tocado ese coche.

No debería haberlo hecho avanzar y estrellarse contra un árbol.

Pero yo no lo puse en marcha.

—No lo hice. —Mirando a Preston directamente, sacudí la cabeza—. No moví las marchas. Solo me senté allí. Él me rogó que lo hiciera ya que no podía con su pie lesionado. ¡Pero no toqué la maldita palanca de cambios en absoluto!

Preston sonrió con suficiencia. —Oh. Así que, ¿saltó solo, eh? — Sacudió la cabeza, acercándose al coche casi con demasiada calma. Mientras rodeaba el lugar de la destrucción, lo estudió sin pronunciar otra palabra arrastrada, simplemente observándolo y en silencio mientras se daba cuenta del alcance de la ruina.

Ruina que yo había causado en parte.

Durante todo ese tiempo, no gritó. No vociferó. No parecía preparado o interesado en reaccionar en absoluto. Simplemente caminando alrededor del coche y bebiendo su cerveza, estudiando el vehículo como si nunca antes hubiera visto un coche dañado, me mantuvo en suspense. Yo estaba pendiendo de un hilo, preparándome para el impacto de su ira. Cuanto más tiempo permanecía sin hablar, más me asustaba lo que saldría de su boca una vez que saliera de ese asombrado silencio.

Tenía que estar furioso, pero no mostraba ningún signo de enfado.

Tenía todo el derecho a estar preocupado, pero no daba ninguna indicación de que le importara en absoluto.

La sorpresa no permaneció mucho tiempo en su rostro, sin embargo. Volvió a mí con algo parecido a una sonrisa arrogante y creída en su cara.

Una sonrisa calculadora.

Esto lo confirmaba. Estaba delirando. Preston West había perdido oficialmente la cabeza. Lo había dejado sin palabras.

—¿Qué te dije, Young? No eres más que un perdedor —se burló—. Solo un maldito idiota haría algo así.

—Preston, tío. Lo siento. —Sacudí la cabeza, haciendo mi mejor esfuerzo para no dejar que mi pánico se notara en mi tono. Para mantener la calma y la distancia de él hasta que gritara y viniera a por mí por estrellar su caro antiguo. *Quería* que reaccionara y estallara por esto, como cualquier otra persona cuerda lo haría. Su pensativa calma me estaba poniendo nervioso y asustado.

—No cambié las marchas. Drake lo hizo, pero me doy cuenta de lo mal que se ve todo esto.

—¿Lo mal que *se ve*? —Se rió, sacudiendo la cabeza—. Quieres decir lo mal que *es*. —Mantuvo la mano, todavía sosteniendo su lata de cerveza, y señaló el daño—. Acabas de estrellar mi puto coche.

Hice una mueca. Pero seguía sin gritar. Su voz estaba elevada, pero sonaba más incrédulo que molesto. Maldecía, pero sin ningún calor detrás de la blasfemia.

—Lo siento —repetí, odiando estar disculpándome por algo que no era completamente mi culpa. Drake sonrió, con la espalda de Preston hacia él. Ese cabrón me estaba echando toda la culpa a mí.

—Acabo de conseguirlo —dijo Preston, casi como si estuviera meditando en voz alta.

—Yo...

—Estás jodido —dijo Preston, interrumpiéndome—. Estás muy jodido.

Tragué saliva, luchando por no mostrar ningún miedo. En el fondo, estaba aterrorizado por lo que iba a pasar debido a un momento de mi vida. Una acción.

No necesitaba que me explicara lo precaria que era esta situación. Este era la compra del Sr. West para su hijo. Es decir, el Sr. West que

era presidente del comité que me concedió una beca completa, la que no podía permitirme devolver en el corto plazo.

Finn acababa de insistirme sobre estar en "buen comportamiento", y estrellar este coche no estaba cerca de eso.

—¿Te das cuenta, verdad? —dijo Preston, caminando de un lado a otro mientras bebía su cerveza—. Estás literalmente jodido. Mis padres volverán aquí y verán esto, y cuando escuchen que fuiste *tú*, el 'atleta estrella' al que le dieron esa beca, estás *jodido*. —Más risas siguieron a su advertencia.

Mantuve mis labios cerrados. No negaría lo que dijo. No podía. Pero no tenía argumentos para discutir con él. El sudor me corría por la espalda. Mi cabeza palpitaba con un dolor instantáneo. Y mi corazón latía tan rápido que me encontraba en una respuesta de lucha o huida. No podía luchar contra esa lógica. *Estaba* jodido. Y huir de esto tampoco me haría ningún bien.

Mirándolo fijamente, esperé a que me enfrentara de nuevo.

Prefería que gritara y vociferara.

Pero en su lugar, parecía estar debatiendo y analizando su próximo movimiento y palabras. Como si esto fuera solo un juego.

—¿Qué tal si te hago un trato? —dijo por fin, acercándose a mí como si esta fuera solo otra noche de diversión para él. Como si apenas importara si su caro coche estaba destrozado. La idea de que algo tan raro pudiera ser descartado me dejó atónito.

¿Hacer un trato? Me tensé, sin moverme mientras lo veía acercarse.

Sus ojos inyectados en sangre lo hacían parecer más loco, y el hedor a alcohol y humo demostraba que no estaba pensando con claridad. De todas formas, esperé a que terminara.

—Te evitaré meterte en problemas. —Sonrió maníacamente—. Les diré a mis padres que yo lo estrellé. —Se encogió de hombros—.

Siempre y cuando tú... —Se frotó la mandíbula—. Siempre y cuando aceptes un reto para mí, no se lo diré.

Un reto.

Sabía que tramaba algo. Simplemente lo sabía.

—¿Un reto? —preguntó Finn, capaz de encontrar su voz antes que yo. Yo estaba atrapado temiendo lo peor e imaginando qué clase de estupidez estaba planeando. Así era Preston, malvado y astuto, ingenioso y siempre aprovechando la primera oportunidad para joder la vida de otra persona.

—¿Qué tipo de reto? —pregunté. No creería ni por un segundo que cumpliría con su parte de cualquier acuerdo conmigo. Pero tenía que preguntar.

La sonrisa de Preston se ensanchó. —No le diré a mi padre que destrozaste este coche... —Se inclinó hacia atrás, apoyando su trasero contra el maletero—. Si llevas a Haley Feldstone al baile de invierno. —Se puso de pie y se acercó más a mi cara—. Y te la follas allí.

Vítores y gritos surgieron de la multitud. Muchas risas también.

¿Qué demonios?

—¿Eso es todo? —preguntó Finn, casi riéndose de la extraña apuesta.

No, eso no era todo. Preston siempre había tenido una cosa por hacer la vida de Haley un infierno. Antes de que yo lo hiciera, cuando éramos solo niños pequeños en los primeros grados de la escuela primaria, él la había señalado. Era casi una fascinación mórbida, hacerla miserable. Y a medida que crecimos, parecía obsesionado con burlarse de ella por seguir siendo virgen. Esa fijación nos siguió hasta la universidad.

—Fóllate a Haley en el baile de invierno —repitió Preston, asintiendo.

No quería perder ni un segundo tratando de entender por qué jugaría este tipo de juego. Cuando alguien era tan rico, mimado y poderoso como él, parecía que necesitaban divertirse como pudieran.

—Nadie va a *querer* follársela —añadió—. Así que eso ya es suficiente castigo. —Cruzando los brazos, apoyó su trasero contra el coche de nuevo, esperando a que yo reaccionara.

Empecé a sacudir la cabeza pero me detuve. No quería que interpretara ese gesto como un *no*. El instinto de moverme así era más por mi sorpresa y falta de comprensión de que eligiera *esto* como una salida de la cárcel para mí.

—No, hermano. —Otro jugador de baloncesto se acercó y se paró junto a Preston—. Eli no va a hacer eso.

—Porque no puede —se burló alguien más, acercándose también—. Esa frígida no cederá. Ni siquiera por él. —Se partió de risa, haciendo que los demás también se rieran.

—¿Haley Feldstone? Ahora *eso* sí es un castigo horrible.

—No querría tocarla.

—¿Estás de broma? ¡Ella no le dejará tocarla!

—Tío, eso es imposible. ¿Haley Feldstone?

Desconecté de todo eso, quedándome con una ecuación simple.

Si aceptaba este reto, mi beca estaría bien para terminar. No me quedaría atrapado pagándola por la decisión del Sr. West de revocarla. Mi futuro estaría a salvo.

Finn se acercó, llamando mi atención en mi visión periférica. —Eli.

Lo miré, sabiendo que me respaldaría.

—Esto es una mierda, tío —dijo sabiamente.

Sí, lo era. Toda esta noche era una mierda. No era normal que no hubiera podido dejar de pensar en ella. No era ordinario ser parcialmente culpable de estrellar un coche antiguo.

Y era completamente retorcido estar tomando una decisión sobre tomar la virginidad de Haley en un baile al que ella acababa de decirme que no tenía intención de asistir.

Lo más jodido de todo era la amenaza muy real de que no me graduaría sin ninguna deuda. No podía dejar que me jodieran así. No podía fracasar antes de que mi vida siquiera comenzara.

—¿Qué dices? —se burló Preston, con la barbilla levantada y luciendo tan arrogante.

Dudé un segundo más.

Luego asentí.

—De acuerdo.

Extendí mi mano para que la estrechara. —Es un trato.

7

HALEY

A la mañana siguiente, la tía Cindy me dejó en el campus una hora completa antes de que comenzara mi primera clase. Tenía una cita con un nuevo especialista para hablar sobre una medicación diferente, y el viaje hasta allí le llevaría al menos cuarenta y cinco minutos.

Aunque estaba cansada por no haber dormido bien, gracias a sueños extraños y a estar despierta con demasiados pensamientos después de ellos, aproveché el tiempo lo más productivamente que pude, releyendo material y haciendo un crucigrama en la cafetería más cercana a mi primera clase. Sociología 301 no era mi curso favorito, pero resultaba fácil una vez que me esforzaba en los trabajos y proyectos.

Intenté ignorar la charla a mi alrededor mientras más estudiantes llegaban y pasaban el rato con sus cafés. Demasiados de ellos se paraban alrededor de la barra alta donde yo estaba sentada. Aunque no hacía falta mucho para que mi cuota de estar cerca de la gente se excediera, no estaba de humor para escuchar las tonterías sobre las que todos cotilleaban.

Esa estúpida fiesta.

Era todo de lo que hablaban, eso o el próximo baile de invierno.

Davina iba a reunirse conmigo aquí en unos minutos, y estaba segura de que comentaría de nuevo sobre esa fiesta en la mansión de los West anoche. Aquella donde afirmaba que Eli me había mencionado.

Como si me importara.

Me arrepentía de no haber comprado unos auriculares baratos de repuesto durante las ofertas del Black Friday hace apenas unos meses. Porque no poder oír a las chicas de la mesa de al lado habría sido una bendición. Solo podía fingir que era sorda durante un tiempo.

—No, me acosté con uno de los jugadores —le dijo una pelirroja bajita a su amiga mientras tomaban café—. Te dije que iba a esa fiesta para conseguir algo.

—Genial —respondió su amiga, sonriendo.

—Quiero decir, quería conseguir a Eli, pero se enfadó porque lo confundí con uno de los jugadores de baloncesto —resopló—. Como si eso importara.

La otra chica se rió. —¿Y acaso importa?

—No creo. Si están bien dotados, lo que sea. Solo quería una polla para cabalgar. No me importa qué deporte jueguen.

—Mmm. Los deportistas *siempre* saben cómo hacer sentir bien a una chica.

Puse los ojos en blanco, deseando que se levantaran y se fueran.

¿Cómo podían pensar que Eli jugaba al baloncesto? No era desgarbado y larguirucho, un bicho raro demasiado alto. Eli era delgado y musculoso, con esos brazos tonificados para lanzar el balón de fútbol americano.

—Lo que sea. Es su pérdida —dijo la pelirroja.

Sí, claro. Su pérdida por una noche. Eli nunca ocultaba que le gustaba acostarse con muchas, considerándose una especie de Casanova.

—Hola —me saludó Davina mientras se acercaba. Bostezó, agarrando la taza de café que acababa de comprar como si el vapor que salía fuera un salvavidas para despertarla.

—Buenos días —respondí, observándola mientras sorbía su bebida y luego gemía como si fuera Frankenstein levantándose por primera vez.

—¿Noche larga? —bromeé mientras guardaba mis libros en mi bolso para caminar con ella.

—No —se encogió de hombros—. Me fui temprano de la fiesta. Se volvió aburrida.

—Oh —me reí mientras salíamos de la cafetería—. Y querías que yo fuera.

Resopló, bajando conmigo por el amplio pasillo que conectaría con el ala donde estaba nuestra clase. —Como si alguna vez lo hubieras hecho.

En eso tienes razón.

—Simplemente no fue tan divertida como pensé que sería. Pero quizás me fui demasiado pronto. Parece que un montón de locuras sucedieron después de que me fuera.

—Según los chismes que escuché allí —dije, inclinando la cabeza en dirección a la cafetería de la que acabábamos de salir—, fue una fiesta de sexo y alcohol como cualquier otra.

—Sí. Pero vi algunas publicaciones de que alguien estrelló un coche.

Fruncí el ceño. —Genial. Conductores borrachos. Justo lo que el mundo no necesita más.

—No. No como si estuviera *conduciendo*. Pero no sé. Algo le pasó a uno de los coches de Preston o algo así —suspiró—. Pero ese chico guapo de mi clase de Estadística no estaba allí. O si estaba, no lo vi.

—¿Todavía estás esperando a que te note y te invite a ese baile tan tonto? —le lancé una sonrisa de desaprobación. Estaba totalmente a favor del feminismo en el sentido de que ninguna chica debería sentirse avergonzada de tomar la iniciativa y pedirle a un chico ir a un baile o a una cita. O proponerle matrimonio. Si sabías lo que querías, ve a por ello. A la mierda las tendencias sexistas tradicionales. Pero no veía razón alguna para querer ir a ese baile de invierno, así que todo era una estupidez.

—Tal vez —sonrió, pareciendo animarse a medida que bebía más—. O podríamos ir nosotras. Tú y yo. Solo para asegurarme de que has tenido la experiencia de ir a *un* baile.

—No, gracias.

Ella se rio suavemente. —Eres tan terca.

—No. No me gusta perder el tiempo. Es estúpido, Dav. Esos bailes formales son solo para los niños pijos y populares que tratan la universidad como una extensión del instituto. No como si se estuvieran preparando para una carrera y convirtiéndose en adultos responsables.

—Vale, pero ¿no puedes admitir que tienes *un poquito* de curiosidad sobre cómo sería ir?

Mantuve mi cara inexpresiva mientras miraba al frente. —No.

—¿Qué hay de todas esas capturas de pantalla de vestidos que tienes en tu teléfono? —me provocó.

No debería haberte dejado verlas.

—Solo los estaba mirando. Aparecieron anuncios y esas cosas, y eran bonitos.

Nunca admitiría que *sí* tenía curiosidad sobre este baile. No fui a ninguno de los bailes formales en el instituto. Pero mi intriga sobre este baile caía bajo la categoría de ridículos deseos como la idea de encajar. Lo cual no iba a suceder. No aquí.

No ayudaba que también hubiera soñado con ello anoche. Primero, estaba probándome vestidos. Luego, estaba en el baile, pero en realidad se celebraba en un zoológico con animales escapándose. Y finalmente, mi mundo onírico cambió a estar encerrada fuera del baile de graduación en el gimnasio del instituto. Todo había sido una extraña mezcla de sueños que arruinó mi descanso.

Pero eso no *significa que quiera ir.*

Definitivamente no.

Ella dejó de hablar del tema, captando claramente la indirecta de que no era un tema del que quisiera hablar. O quizás perdió la energía para hablar por completo, simplemente caminando conmigo y esperando que el café reiniciara su cerebro para el día.

Entramos en la sala de conferencias de sociología y tomamos nuestros asientos a un lado. Odiaba sentarme en la parte delantera porque eso significaba que mi espalda daba a todos los demás, una posición vulnerable. Incluso si no tuviera el trauma de algunos compañeros crueles cortándome el pelo en el instituto cuando me habían asignado un asiento en la primera fila, no me gustaba la idea de no poder ver toda la sala. La parte de atrás tampoco era buena porque era más difícil ver más allá de todos y tomar buenas notas. Pero el lado era una ubicación privilegiada. Si un tirador activo entrara corriendo, una preocupación desafortunada en estos tiempos, podríamos estar lo más lejos posible de la puerta.

Siendo las primeras en llegar, nos sentamos en nuestros asientos y esperamos a que el resto de la clase entrara. No era una sala del tamaño de un auditorio, pero más grande que un aula estándar. Me sorprendía que tanta gente estuviera inscrita en este curso, sin

embargo. No era una clase de nivel inicial que los estudiantes de primer año pudieran llenar.

Y ahí está él.

Aunque no levanté la cara cuando Eli entró, sabía que estaba allí. Odiaba estar pendiente de dónde estaba, preocupada de que algo pudiera estar mal conmigo por querer saber dónde estaba por cualquier otra razón que no fuera marcar el camino de mi enemigo. Pero tenía que ser eso. Siempre lo buscaba solo para estar preparada y a la defensiva. Hacía lo mismo con Preston, notando dónde estaba en una habitación. La presa tenía que estar atenta a los depredadores, después de todo.

Una vez que la instructora entró en la sala —no una doctora sino una profesora adjunta que parecía pensar que estaba calificada para enseñar este curso de nivel superior— presté atención e ignoré a todos los demás estudiantes. Hoy sería pan comido. Solo iba a repartir trabajos y luego ayudar a los estudiantes con la investigación de un ejercicio del que hablaríamos al final de la clase.

Ser emparejada con Eli para la última tarea había sido como si el universo me estuviera haciendo una peineta, pero lo habíamos logrado. Él era un vago y yo hice la mayor parte del trabajo, pero luego, cuando cuestionó mi trabajo, se convirtió en lo que parecía el proyecto más largo de la historia.

—¿Haley? ¿Eli? —Se sentó en su escritorio, esperando a que nos acercáramos a recoger su papel. Una de esas profesoras anticuadas, se negaba a dejar que alguien entregara el trabajo final de forma digital ya que era paranoica con las copias. Y sentía que tenía una "obligación moral con la sociedad" para asegurarse de que "animaba a los jóvenes a ser capaces de escribir a mano en esta era moderna".

Me dirigí allí, evitando caminar por el mismo pasillo entre pupitres por el que él iba.

—Aunque el contenido y el esfuerzo puesto en este trabajo son aceptables —dijo, entregándonos dos copias de nuestro trabajo—, notaréis que vuestra nota es más baja de lo que podríais haber esperado —nos miró fijamente por encima de sus gafas.

Casi jadeo al ver la puntuación.

Eli se encogió de hombros. —Un suficiente está bien para mí.

Le lancé una mirada fulminante. —¡Para mí no está bien!

—No es mi culpa que tus estándares sean demasiado altos —replicó. Me miró con furia, y la expresión enfadada solo enfatizaba lo demacrado que se veía. Cansado, como si ni siquiera hubiera dormido anoche. Parecía que la pelirroja que cotilleaba en la cafetería no se había acostado con él, pero claramente había tenido una noche ocupada de todos modos. Las bolsas bajo sus ojos sugerían que estaba deshidratado. Sus ojos rojos demostraban que estaba exhausto, quizás incluso enfermo. Pero eso no era mi problema. Se estaba preparando para pelear conmigo, como siempre. Si no me estaba molestando y acosando, estaba preparado para hacer que mi vida apestara de cualquier otra manera posible. Como arruinar mis notas, de las que me sentía orgullosa.

—Mis estándares no son demasiado altos —respondí acaloradamente, pero con cuidado de no sonar "dramática" o "quejumbrosa" como él se burlaría de mí—. Los tuyos son patéticamente bajos.

—Tú eres...

—Y *por eso* rebajé vuestras notas —dijo la profesora, abriendo sus manos entrelazadas que había colocado bajo su barbilla mientras apoyaba los codos en su escritorio. Señalando con un dedo a ambos, arrugó la frente—. Discutisteis demasiado.

—¿Me está calificando en función de si me llevo bien con él? —pregunté, sin importarme si sonaba tan incrédula como me sentía.

¡Esto es increíble!

—Nadie puede llevarse bien con *ella* —añadió Eli.

—Dios, no te *soporto* —murmuré.

—Lo mismo digo —respondió él.

—No me importa qué opiniones tengas de mí —repliqué, apretando los dientes para no gritarlo—. Nunca me han importado.

—Quizás deberían —se burló.

—No. Me importa lo que *ella* opine para poder obtener las mejores notas posibles —señalé a la profesora.

—Y mi opinión es que ambos necesitáis la dura lección de vida de llevaros bien con los demás. Para un trabajo compuesto sobre el valor del trabajo en equipo en la sociedad actual, parece que ambos estáis fracasando en vivir lo que aprendéis.

Contuve un gruñido, lista para borrar de un puñetazo la expresión divertida de la cara de Eli. ¡Él pensaba que todo esto era una broma! Si mantenía sobresalientes en todas las asignaturas, tendría mejores posibilidades de conseguir financiación para el posgrado. Pero a él no le importaba. ¡Era solo el deportista tonto que disfrutaba viéndome sufrir!

Bajé el brazo bruscamente, sin esperar siquiera a mirar el trabajo calificado.

—Si quieren trabajar juntos para rehacer la tarea y mejorar su calificación, sin discutir, entonces les ofrezco esa opción.

—¿Trabajar con ella? —bufó Eli—. ¿Otra vez? Ni de coña. No, gracias.

Abrí y cerré la boca, demasiado furiosa para hablar.

¡Te odio!

Arrugando el papel, me alejé furiosa de ambos. Esa profesora santurróna podía besar mi trasero. Y Eli podía irse al infierno. Estaba demasiado enfadada, y quizás un poco humillada, para permanecer aquí más tiempo.

Agarré mi bolso y mis libros, le lancé a Davina una mirada de *¿puedes creer esta mierda?*, y luego me fui temprano.

Nunca faltaba a una clase.

Nunca hacía novillos.

Pero ahora mismo, la mera idea de estar en la misma habitación que ese descuidado y egoísta imbécil era demasiado para soportar.

8

ELI

Haley se dio la vuelta tan rápido que no pude contener las ganas de reírme. Se alejó corriendo de mí, apretando aquel papel en su mano con tanta fuerza que nunca podría alisarse de nuevo.

¿Estaba tan enfadada por un *C*? Qué cómico.

—Vamos, no te pongas así —le grité, manteniendo un tono burlón, mofándome de cómo salía apresuradamente de la habitación enfurruñada.

No se detuvo. Ni siquiera aminoró el paso. Después de recoger frenéticamente todas sus cosas y meter su papel en el bolsillo delantero de su sudadera extragrande, salió corriendo de clase.

Nunca la había visto hacer novillos, y no era propensa a saltarse las clases... para nada.

No sentí remordimiento alguno por haberla enfadado tanto que saliera huyendo como una llorona. Era un puto *C*, no una *F*. Habíamos aprobado ese trabajo y, según yo, eso era suficiente.

Sin embargo, mientras la clase se reía cuando la llamé, supe sin duda alguna que nuestra nota no era lo suficientemente buena para *ella*.

Qué mala suerte. No voy a ser un perfeccionista como tú.

Davina captó mi atención, arqueando una ceja como si me estuviera recriminando por ser un idiota con Haley.

Sonreí, sin embargo, sin ganas de dejar que nadie viera que Haley tenía algún efecto en mí. Nunca ganaría una discusión conmigo. Ni con la profesora, al parecer.

—La oferta sigue en pie —dijo ella con ironía, despidiéndome para que volviera a mi asiento.

Como si fuera a aceptar esa oferta. Ya había sido un infierno trabajar con Haley en primer lugar, y no quería una segunda parte aguantando su prepotencia empollona e insistencia en que hiciéramos el trabajo como ella pensaba que debía hacerse.

Caminé de vuelta a mi asiento, muy consciente de que toda la clase había presenciado ese pequeño enfrentamiento. Lo peor de todo, sin embargo, fue ver a Preston sonriendo ampliamente. Había estado entre el público, viendo de primera mano lo mal que nos llevábamos Haley y yo.

El muy engreído puso las manos detrás de la cabeza y se reclinó, probablemente complacido con la muestra de lo arisca que era Haley y lo imposible que era este reto que me había propuesto. Estaba sentado allí, feliz y divertido.

Que te jodan, West. Le lancé una mirada fulminante mientras regresaba a mi asiento.

Su risa llegó justo cuando me senté, y por mucho que intentara no prestarle atención, estaba demasiado cerca para ignorarlo. Luego lo empeoró, levantándose de su asiento para ocupar el vacío a mi lado. No trajo libros ni papeles. Tampoco un portátil. Dudaba que el muy cabrón trajera algo a clase, demasiado acostumbrado a que sus influyentes padres justificaran cualquier mala nota que obtuviera por no hacer una mierda.

Algunas personas simplemente tienen toda la suerte del mundo.

Aunque no era suerte. Solo privilegio. Algo de lo que nunca tuve mucho.

—Lo dije —comentó, inclinándose para provocarme mientras la clase trabajaba en pequeños grupos en la tarea, mientras los compañeros eran llamados uno por uno para recoger sus trabajos.

—¿Dijiste qué? —murmuré. Frotándome las palmas contra la cara, suspiré y deseé poder volver a la cama. O conseguir algunos analgésicos y agua. Algo. Me había quedado dormido esta mañana, demasiado resacoso y alterado por lo que pasó anoche como para parecer un ser humano.

Pero mi madre me envió mensajes, luego me llamó, una y otra vez. Actuando como si tuviera diez años en lugar de veintiuno, entró en el rastreador de mi teléfono y vio que seguía en mi habitación de la residencia en vez de caminando por el campus. Así que llamó para quejarse de que seguía en la cama.

Algunas personas tienen padres estrictos. Los míos eran algo peor. Me rastreaban. Me fastidiaban. Exigían explicaciones sobre mi paradero cuando estaba en algún lugar donde asumían que no debería estar, y esperaban explicaciones para cada una de mis notas, ya que también tenían acceso en línea para vigilar eso. No importaba que fuera un adulto. Según sus excusas, como habían comprado mi teléfono usado hace años y pagaban el plan, podían acceder a cualquier cosa que quisieran. No tenía trabajo, se esperaba que me centrara solo en mis clases y me graduara, así que no podía comprar mi propio teléfono y ser independiente de esa manera. Las lagunas que había intentado antes no funcionaban. Una vez, dejé mi teléfono en casa para que ella no pudiera ver adónde iba. Otra vez, le di mi teléfono a Finn para que lo llevara y no estuviera estacionario, pero ella frustró eso llamándole y yo no estaba allí para contestar.

Esta mañana, cuando llamó y me regañó y exigió saber por qué aún no estaba de camino a clase, estuve tentado de estrellar el maldito teléfono contra la pared. Por supuesto, sabía que mi educación era importante para conseguir un trabajo. Y sí, era consciente de que no podía echar a perder esto porque ellos no tenían el dinero para que fuera a la universidad de otro modo, sin mantener esa beca intacta hasta el final. Había crecido sabiendo que tenía que ser un excelente atleta ya que, como decía mi padre, era "demasiado tonto para contar con buenas notas para llegar lejos". Solo porque no era tan rápido o no amaba el aprendizaje como mis compañeros, pensaban que era todo músculo y nada de cerebro.

—Te lo dije —dijo Preston mientras mi cabeza palpitaba—. *Eres* un perdedor.

Solté un profundo suspiro, contando hasta diez. Tenía que mantenerme en su gracia ya que podía hacer o deshacer que completara mi beca.

—Vas a perder esa apuesta.

—No, no voy a perderla.

Se rio. —Ya la estás perdiendo. ¿Crees que vas a conseguir llevarla al baile? No te soporta.

Gracias, imbécil. Gracias por señalar lo obvio.

Cuando Haley actuaba como si fuera más inteligente que yo, tampoco la soportaba.

—No hay ninguna posibilidad de que te mire, y mucho menos de que deje que te la folles —dijo.

Por eso eligió eso para la apuesta. Sabía lo difícil que sería para mí lograrlo. Su hobby de manipular a otros nunca había sido más molesto que ahora. Este niño rico y mimado se divertía haciendo sufrir a los demás, y me arrepentí de haber ido a esa fiesta.

—Eso no significa que no puedas forzarla. —Tamborileó con los dedos sobre el pupitre, como si estuviéramos charlando—. Podrías...

—Cierra la boca —refunfuñé. No estaba de humor para escuchar a este idiota animarme a violarla. Nunca tuve que esforzarme para conseguir sexo. Las chicas acudían a mí en masa.

Pero nunca Haley.

Este cabrón sabía exactamente lo que estaba haciendo, retándome a conquistarla en ese baile. No planeaba ir este año, harto de esa escena. Pero ahora tendría que revisar mi enfoque.

Tenía que ir.

—Es extraño, ¿no crees? —Inspeccionó sus cutículas mientras hablaba, disfrutando cada segundo de hacerme retorcer—. Siempre he discrepado con los rumores sobre ella. Ya sabes cuáles.

Lo miré con el ceño fruncido, expectante. —¿Cuáles?

—Que es una puta como lo era su madre.

La señora Feldstone no tenía excusas. Se había esforzado por romper tantos matrimonios y familias como podía. Recuerdo el día en que la madre de Haley huyó del pueblo. Mi madre llegó a casa furiosa, hablando de cómo la señora Feldstone se rio cuando una mujer la confrontó en el salón, llorando porque se había acostado con su marido. Desde entonces, me habían inculcado que la madre de Haley no era buena persona.

—Como lo era su hermana —añadió Preston.

Eso también era historia antigua. Natasha Feldstone quedó embarazada a los dieciséis y dejó Marsten por la vergüenza.

No estaba orgulloso de mis padres, y me encantaba no vivir con ellos ni tener que estar oprimido bajo sus reglas y expectativas estrictas, pero nunca había envidiado el drama familiar de Haley.

—Porque solo tienes que mirarla y saber que no está teniendo sexo —Preston hizo crujir sus nudillos—. Es demasiado frígida, como una perra helada. Es demasiado fea, escondida en toda esa ropa holgada. Es demasiado...

Levanté la mano. —Sí. Ya lo entiendo.

Se rio por lo bajo, levantándose para caminar hacia el frente del aula ya que lo habían llamado.

En cuanto se fue, solté un largo suspiro.

—Tío, este no es un buen comienzo —susurró Finn.

—No. No lo es —estuve de acuerdo.

Era el primer día que tenía que trabajar en ganarme a Haley, y me odiaba más. No debería haberla despreciado y burlarme de ella por nuestra nota. Ahora tenía que humillarme y ponerme de su lado, pero incluso eso sonaba imposible.

Cada vez que estrechaba sus ojos verdes hacia mí, clavándome en el sitio con su desprecio, me sentía atraído a pincharla y provocarla y enfadarla aún más. Verla feliz o relajada era el catalizador para que yo la hiciera sufrir. Era un equilibrio que nunca entendería, y había dejado de intentarlo.

Se veía tan furiosa que me sorprendió que sus gafas no se empañaran con el calor de su ira. Se había mordido el labio con tanta fuerza, conteniendo su réplica, que quería regodearme en la satisfacción de que lo hiciera tan fuerte como para potencialmente hacerlo sangrar.

Tener este poder sobre ella era un dominio enfermizo y retorcido, pero no podía parar. No quería parar. Presionar sus botones era una euforia de la que nunca me cansaría.

—Todavía hay tiempo —dijo Finn.

Escuché la lástima en su voz. —No importa cuánto tiempo. Ella seguirá actuando así.

—Entonces quizás tú también deberías dejar de actuar así.

Le fruncí el ceño.

—Quizás no seas tan combativo. Actúa como un amigo por una vez. Sería un comienzo para cumplir tu parte de la apuesta. —Volvió su mirada a su portátil y siguió trabajando.

—Haley y yo nunca seremos amigos —le dije mientras mi teléfono vibraba.

—Entonces, ¿te rindes? —preguntó.

Revisé mi teléfono, viendo que era solo otro mensaje del tirano.

Papá: *No olvides la cena de cumpleaños de tu madre el miércoles de la semana que viene.*

Gemí ligeramente.

Eli: *No lo he olvidado. Pero ¿no podemos hacerlo el fin de semana?*

Papá: *No. Su cumpleaños es el miércoles, así que iremos el miércoles.*

Papá: *¿Demasiado ocupado para hacer tiempo para tu madre?*

Papá: *No puedes estar demasiado ocupado estudiando. No con las notas que estás sacando.*

Rechincé los molares, odiándolo más.

Eli: *Tengo un largo día de clases el miércoles. Elegir el fin de semana más cercano sería más fácil con mi carga de trabajo.*

Era una petición razonable.

Papá: *Deja de ser egoísta.*

Papá: *Lo mínimo que puedes hacer es salir a comer con ella en su cumpleaños.*

Dejé el teléfono, deseando poder perderlo para siempre y no tener que lidiar con ellos nunca más, o al menos no por un tiempo *muy* largo.

Una horrible visión de vivir con ellos de nuevo llenó mi mente. Si la familia West hacía que no pudiera graduarme o que perdiera mi beca antes de la graduación, no tendría más remedio que volver a casa y vivir con ellos otra vez.

Nunca me perdonarían no graduarme. Nunca entenderían las estupideces arriesgadas que había hecho. Sería un *infierno*.

No podía rendirme. Tenía que llevar a cabo este reto. Preston no podía decir a sus padres que había estropeado ese coche, y para que eso siguiera siendo un secreto entre nosotros, tenía que llevar a Haley a ese baile de invierno.

—No. No me rendiré. No puedo.

Finn hizo una mueca, escéptico y preocupado.

—Ya se me ocurrirá algo. Tiene que haber una manera de que se ablande conmigo.

Sin embargo, un segundo después de decir eso, lo dudé seriamente.

Haley no parecía probable que tuviera piedad de mí... para nada.

9

HALEY

La mayoría de los días, traía mi almuerzo para no tener que gastar dinero y para no tener que depender de que tía Cindy me llevara al pueblo. No parecía justo incomodarla. Además, en estos meses fríos antes de que llegara la primavera, una vez que estaba en el campus, parecía más sensato quedarme allí y mantenerme caliente bajo techo.

Gastar dinero en la zona de comidas no parecía una buena idea cuando quería ahorrar cada centavo que pudiera para mudarme a la ciudad después de graduarme. Pero ganaba algo de dinero dando tutorías en línea o revisando trabajos de estudiantes de vez en cuando.

Hoy, el miércoles después de esa maldita clase de sociología con Eli donde tuve que aceptar una jodida C como calificación, me tomé un descanso de ayudar en el escritorio de tutoría estudiantil en una de las bibliotecas más pequeñas para comerme una hamburguesa con papas fritas y también un brownie recién horneado.

Se sentía como un lujo, uno al que no intentaría acostumbrarme. Tía Cindy y yo éramos frugales por naturaleza con sus ingresos limitados por discapacidad. Cuando me mudara de Marsten, el costo de vida se dispararía astronómicamente.

Pero hoy... Sonreí antes de comer mi hamburguesa. *Hoy, disfrutaré lo que pueda.*

El kétchup y la mostaza goteaban de la hamburguesa. Estaba demasiado caliente, calentada por la carne, y me estremecí por la quemadura en mi labio. Mientras la dejaba y bebía algo de agua, hice más muecas.

Ay. Ay. Ay. No *estoy disfrutando eso, pero-*

—Qué cerda —dijo una chica desde la mesa de al lado, riéndose de mí.

Oh, madura.

Ni siquiera eran locales de Marsten, solo otras que había visto en el campus. Todos los estudiantes con los que fui a la secundaria me juzgaban, pero los recién llegados que vinieron aquí para la universidad no esperaron para unirse a los prejuicios. Los rumores se extendían y arraigaban con demasiada facilidad, y por mucho que lo odiara, estaba acostumbrada.

—No puedo creer que alguien te encuentre atractiva —dijo otra desde la mesa vecina.

—Bueno, Amber, nadie lo hace. —Su amiga se rio—. Escuché que nadie quiere acercarse a ella.

—Lo cual es raro, considerando que su madre era una puta.

—Oye, Haley. ¿Tienes, como, cincuenta hermanos y hermanas por ahí?

Todas se rieron y rieron.

Con un suspiro, comí y mantuve la cabeza agachada.

Ignóralas.

No importan.

Un día, estarás fuera de aquí y ellas no estarán cerca para hablar así.

—Su hermana es igual. Otra puta.

—Escuché que tiene, um, como seis hijos ahora. Todos de padres diferentes.

—Qué patética.

—Haley, ¿cuántos padres de tus hijos vas a tener?

Ignóralas.

¡Ignóralas!

Mi presión arterial aumentó. Mi corazón latía más rápido mientras la necesidad latente de contraatacar surgía dentro de mí. No contraatacaría. Era más inteligente ignorar y dejarlo pasar. Solo tenían poder sobre mí si pensaban que estaba escuchando y me afectaban sus palabras. Si no les daba ningún poder, eventualmente se detendrían. Por el día, al menos.

—Escuché que su hermana se estaba acostando con alguien aquí en la universidad.

Exhalé una respiración fuerte por la nariz. Natasha ni siquiera se había quedado en el pueblo el tiempo suficiente para ir a la universidad. *Idiotas.*

—Tal vez así es como obtiene tan buenas calificaciones.

No esto de nuevo.

—Sí, ¿te das cuenta cómo obtiene todas A? ¿Puntuaciones perfectas?

—Suena sospechoso para mí.

—Apuesto a que se está follando a todos sus profesores. Acostándose con ellos para obtener todas esas A.

—Ella—

Sonó el ruido metálico de una bandeja.

Me sobresalté ante el *golpe* de la placa metálica al aterrizar en mi mesa. Todos a mi alrededor se estremecieron, mirando a quien tomaba asiento en mi mesa.

Me sentaba aquí sola. Siempre sola. Y así era como lo prefería si todos iban a hablar mierda sobre mí.

Pero alguien más decidió que quería sentarse conmigo.

No cualquiera.

Él.

La última maldita persona a la que quería enfrentarme cuando ya estaba siendo acosada de esta manera.

—Ella no obtiene *todas* A —dijo Eli mientras se dejaba caer en una silla junto a mí.

Mientras se acomodaba en el asiento, colocando su bolsa en la silla de al lado, me quedé paralizada. Con mi hamburguesa entre ambas manos, la boca abierta, lo miré fijamente e intenté entender qué demonios estaba pasando aquí.

¿Qué está sucediendo?

¿Por qué está aquí?

Miré alrededor, sospechosa y tensa.

—Sacó una C en su último trabajo de sociología. —Sonrió, sin mirarme a mí sino a la mesa llena de chicas chismosas—. ¿No es así, Haley?

—Qué... —Fruncí el ceño, examinando el área de comidas e intentando determinar por qué se estaba sentando aquí o siquiera

hablando conmigo. O por mí. Tenía que ser una broma. Alguien tenía que estar grabando esto para divertirse.

—Obtuvimos una C en nuestro trabajo y Haley parece estar bien con eso. —Comió su comida china para llevar, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. El Sr. Popular a menudo tenía ese aire. Genial, tranquilo, como si nada pudiera salir mal en su encantador mundo.

—No. *No* estoy bien con eso —murmuré hacia él.

—Sí, pero ella es, como, perfecta. Siempre la primera de la clase. Siempre sacando sobresaliente en cada examen —dijo una de las chicas—. Eso es totalmente sospechoso.

—Sospechoso —dijeron las otras.

—La única manera en que alguien puede ser tan buena en *todas* sus clases es si se está follando al profesor —dijo la más ruidosa.

Apreté los dientes, luchando contra el impulso de defenderme contra esta acusación infundada. Este era el tipo de cosas que arruinaba las perspectivas de los estudiantes. Solo bastaba con que una persona escuchara esto y se lo dijera a alguien con autoridad y eso era todo. El rumor se extendería. Nadie me creería. Y mi reputación quedaría arruinada, destruida más que la reputación ya de por sí horrible que tenía por la asociación con los miembros de mi familia.

—No estoy—

Eli me interrumpió, hablando más fuerte. —Espera, ¿estás *celosa* de ella, Amber?

—¿Qué? —Hizo una mueca—. ¿Celosa de *Haley*? No.

—Entonces cállate y déjala en paz —advirtió, serio y brusco.

—Vaya, Eli. —Otra chica en esa mesa sonrió con suficiencia—. Amber solo está diciendo las cosas como son. Haley claramente es solo otra puta como su madre y su hermana.

—Si intentas decir eso una vez más, me aseguraré de que nadie en el campus quiera acercarse a ti.

Una chica se burló. —Oh, sí, claro.

Eli levantó la mirada, fijando su mirada en ella. —Pruébame.

Parpadeé, sorprendida por su tono. Y que él estaba... él estaba...

¿Está defendiéndome?

¿Vino aquí para defenderme?

Bajando la cara, me volví ligeramente para susurrar: —¿Qué demonios estás haciendo?

Se encogió de hombros, escuchándome pero sin mirarme. —¿Qué parece?

Levanté la cabeza para mirarlo con los ojos entrecerrados. —Parece que estás tratando de engañarme haciéndome creer que te importo. Parece que estás fingiendo defenderme.

Me miró de reojo, la travesura evidente en su sonrisa arrogante y sus ojos azul profundo. —Lo estoy.

—¿*Estás* engañándome haciéndome creer eso? —pregunté, necesitando la confirmación.

Poniendo los ojos en blanco, se recostó y suspiró. —No. Estoy defendiéndote.

Arrugué la cara. —No, no lo estás.

—Eh, sí, lo estoy. —Sonrió de nuevo, como si yo estuviera siendo tonta.

—No. —Negué con la cabeza—. No lo estás. No te importo ni un comino. Ni lo que dice la gente.

—Claro que sí.

Coloqué mi servilleta sobre la mesa, odiando que ahora él también tendría que atormentarme. Me esforzaba por evitar a todos los acosadores aquí. No me metía en situaciones donde pudieran atacarme.

Ignorar. Evitar. Mantener la cabeza agachada. Ocuparme de mis asuntos.

Esa era mi estrategia para aguantar esta mierda hasta que pudiera graduarme.

Pero ¿él buscándome así?

—Yo... no confío en esto. —Negué con la cabeza y alejé mi silla para levantarme—. No confío en ti.

—¿Qué? —Frunció el ceño mirándome mientras recogía mis cosas—. No es amable decir eso.

—¡Oh! Como si tú tuvieras derecho a hablar. *Nunca* dices nada agradable sobre mí.

Se rio una vez. —Eso no es cierto.

—Entonces vives en una realidad alternativa. —Cerré el libro que tenía abierto para estudiar, luego lo metí en mi bolsa. Metiendo los brazos en las mangas de mi abrigo, fruncí el ceño y lo odié un poco más por jugar este tipo de juegos.

—¿Adónde vas? —Puso su mano sobre mi bandeja antes de que pudiera retirarla—. Solo pensé que podría comer aquí y—

—Y hacerme algún truco. ¿Qué es? ¿Una broma? ¿Quién está grabando esta vez? El Sr. Popular fingiendo ser amable y luego humillándome. ¿Es eso?

Me miró con el ceño fruncido. —No. Solo estoy tratando de ser amable.

—Huh. Qué lindo. —Me puse el abrigo por completo—. Tengo noticias para ti, Eli. Muy poco y muy tarde.

—Dios. ¿No es un poco duro? —preguntó mientras me colgaba la correa de mi bolsa sobre el hombro.

—¿Duro? ¿Me acosas toda mi vida y piensas que no confiar en una supuesta buena acción tuya de la nada es *duro*? —Me reí una vez y agarré mi bandeja.

No había forma en el infierno de que le importara cambiar sus colores. Definitivamente estaba tramando algo, y fuera lo que fuera, no quería ser parte de ello.

Llevando mi comida afuera, en el frío, lo evité—de nuevo—y lo maldije por hacer mi vida mucho más difícil.

Me senté en un banco de concreto justo fuera de las puertas del área de comidas. Al instante, temblé por el frío que se filtraba a través de mis vaqueros.

Al menos no está nevando.

Con la espalda hacia la pared de ventanas que daban al área de comidas, puse mi bolsa a mi lado, posicioné mi bandeja sobre mi regazo e intenté recuperar esa pequeña paz y disfrute que había tenido en mi soledad.

No pude.

Mientras terminaba mi almuerzo ahora frío, desperdicié todo el descanso entre clases tratando de descubrir qué juego estaba jugando Eli conmigo.

Y por qué.

Porque tenía razón.

No le importaba un carajo.

Nunca le había importado y nunca lo haría.

Como todos los demás imbéciles prejuiciosos y parciales en este pueblo.

10

ELI

Intenté que mi fastidio por el rechazo de Haley no arruinara el resto de mi día.

Claro, en alguna estúpida fantasía, imaginé que ella estaría agradecida. Que cuando me sentara con ella en el patio de comidas, apreciaría no estar sola por una vez. Y que cuando esas chicas maliciosas se burlaran de ella y hablaran mal a sus espaldas, me admiraría por defenderla y acudir en su ayuda.

Estaba equivocado.

Era más solitaria de lo que imaginaba.

Y estaba demasiado desencantada y escéptica para creer que la había defendido por pura bondad.

Maldita sea.

Por supuesto, no se dejaría engañar tan fácilmente.

No me había acercado a ella para ser amable. Ir a sentarme y comer con ella fue mi primera idea para intentar que se acercara a mí y así poder salvarme el culo.

Si Preston le dice a sus padres que destrocé ese coche...

Solté un profundo suspiro y entré en mi habitación para cambiarme para la cena de cumpleaños de mi madre. Ahora que por fin había terminado el día, ni siquiera podía contar con relajarme aquí.

Lo único que quería era dormir. Un horario completo de clases y mantenerme despierto durante las conferencias me habían agotado cuando apenas había dormido la noche anterior. Y también tenía resaca. Mi dolor de cabeza se había calmado con agua y analgésicos por un tiempo, pero había vuelto con más fuerza.

Suspiré, odiando la idea de tener que pasar más tiempo del necesario con mi padre, pero no quería aprovecharme de Finn para que me llevara al restaurante. Él tenía una cita con Britney más tarde, y ya estaba nervioso y terminando sus lecturas y tareas antes de prepararse.

Eli: *Hola, papá. ¿Hay alguna posibilidad de que tú y mamá pasen a recogerme, por favor?*

Dudaba que fuera tan generoso.

Tres puntos aparecieron bajo mi mensaje mientras bajaba el brazo y dejaba que mi bolsa se deslizara hasta caer al suelo. No tenía energía para recogerla y ponerla en mi silla.

Papá: *¿Hasta qué punto puedes ser un mocoso quejumbroso?*

—Aquí vamos —murmuré.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn, quitándose un auricular mientras se giraba desde su escritorio donde estudiaba. Probablemente vio que movía la boca y asumió que le estaba hablando.

—Nada —respondí.

Papá: *Ya es bastante que te quejes sobre qué día de la semana cae el cumpleaños de tu madre.*

Papá: *Como si fuera un gran sacrificio preocuparte por celebrar y ocuparte de alguien más por una vez.*

Papá: *El mundo no gira a tu alrededor.*

—Oh, vete a la *mierda* —gemí, dejándome caer sobre mi cama. Siempre era así con él. Siempre. Convertía todo lo que decía en alguna ofensa grave, donde yo era el único villano, nunca haciendo nada bien.

Papá: *¿Y ahora me pides que me desvíe y gaste más gasolina solo para consentirte y hacer TU vida más conveniente?*

—Olvídalo, imbécil. No es como si quisiera ir, de todos modos. —Dejé caer mi teléfono sobre el colchón junto a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn de nuevo.

—La cena de cumpleaños de mi madre. Quieren que vaya a comer y celebrar con ellos.

Familiarizado con lo desagradables que podían ser mis padres conmigo, hizo una mueca. —¿Y no puedes librarte?

Ni me atrevería a intentarlo. Nunca me dejarían olvidarlo.

—Le pedí que me recogiera de camino. Está actuando como si estuviera quejándome por un chófer.

Finn negó con la cabeza. —Qué cabrón. Saben que no tienes coche.

Me incorporé, frotándome la cara. —Me daré una ducha ahora y empezaré a caminar hacia la parada del autobús. —Porque, por supuesto, mis padres elegirían un restaurante en Marsten que no estuviera a una distancia caminable, y luego actuarían como si pudiera volar allí o algo así. Como por arte de magia.

—No. Yo te llevo.

Me levanté y me dirigí al baño, contento de que tuviéramos la suerte en esta habitación de tener un baño. Era pequeño, pero era nuestro. Una gran ventaja cuando teníamos una chica de visita.

—No, está bien. Tienes tu cita.

—No. Me canceló. —Puso los ojos en blanco—. Dijo que después de todo no soy su tipo. Puedo llevarte.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Quieres que te recoja también de vuelta? —Bostezó—. Estoy cansado después de lo de anoche, pero necesito quedarme despierto y leer este capítulo. Saber que tengo que recogerte me obligaría a mantenerme despierto. —Se rió débilmente.

—Gracias, tío. Lo aprecio.

En el camino, me preguntó sobre mis planes para Haley. Sentía lástima por mí porque tenía que saltar por el aro para no meterme en problemas y tener que devolver mi beca. —No se lo vas a decir a tus padres, ¿verdad?

Solté una risa seca. —¿Estás loco? ¡Por supuesto que no les voy a decir! Se volverían locos.

Su recordatorio sobre este imposible reto me molestó, manteniendo el miedo al fracaso en primer plano en mi mente.

—Te mandaré un mensaje —le dije después de salir del coche, mientras esperaba para cerrar la puerta.

—Sí, hazlo. Por si me quedo dormido leyendo. Avísame con antelación y estaré aquí.

—Gracias de nuevo.

Entré en el restaurante y encontré a mis padres sentados a una mesa. En realidad, llegué cinco minutos antes, pero siendo los quisquillosos que eran con la puntualidad, probablemente lo veían como un retraso.

—Por fin lograste llegar, ¿eh? —preguntó papá.

Era un imbécil de primera categoría por provocarme cuando sabía perfectamente que tendría que caminar o coger el autobús. O quizás

tenía la cabeza tan metida en el culo que asumía que los horarios de autobús se adaptaban a sus caprichos.

—Feliz cumpleaños, mamá. —Le entregué una tarjeta, de manera mecánica. Molestarme con saludos sería una pérdida de aliento. Ellos no me dirían *hola*, así que no tenía incentivo para intentarlo. En el fondo, odiaba tener que estar aquí.

La última vez que celebraron mi cumpleaños fue antes de que alcanzara los dos dígitos.

—Ay, Dios. —Frunció el ceño mirándome—. ¿Ni siquiera puedes intentar vestirte bien o lucir decente?

Me senté, preparándome para una noche jodidamente larga. —Me duché. Estoy decente.

—Apenas —dijo papá, frunciendo el ceño.

—No es como si tuviera un esmoquin en mi dormitorio —respondí.

Entrecerró los ojos. —Ni se te ocurra contestarme así. No en el cumpleaños de tu madre.

Apreté los dientes y exhalé por la nariz.

Escoge tus batallas. Escoge tus malditas batallas. Esto terminará antes de que te des cuenta.

Actuar como un robot y no invertir emociones era la única forma en que podía manejarlos.

Mamá abrió la tarjeta y no sonrió. —¿Es esto todo?

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Sabían que tenía pocos fondos, centrado en la escuela. Y no es como si pudiera conducir a una tienda y comprarle algo, y de todos modos ella no aprobaría nada que le comprara.

—¿Solo tu nombre, garabateado así? —Le mostró la tarjeta a papá, señalando el interior.

—Esa es mi firma. —*Por el amor de Dios, no critiquen ahora cómo firmo mi maldito nombre.*

—Ya veo. —Hizo una mueca—. ¿No puedes poner *con cariño, Eli*? ¿O *De Eli*? ¿Solo garabateas tu nombre?

Que alguien me mate ahora. De nuevo, regularicé mi respiración, decidido a mantenerme fuerte. —No pensé que tuviera que poner *de* ya que entregártelo implica que *es* de mí.

Si se atrevía a preguntarme por qué no lo firmaba con cariño, me iría de aquí. El amor era una broma. No me habían amado desde que saqué mi primera mala nota en un examen en segundo grado.

Solo empeoró a partir de ahí. Durante la cena, me acosaron sin parar por todo lo que hacía mal.

Mi madre me regañó por los notables que tenía, exigiendo que le diera una "buena" razón por la que no eran todos sobresalientes.

Mi padre se quejó de que estaba cansado y actuaba desinteresado en la conversación, no le gustaba que me hubiera desconectado.

Ella se quejó de que nadie querría contratarme si no me graduaba con mejores calificaciones.

Él lloriqueó que era un mocoso consentido que no apreciaba tener una beca en primer lugar.

Sus comentarios sobre la beca casi me hicieron vomitar. Sin que ellos lo supieran, mi error en aquella fiesta podría hacer que me la quitaran. Si el Sr. West así lo decidía, podría poner en marcha que me revocaran la beca. Tendría que pagar miles. Y apostaba a que no me dejarían graduarme por mi comportamiento. La familia de Preston tenía *tanta* influencia.

Estaba atrapado, en el peor lugar posible entre mis padres que nunca pensaban que era lo suficientemente bueno y asumían que era un idiota, todo músculo y nada de cerebro, y la amenaza de que

la familia West terminara mi tiempo en la universidad prematuramente, justo antes de graduarme.

—Todo lo que importa es que me gradúe —les dije cuando mi madre comenzó de nuevo sobre por qué mis calificaciones eran solo promedio.

—Por supuesto que importa —dijo ella, mirando hacia un lado de la habitación como si estuviera tan exasperada conmigo que no soportaba verme—. Pero no queremos que todos sepan que tenemos un hijo fracasado que no puede destacar.

Gracias. Muchas gracias. Realmente sintiendo el maldito amor aquí.

—Y más te vale graduarte —advirtió mi padre—. Porque será mejor que no olvides que no te apoyaremos económicamente.

—¿Cómo podría olvidarlo? —dije secamente, tan harto de sus voces que quería gritar de frustración.

—¿Me estás contestando? —preguntó, inclinándose sobre la mesa para intentar ponerse en mi cara.

No respondí, sabiendo cómo terminaba este argumento en particular. Como era su cumpleaños, dudaba que mi madre quisiera que otras personas en el restaurante presenciaran cómo me golpeaba.

—Más te vale que no —advirtió—. Cabrón consentido y arrogante. Actúas como si el mundo te debiera un pase fácil en el trabajo. Como si pudieras ser perezoso y salir adelante.

Suspiré, muerto por dentro y necesitando largarme de aquí. No merecían ni un segundo más de mi tiempo. —¿Hemos terminado? —le pregunté a mi madre—. Feliz cumpleaños. —Me volví hacia mi padre—. Que tengáis un viaje seguro a casa. Necesito volver al campus y estudiar —mentí. Necesitaba irme antes de perder ese fino control que tenía y realmente contestarle por una vez.

No importaría si lo hiciera. Alimentaría las llamas del odio ardiente que mi padre sentía por mí. Nada cambiaría. No me amaban. Nunca me habían amado como era, por quién era, el chico que no sacaba notas perfectas como los demás. El chico que tenía una ligera dislexia pero no lo supo hasta que se autodiagnosticó a los quince porque su madre temía que hacerse revisar significaría *realmente* que era menos y defectuoso.

Sabía que no era perfecto. Pero eso no debería ser una excusa para que los padres dejen de amar a su hijo.

¿Verdad?

Sin esperar una respuesta, me levanté, me di la vuelta y me fui.

Saqué mi teléfono para enviarle un mensaje a Finn para que viniera a buscarme. Al menos, esperaba que aún pudiera venir por mí. Terminé antes de lo que le dije que pensaba, pero podía quedarme fuera en el frío y esperar. Quizás eso me enfriaría, de todos modos. Me contuve de contestarle a mis padres o discutir con ellos, pero eso no significaba que no estuviera hirviendo por dentro, furioso, rabioso con ellos.

—¿Cómo te atreves a tratar así a tu madre?

Gemí mientras estaba fuera del restaurante. Solo había llegado hasta el camino hacia el estacionamiento, planeando sentarme en la barandilla para esperar a Finn. En las sombras interrumpidas solo por una farola solitaria, gemí y me detuve, sabiendo que si me alejaba de mi padre otra vez, se enfurecería más y más. A veces, apaciguarlo hacía que todo terminara más rápido.

Me giré. —¿Tratarla como qué, papá? Vine a la cena. Le compré una tarjeta. Le dije feliz cumpleaños.

Se acercó a mí, lívido. Su cara estaba roja, esa vena hinchada en su frente. Profundas líneas se marcaban en su rostro, enmarcando su boca mientras hacía una mueca y alrededor de sus ojos mientras los

entrecerraba. —¿Y luego crees que puedes faltarle el respeto simplemente yéndote? ¿Sin tener la decencia de despedirte?

—No le estoy faltando el respeto...

Atacó, golpeándome con el dorso de la mano tan rápido que no estaba preparado. No me había preparado para un golpe suyo en años. Dos años, para ser exactos. Pero esa racha había terminado ahora.

Me tambaleé hacia un lado por la fuerza de su bofetada, pero antes de que pudiera inclinarme demasiado, agarró el frente de mi abrigo y me enderezó.

—¿Sigues contestando, eh?

—¡No lo estoy haciendo! —argumenté, resistiéndome a su agarre—. ¡Por el amor de Dios, *no lo estoy haciendo*!

—No me hables así. —Echó su mano hacia atrás y me golpeó.

Algo en mí se rompió. Rojo tiñó mi visión, y no pude contener más este odio supurante. Le devolví el golpe. Más fuerte.

Él lo sacudió, gruñendo con más rabia. Luego me golpeó de nuevo, y otra vez, y otra vez. Intentó tratarme como un maldito saco de boxeo, pero yo había terminado. Lo solté todo, devolviendo más golpes de los que él podía asestarme.

Ya no era un niño pequeño.

No era un niño tonto que tendría miedo de su padre solo porque fuera mayor. Ya no era mucho más grande que yo, y yo estaba en mejor forma.

Lo empujé con fuerza, retrocediendo mientras él golpeaba su espalda contra la pared de ladrillo.

Estaba jadeando por aire y mirándome fijamente con la cara hinchada por mis golpes. Lo señalé mientras retrocedía. Después de

escupir un bocado de sangre de donde me había golpeado la mandíbula tan fuerte que me mordí la mejilla, lo miré fijamente.

—Aléjate de mí, joder —advertí.

Intentó recuperar el aliento, furioso pero sin ganas de cargar contra mí de nuevo.

—Y aquí está tu despedida. —Le hice una peineta, luego me di la vuelta y me alejé por última vez esta noche.

Ningún paso me siguió. Mientras me alejaba, sin molestarme con mi teléfono para pedir que me recogieran porque necesitaba calmarme, él decidió no perseguirme de nuevo.

Había aprendido su lección... esta vez.

Y recé para que si jugaba bien mis cartas y lograba cumplir con este reto que Preston me impuso para poder graduarme sin perder mi beca, nunca tendría que volver a ver a mis padres.

11

HALEY

La tía Cindy me recogió como de costumbre, pero cuando llegamos a casa, quedó claro que no me quedaría allí. En lugar de sus típicos episodios de regaños, estaba bajo uno depresivo. Los medicamentos que tomaba para su condición podían causarle estragos, tanto buenos como malos, y todo eso le pasaba factura mentalmente.

Después de asegurarme de que tuviera todas las comodidades que normalmente le gustaban —una manta acogedora, su serie de televisión favorita para ver en maratón, ese helado "especial" y algunos otros aperitivos al alcance— tomé las llaves y me fui. No estaba excesivamente melancólica cuando le daban estos episodios depresivos, pero le gustaba la soledad para superarlos. Podría haberme quedado en mi habitación después de cenar, pero prefería la paz y tranquilidad de la biblioteca en lugar de la televisión a todo volumen.

Sí, realmente debería haber comprado auriculares nuevos durante las ofertas del Black Friday...

Ir a la biblioteca principal del campus siempre era un placer. Echaría de menos este enorme edificio una vez que me mudara de Marsten. Los libros habían sido mis compañeros constantes durante toda mi

vida, y dudaba que eso cambiara alguna vez. Había algo mágico y reconfortante en estar rodeada de tantas opciones y mundos por explorar.

Me mantuve alejada de los pasillos de ficción. Si empezaba por ahí, nunca volvería a la superficie para estudiar. Y esta noche, quería adelantarme a mi próxima tarea de Literatura Británica. Repasar *El Señor de los Anillos* era fácil. Ya había releído todos los libros de Tolkien varias veces, pero encontrar material de investigación para hacer comparaciones era algo más fácil de hacer con copias tangibles de papel que con lo que podía encontrar en línea.

Con un par de pequeñas pilas de libros en una mesa en la parte trasera cerca de los baños, estaba lista para explorar y tomar notas a gusto. Esa serenidad silenciosa y la sensación relajante de hacer lo que quería, en mis propios términos, me levantó el ánimo.

Así que era lógico que no durara. Nada lo hacía, ni los buenos tiempos ni los malos. Ambos fluctuaban y nunca permanecían constantes.

Porque la imagen de Eli entrando en la biblioteca definitivamente hizo que mi buen humor se agriara.

Y rápido.

Fruncí el ceño mientras lo veía entrar en el gran espacio abierto de la planta principal. Después de su extraño intento de sentarse junto a mí en el patio de comidas antes, sentía que sería prudente mantener más distancia de él. Un mayor amortiguador para protegerme de más de sus estúpidas bromas o declaraciones de preocupación sobre que se burlaran de mí o me acosaran.

Observando desde esta esquina, y contenta de que probablemente no me vería de inmediato gracias a una maceta con un árbol junto a mi mesa que me daba un ligero refugio, me pregunté qué demonios estaba haciendo aquí.

¿Qué, no hay fiesta esta noche?

¿No hay chicas que llevarte a la cama?

¿Ya te aburriste de la diversión y los juegos?

Verlo en la biblioteca no tenía sentido. Él no pertenecía aquí con los otros nerds e introvertidos como yo.

Sin embargo, allí estaba, con un abrigo desabrochado, su espeso cabello castaño despeinado como si hubiera estado caminando toda la noche sin gorro.

Espera un momento...

No se acercó a mi mesa, sin verme, pero parecía demasiado perdido y desorientado de todos modos. Con la mirada baja mientras parecía deambular sin rumbo por la sala abierta de la biblioteca, me pregunté si tendría frío. Las puntas de sus orejas parecían rojas. Sus mejillas también estaban rosadas, como si hubiera sufrido quemaduras por el viento.

Entrecerré los ojos, inclinándome para tratar de verlo más claramente a través del gran espacio.

¿Eso es sangre?

La curiosidad me atrajo, y odié cómo se convirtió tan rápidamente en un interés absoluto, y luego en algo que parecía mucho a la preocupación.

En el proceso de inclinarme para mirarlo, rocé mi botella de agua con el hombro y se volcó. Con la tapa cerrada, el agua no se derramó, pero la forma estrecha de la botella metálica aislada golpeó la mesa con ese fuerte estruendo. Los profesores siempre se quejaban de que sonaban como una bomba cuando caían al suelo, y a pesar de que esta mesa era de madera pulida, los efectos de audio seguían siendo los mismos.

Ruidoso. Perturbador. Molesto.

Muchos estudiantes y otros visitantes de la biblioteca se volvieron para mirarme con enfado, condenándome por hacer escándalo en un edificio destinado a estar en silencio.

Pero lo peor de todo fue que, mientras enderezaba mi botella, Eli siguió el origen del fuerte sonido. Giró, casi a cámara lenta, y me miró directamente.

Era sangre.

En su ceja, su labio. Apostaba a que había varios otros lugares también. Esa debía ser la razón por la que arrastraba los pies, no porque tuviera frío por estar afuera sino porque estaba herido.

Y antes de que pudiera racionalizar por qué tenía que mantenerme en guardia, estaba impaciente por ayudar.

Caminó hacia mí, su rostro delgado sin sonreír ni esbozar esa sonrisa burlona por una vez. Una opacidad pasiva y sin vida se mostraba en su cansada mirada y su boca fruncida.

Antes de que llegara a mi mesa, aparté mis libros y coloqué mi botella de agua más lejos.

—¿Qué te pasó? —pregunté, directa y al grano.

Nunca tenía la costumbre de iniciar una conversación con él. No lo había hecho desde cuarto grado, cuando parecía ser demasiado genial para mí. Pero esta noche era una excepción. Parecía que hubiera estado en una pelea terrible.

Se encogió de hombros, mirando distraídamente mis libros y libretas.

—¿Estás... enfadado?

Se aclaró la garganta. —¿Me estás preguntando si estoy loco?

—¿Estás enojado? —pregunté. No podía interpretarlo bien, no con esa cara hosca. Parecía estar a un centímetro de cometer un asesinato, pero también igual de cerca de poder desplomarse y

deprimirse por el triste estado del mundo, como estaba haciendo la tía Cindy en casa.

—No importa —negué con la cabeza—. No es asunto mío. —Además, ¿qué diferencia haría si estaba enojado o triste o cualquier otra cosa? No era como si pudiera ayudarlo con ninguna de esas cosas.

—Estaba enojado —admitió, sentándose en la silla junto a mí.

Mierda. Esto era como un déjà vu, él invitándose a sentarse conmigo. A diferencia de esa pequeña escena en el patio de comidas, sin embargo, no podía adivinar por qué estaba voluntariamente en mi presencia ahora. Ninguno de sus amigos estaba cerca. Realmente no había nadie alrededor. La biblioteca estaba mayormente vacía en esta esquina.

—¿Enojado por esa mala calificación que obtuvimos? —pregunté, acercando mi bolso para ver si todavía tenía un paquete de pañuelos en un bolsillo.

Resopló. —No lo estaba.

Pero... ¿lo estás ahora?

Hablar de una mala calificación parecía algo mezquino y sin importancia cuando él claramente había estado en una pelea.

Eli siempre había luchado por mantener sus calificaciones. Tenía potencial, pero necesitaba ir a su propio ritmo. Aun así, si tenía un problema con preocuparse por hacer un buen trabajo en sus tareas universitarias o entregarlas a tiempo, ese era su problema. No el mío.

Mientras se quedaba allí sentado, mirando a la nada, odié cómo instantáneamente se convirtió en mi problema. En contra de mi buen juicio, me giré en mi asiento para mirarlo.

—Estás sangrando —comenté con objetividad. Gotas rojas habían caído de los cortes en su cara, pero cuando sacó las manos que

tenía metidas en los bolsillos, los cortes crudos en sus nudillos mostraban que estaban sangrando más que su cara.

—¿Pero qué...? —Negué con la cabeza y abrí mi botella de agua para humedecer un trozo de pañuelo doblado.

—No es tanta sangre —dijo sin inyectar mucha emoción en su argumento.

—Pero *es* sangre. —Me acerqué, limpiando sus nudillos para quitar la sangre. El primer contacto con su piel cálida me sorprendió. Hacer contacto físico con mi acosador parecía tan incorrecto cuando estaba haciendo todo lo posible para convencerme de que mantenerme en guardia era lo inteligente.

Sin embargo, no era la primera vez. Como si el acto de limpiarle las manos pudiera llevarme al pasado, visiones de haber hecho esto mismo antes revolotearon por mi mente.

En aquellos tiempos, cuando jugaba al fútbol americano de niño y venía a la biblioteca pública con cortes y moretones, yo tenía una tirita que ofrecerle. Me convertía en su amiga y limpiaba sus rasguños. Y otras veces, cuando estaba en el patio de recreo de la escuela y mostraba nuevas lesiones. Sabía que su amor por el fútbol americano lo lastimaba. No era un deporte suave, pero con lo intimidante que era el Sr. Young, hace muchos años formé la corazonada de que el padre de Eli podría ser abusivo. Era tan estricto, tan correcto y rígido. Nunca me atreví a acercarme a él, segura de que era demasiado religioso y santurrón para tener una opinión positiva de mí o mi familia.

Pero ahora, tenía que preguntarme.

¿Quién te hizo esto, Eli?

No preguntaría. No podía. Preguntar cómo se había lastimado *no* era mantenerme en guardia. Antes, su presencia se sentía como un truco. Estos cortes y moretones eran reales.

—Yo lo manejaré —dijo, apartando su mano.

Mantuve el agarre, sin detenerme. —Puedo ayudar.

—No pedí tu ayuda.

—Claramente. —Antes de que pudiera hablar de nuevo o protestar, me aclaré la garganta—. Quizás no deberías meterte en tantas peleas —lo regañé.

—Como si te importara —dijo, devolviéndome mis propias palabras.

Lo miré, viendo al chico encantador que solía conocer. Por una vez, esa actuación de Sr. Popular no estaba presente. Me miró con un pequeño desafío, pero no con el calor de una pelea.

—Me importa —dije. Señalando con la barbilla los libros en la mesa, añadí—: Me importa no manchar de sangre los libros y mis notas.

Se rio una vez. —Oh. Te importan los libros. No yo.

No puedo. Solía hacerlo, cuando éramos más jóvenes e inocentes como suelen ser los niños.

Pero me había acosado durante demasiado tiempo como para admitir que me importaba. Le estaba mostrando que estaba preocupada. No me ofrecería a limpiarlo si fuera tan insensible.

No podía soportar la profunda mirada en la que me atrapó. Era demasiado inquisitiva. Demasiado honesta.

Bajando la mirada, humedecí más pañuelos y pasé a los nudillos de su otra mano.

Podía ser la persona más madura. Podía dejar de lado mis problemas con él.

Nada me convencería jamás de que el amable y dulce Eli que conocí hace tanto tiempo volvería alguna vez.

Solo el acosador.

Muy pronto, él ya no estaría en mi vida. Y una vez más, no pude entender la punzada de dolor que me golpeó en el pecho ante esa idea.

12

ELI

Se preocupaba por mí. Haley se preocupaba por mí.

Tenía que ser así. De lo contrario, no se habría ofrecido a ayudarme a limpiar mis heridas. Ya no me escocían. Ni siquiera notaba el calor de mi sangre en los rasguños abiertos. Después de caminar todo el trayecto de vuelta al campus desde el restaurante en un patético intento de calmarme tras pelearme con mi padre, acabé congelado. La caminata me hizo bien. Ya no me sentía dominado por la rabia.

En cuanto vi las luces de la biblioteca, pensé que no sería mala idea entrar para calentarme un minuto. La congelación no me ayudaría en nada.

No había contado con ver*la* aquí. Después de mi fallido acercamiento en el área de comidas, no había ideado otra estrategia para acercarme a ella o hacer que comenzara a suavizarse conmigo. Esta biblioteca —cualquiera de ellas— era un buen lugar para encontrarla. A menudo estaba cerca de los libros, ya fuera estudiando o leyendo por placer. Sin embargo, no había venido aquí con el propósito de buscarla.

Ahora que lo había hecho, me di cuenta de mi error anterior.

Pensé que podría hacer que se relajara conmigo y se acercara si la defendía y la ayudaba. Si acudía a su rescate.

Eso no funcionó. Estaba demasiado a la defensiva y cautelosa, demasiado escéptica para confiar en mis intenciones. Y tenía razón en ser así después de lo imbécil que había sido con ella durante años.

Lo que pareció hacerla ceder fue que yo necesitara *su* ayuda.

Aunque todavía me miraba con cautela, observándome como si esperara que me levantara como una cobra, atacara y mordiera, me estaba ayudando. No necesitaba una enfermera. Que me mimaran con sus delicados dedos limpiando la sangre de mis nudillos no marcaría la diferencia entre vivir o no. Por supuesto que viviría. Unos cuantos moretones y rasguños no iban a matarme.

Lo importante era el gesto.

Era la forma en que podía arriesgar sus reservas y preocupaciones sobre mí y querer ayudar de todos modos.

Decirle que no se preocupaba por mí fue una estupidez. Obviamente lo hacía si me mostraba su paciencia y su reticente deseo de atender mis heridas, lo poco que podía hacer con agua y un pañuelo.

Se preocupa por mí.

Y eso me hizo sentir aún peor de lo que me sentía antes de entrar aquí.

Atrapado en el dolor de no ser amado, estaba más triste y herido en mi corazón que nunca. Cada crítica por mis defectos, cada sermón fastidioso sobre por qué no podía ser más inteligente, cada vez que ese cabrón me decía que estaba siendo irrespetuoso, como si yo estuviera equivocado por no preocuparme por los padres que tan claramente no me amaban. Todo se acumulaba, cada golpe apilándose como peñascos hasta que me sentía tan jodidamente

aplastado que no sabía por qué me molestaba en levantarme y seguir adelante.

Así estaba mi cabeza cuando entré en la biblioteca para buscar algo de calor antes de caminar el resto del camino de vuelta a mi dormitorio.

Encontrar a Haley aquí y dejar que me cuidara de alguna manera lo empeoró todo.

Porque ella no se preocupaba —no por *mí*. Se preocupaba a un nivel fundamental de no querer ver a alguien sufriendo, como si yo fuera un animal callejero que necesitaba ser rescatado. Se preocupaba en el sentido de tener un corazón demasiado grande para dejar que alguien sufriera físicamente sin intentar ayudar. Después de todo este tiempo, seguía siendo la empática de corazón sangrante.

Por eso estaba haciendo esto.

Eso era todo.

No era porque se preocupara por *mí*. No estaba más cerca de ser amado, deseado ni siquiera caer bien por quien era.

Si le importara, lo admitiría. Pero mientras la veía limpiar la sangre, negándose a hacer contacto visual, supe que tal admisión no saldría de sus labios. No le importaba yo. Solo era una buena persona. Y deseé que eso me hubiera hecho replantear el haberla apartado todos esos años atrás.

—Ven aquí —dijo, sin reaccionar a cómo la observaba. Gesticulando para que me acercara más y la mirara, se sentó más erguida y volvió a humedecer el pañuelo para limpiarme la cara.

—Está bien.

—Estás sangrando por aquí y por allá —puso las yemas de sus dedos en mi cara, girándola ligeramente.

—Pero no está goteando sobre tus preciosos libros.

—No son *mis* libros. Son para todos —limpió suavemente el rasguño de mi ceja.

Bajo la suave sensación de sus dedos tersos y dentro de su esfera de compasión —que no merecía— me sentí atraído hacia ella. Representaba tanta bondad, un cuidado tan genuino y buenos deseos, que gravitaba cada vez más hacia ella.

Nunca me había dado cuenta de lo maldita hambre que estaba de atención, del tipo que no era porque fuera popular, encantador o dedicado a mi deporte. Con ella centrada en mí de esta manera, quería bañarme en su bondad.

—Incluso podrían ser para ti —dijo con ironía—, si planeas completar la próxima tarea de Blume para Literatura Británica.

La miré, sintiéndome como si la estuviera viendo bajo una nueva luz después de todo este tiempo. No estaba tratando de impresionarla, y aunque lo intentara, como estúpidamente había tratado de hacer en el área de comidas, ella no se dejaría influir. Sin nadie alrededor para ver si yo era el atleta guay, era simplemente *yo*. Éramos solo ella y yo.

Lo que de alguna manera hizo más divertido hablar con ella así como distracción. A solas. Sin pretensiones.

—¿Qué quería de ti después de clase aquel día?

Me lanzó una mirada. —Tonterías.

—¿Estaba tratando de ligar contigo?

Entrecerró los ojos, frunciendo el ceño. —Sabes por qué quería hablar conmigo.

Negué con la cabeza. —No, no lo sé.

—Tú y Preston me acusaron de hacer trampa. Otra vez.

Fruncí el ceño, luego hice una mueca cuando hizo que mi piel se estirara.

—Para. Estás haciendo que sangre más.

—No te acusé de hacer trampa.

—Aquella vez —respondió con sequedad.

Bien. Me había pillado. Había dicho algunas tonterías hace un par de años en una clase, pero no era como si alguien fuera a creer que hablaba mal de ella así. Todos podían ver que simplemente era inteligente.

—De acuerdo. Así que no te metí en problemas esa vez. Fue Preston —su rostro permaneció pétreo, mostrando cómo su opinión sobre ese imbécil reflejaba la mía.

—Y Blume no intentó propasarse o...

Bajó la mano y me miró con el ceño fruncido. —No. ¿Por qué es esa la primera suposición que haces?

—Porque siempre te está llamando a su oficina. Podría parecer que tiene algo contigo.

Continuó limpiando mi rasguño. —A ti también te llama mucho a su oficina, por los trabajos atrasados.

Aunque fue audaz de su parte contraatacar y yo disfruté del desafío, no me desviaría del punto que estaba tratando de hacer. Cuanto más me concentraba en ella, menos pensaría en mí mismo. —Pero él siempre te está observando, también.

—Entonces es un pervertido que mira a las mujeres. No lo sé. Si tú y Preston y todos los demás dejaran de inventar mentiras sin fundamento sobre mí, entonces él no me señalaría para nada.

—Quizás sí, quizás no —no iba a sacarme una disculpa. Eso requeriría que reconociera por qué la había acosado y tratado de mantener a distancia. Y era simple: cuando anhelaba amor, actuaba para ser popular y caer bien, y eso incluía excluirla porque a nadie en Marsten le importaba la familia Feldstone.

—Tal vez Blume piensa que serías fácil debido a...

—¿Mi madre? ¿Mi hermana? —Puso los ojos en blanco—. No lo soy.

Sonreí a pesar de mi molestia. —Sí. Puedo verlo. Eres difícil.

—Dice el idiota que se metió en una pelea esta noche. Yo diría que *tú* eres más difícil que yo.

—¿Es una competencia ahora? —pregunté mientras me agarraba la barbilla y prestaba atención a mi boca.

—No —sentir que presionaba el pañuelo húmedo contra el corte de mi labio era más íntimo. Solo tener su atención así me hizo preguntarme de qué otra manera podría aliviar esa piel escocida. De qué otra manera podría...

—No perdería mi tiempo tratando de decidir quién es más difícil —dijo con sencillez.

—¿Porque no querrías perder tiempo conmigo? —pregunté.

Se detuvo, mirándome fijamente. No pude escapar al pensamiento de que estaba buscando algo en mi rostro, demasiado inquisitiva y curiosa, pero bajó la mirada de nuevo. No estaba seguro de qué era peor, la intensa quemadura de su mirada verde en mis ojos, tan penetrante, o su enfoque en mi boca que me hacía querer...

Suspiré.

—Estoy perdiendo mi tiempo contigo ahora mismo —admitió.

—No tenías tiempo para mí antes hoy. En el área de comidas.

—Porque no soy tan estúpida —replicó—. ¿Crees que me engañarás con un repentino impulso de defenderme? ¿Después de años de intentar acosarme y hacer mi vida un infierno? Sí, claro.

—La gente puede cambiar —aunque ella no lo había hecho. Todavía tenía un buen corazón a pesar de todo el acoso.

—Seguro. Por supuesto que pueden —se recostó y dejó el pañuelo sobre la mesa—. Pero dudo que *tú* lo hagas.

—¿No es eso un poco duro? —pregunté, preocupado de que nunca cediera y se ablandara conmigo. Las esperanzas de llevarla a ese baile parecían desvanecerse. Estaba jodido si no podía suavizarse conmigo.

—No, en realidad no —comenzó a recoger sus cosas y guardarlas en su bolso—. Se llama autoconservación. No dejaré que me lastimes, ya no más.

—¿Y si ya no quiero lastimarte?

Puso los ojos en blanco. —Claro. ¿Y se supone que debo creer que este milagro de un cambio radical es simplemente natural?

—La gente puede cambiar —le recordé.

Me miró directamente a los ojos. —Bien. Entonces cambia. Aun así es muy poco y demasiado tarde —con sus cosas en su bolso, se levantó para ponerse el abrigo.

—Eso no es cierto —me puse de pie, sin querer que se fuera todavía. Esto tenía que ser progreso. Estábamos... hablando. No estaba fingiendo. Ella casi estaba dispuesta a escuchar. Por muy tensa que fuera, esta era una conversación civilizada.

—Sí lo es —tiró de su abrigo, ajustándolo para cubrir completamente su cuerpo—. Porque estoy demasiado cerca de salir de aquí para que me importe. En mayo, después de la graduación, me voy.

—Yo también —no podía esperar hasta encontrar un trabajo en algún lugar lejos de mis padres.

—Me alegro por ti —se colgó el bolso—. Pero no cambiará el hecho de que todo lo que tendré para ti entonces será *buen viaje*.

Recogió ambas pilas de libros, juntándolas en una. Puse mi mano sobre el libro superior para evitar que se alejara y los devolviera a

los estantes. —¿Pero hasta entonces? —pregunté.

La desesperación se aferraba a mis palabras, pero esperaba que no la detectara.

Tenía que lograr que se ablandara conmigo para que fuera a ese baile. Teníamos que convertirnos en algo así como amigos para lograrlo. Ella hablaba como si hubiera comenzado una cuenta regresiva para cuando yo saliera de su vida para siempre.

Estaba desesperado por cumplir el reto de Preston.

Pero odiaba la posibilidad de estar desesperado porque ella no me sacara de su vida tampoco. No todavía. Ella siempre había estado ahí en el fondo, y se sentía extraño, la idea de que un día ya no estaría.

—¿Hasta entonces qué? —preguntó.

—Podríamos ser... —señalé la mesa, donde ambos habíamos bajado la guardia un poco—. Podríamos ser cordiales.

Me miró de arriba abajo. —No voy a contener la respiración ni hacerme ilusiones —con un rápido paso atrás, hizo que soltara mi mano de sus libros—. No estoy segura de que sepas ser otra cosa más que un acosador.

¿Quieres apostar?

No tenía opción.

Tenía que convencerla de que me diera una oportunidad. Necesitaba que se abriera a mí.

Sonreí, viéndola alejarse.

Mientras me dejaba allí parado mirándola, me pregunté si me evitaría aún más ahora.

Si lo hacía... lo intentaría con más ganas. Ahora que había probado cómo podría ser sin que nadie juzgara o tuviera que impresionar a

otros o parecer guay, quería más del afecto de Haley.

Incluso si solo lo ofrecía porque era demasiado buena para no hacerlo.

Después de cómo la había acosado durante tanto tiempo, eso era más de lo que jamás merecería.

13

HALEY

Cuando Eli sugirió que podríamos ser cordiales, no estaba segura de qué esperar.

Él no podía cambiar tan drásticamente. Después de años atormentándome, no se transformaría mágicamente en otra versión de sí mismo solo porque habíamos tenido un momento en la biblioteca.

Aquella noche, él se mostró vulnerable. Pude notarlo en el segundo que entró en la biblioteca, viéndose tan perdido y herido, que algo malo había sucedido. Aunque pasar por algo difícil era suficiente para hacer que cualquiera se sintiera humilde, incluso por un breve momento, eso no significaba que el sentimiento permanecería.

Al día siguiente, esperaba completamente que Eli volviera a su actitud habitual.

Las miradas petulantes. Las sonrisas arrogantes. Las burlas. Burlándose de mí y manteniéndose fiel a su comportamiento de los últimos años.

Así que solo con sorpresa lo miré cuando me saludaba al pasar cada vez que estábamos en la misma área.

Solo podía observarlo con cautela cuando me abría las puertas, casi como si estuviera tratando de estar cerca de mí tanto como pudiera.

Esperaba que cayera la otra zapatilla cuando comentaba sobre algo que yo decía o hacía en clase, todas palabras de elogio y no bromas a mi costa.

No sabía qué podría haber pasado aquella noche que entró en la biblioteca, pero fuera lo que fuese, lo había transformado en una persona completamente diferente.

Una persona cordial. Y quizás incluso amable.

Eli estaba siendo *amable* conmigo, y yo pasaba cada segundo de la experiencia dudándolo. Había sido el blanco de su crueldad durante demasiado tiempo para aceptar ciegamente que ya no quería hacerme miserable.

Cuanto más cambiaba su comportamiento hacia mí, más intentaba considerar por qué querría ser amigable.

—Aquí tienes —me entregó la salsa de soya en la mesa de la plaza de comidas, recordando de alguna manera desde hace mucho tiempo que me gustaba en mis fideos ramen.

Me quedé mirándolo mientras me entregaba la botella, preguntándome de nuevo, ¿por qué?

¿Por qué se sentaba conmigo, la quinta vez desde el miércoles pasado? ¿Por qué comía conmigo, hablaba conmigo?

Esto era más que ser cordial.

Estaba actuando como un *amigo*.

—¿Qué? —Me miró, luego a su alrededor como si pensara que estaba estudiando algo o a alguien más.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté.

Era tolerable así. No podía apagar mi curiosidad sobre *por qué* estaba apagando su actuación de Sr. Popular, atleta estrella, demasiado guapo para resistirse, cuando estaba cerca de mí.

Ayer, en la clase de sociología, Davina dijo que era una persona con los pies en la tierra. Así que no era solo yo quien presenciaba este cambio en él. Y no podía dejar de pensar en eso.

¿Por qué?

¿Por qué está actuando así de repente?

—¿Hacer qué? —Reanudó su comida, actuando como si esto fuera normal. Como si estuviera cómodo estando cerca de mí y absteniéndose de intimidarme.

—No lo sé —fruncí el ceño, negándome a creer que realmente quisiera ser amigos ahora.

—¿Justo como no sabes dónde fueron a parar tus gafas? —sonrió con suficiencia—. No las has usado durante cuatro días.

Arqueé una ceja.

—¿Estás contando?

Se encogió de hombros, sentándose tan cerca de mí en esta barra alta de la plaza de comidas que su hombro rozaba el mío.

—No entiendo cómo puedes no saber qué pasó con tus gafas. Son parte de ti.

Suspiré, rompiendo el contacto visual.

—¿Haley?

Me metí comida en la boca, sin confiar en su "amistad", por tenue que fuera. Tampoco confiaba en cuál sería su reacción si le contaba la verdad.

El imbécil que era, me preguntó de nuevo una vez que tragué mi comida. No me iba a dejar escapar.

—Haley, ¿qué pasó con tus gafas?

—No es asunto tuyo.

Entrecerró los ojos.

—Lo haré mi asunto.

—Ja.

—¿Por qué no me lo quieres decir? —me dio un codazo.

Le devolví el codazo.

—Porque no quiero.

—¿Por qué no? —Apartando su plato vacío, apoyó el codo en la mesa, metió la barbilla en la mano y me miró fijamente.

—Porque no importará si sabes qué pasó con mis gafas.

—Tal vez podría importar.

Le clavé la mirada.

—¿Porque de alguna manera ahora te importo?

—Sí.

—¿Solo porque te ayudé a limpiar algunos cortes la semana pasada? —negué con la cabeza—. No me insultes insinuando que podría ser lo suficientemente ingenua como para pensar que te importo.

—Podría decir lo mismo de ti.

—¿Cómo es eso?

—Nunca admitirías que te importo —dijo, girándose para encararme completamente, golpeando sus rodillas contra mi muslo—, pero

demostraste que te importo un poco cuando toleraste mi presencia en la biblioteca.

¿Y qué? No quería que pensara que era débil y que cedería a cualquier juego que estuviera jugando solo porque fui amable.

—La palabra clave ahí es *toleré*. Puede que sea capaz de tolerarte, pero no confío en ti.

—¿Quieres decir que no confías en lo que haría si supiera qué pasó con tus gafas?

Cuando levantó su mano para apartar el pelo de mi cara, contuve la respiración y me quedé quieta. No era necesariamente un gesto íntimo.

—Antes odiabas usar lentillas cuando éramos más jóvenes.

—Porque me irritan los ojos.

—Por eso me intriga que las uses ahora.

Me encogí de hombros.

—Haley. Dímelo.

Le fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Para que puedas regodearte con la persona que... —Mierda.

Se inclinó hacia mí, agarrando mi barbilla para que lo enfrentara.

—¿La persona que...?

Me lamí los labios y me zafé de su toque.

—Olvídalo, Eli.

—No. ¿Qué les pasó?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Para vengarlas? ¿Para corregir algún error? Sí, claro.

—Sí, eso *es* correcto.

Me giré para enfrentarlo, negándome a acobardarme u ocultarme. Sentándome de lado y apretando mis piernas entre las suyas, ignoré lo cerca que estábamos. Cómo el calor de su cuerpo irradiaba hacia el mío. Cómo el aroma limpio y especiado de su colonia asaltaba mi nariz. Cómo el azul brillante de sus ojos me atraía más directamente.

—Déjame ver si lo entiendo. Hago una buena acción para ayudarte, y de repente, eso te hace querer ser una especie de amigo. Un caballero de brillante armadura. No soy tan estúpida. Ve a jugar juegos mentales con alguien más.

Él se inclinó más cerca, colocando sus manos en la parte superior del taburete de respaldo alto que giró cuando me enfrenté a él. Esos brazos delgados y musculosos estaban firmemente cerrados, encerrándome mientras se cernía sobre mí.

Contradiciendo su posición dura, casi depredadora de encerrarme, mantuvo su tono suave. Tierno.

—¿Por qué no quieres decirme qué pasó con tus gafas?

—Porque no quiero que me mires como si fuera una víctima patética. Aunque estés tomando un descanso de intimidarme, no me gusta hablar de cómo otros todavía intentarán hacerlo.

—No es un descanso, Haley —negó con la cabeza, bajando la mirada a mis labios por un segundo—. Ya no soy ese tipo.

—Claro —puse los ojos en blanco.

—Y no eres una víctima patética —soltó una risa—. Y créeme. *Sé* lo que se siente.

Estudiándolo de cerca, intenté interpretar ese acertijo.

—¿Tú? ¿Una víctima? —me reí una vez.

Bajó la barbilla, frunciendo el ceño.

—Sí.

—¿Y qué historia triste me va a contar ahora el sexy deportista, eh? ¿El Sr. Popular, víctima de algo? —me burlé.

Levantó su mirada azul océano hacia mí, dándome una mirada tan intensa que me robó el aliento.

Espera, va en serio. Realmente piensa que es algún tipo de víctima o...

Me di cuenta rápidamente. Mirando el corte en curación en su labio, el lugar que estaba partido cuando entró en la biblioteca, me serené rápidamente.

—Joder —susurré mientras me alejaba, girando mi asiento—. Lo siento. Siento burlarme y...

Él agarró mis muslos y me hizo girar para enfrentarlo de nuevo.

Suspiré profundamente, odiando que hubiera sido herido. Él había hecho un pasatiempo de herirme con sus burlas y provocaciones, pero...

—Tu padre te golpeó esa noche. ¿No es así?

Asintió.

Tragué saliva con dificultad, odiando que quisiera abrazarlo y engañarlo haciéndole creer que todavía había algo bueno en el mundo.

—Yo... solía preguntarme si lo hacía.

—Ahora no tienes que hacerlo.

—Es tan estricto y...

—Eso es quedarse corto.

—Yo... —fruncí el ceño, sin ser lo suficientemente valiente para enfrentarlo con esta intensa conversación. Me hacía sentir

demasiado expuesta. Demasiado preocupada. Demasiado vulnerable y deseando poder consolarlo—. Lo siento. Eres más víctima de lo que yo he sido jamás. Apesta ser el blanco de cada broma y ser objeto de burla e intimidación, pero demonios, nadie me ha *lastimado* nunca. La tía Cindy nunca... —negué con la cabeza de nuevo—. Lo siento, Eli. Siento que te golpeara.

—Pero alguien *sí* te está lastimado —no retrocedió—. Si te irrita los ojos usar lentillas porque algo le pasó a tus gafas, eso te está lastimando —levantándose en el estrecho espacio entre nuestros taburetes, me obligó a mirarlo hacia arriba.

—Sí, pero...

Cubrió mi boca con su mano, pero me aparté de su toque.

—Dímelo —entrecerró aún más los ojos, mirando más intensamente —. Porque haré más que solo decirte que siento escuchar que alguien se metió contigo.

—¿Ah, sí? —sonreí con suficiencia—. ¿Qué harías?

—Haría que lo lamentaran.

Me reí. No pude evitarlo. Me reí hasta que sentí que podía mirarlo con cara seria de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque —dio un paso más cerca de mi espacio, robándome el aliento. A mi alcance así, era más grande que la vida misma, más tentador que cualquier vicio que pudiera imaginar—. Porque cuando nos graduemos, preferiría escucharte decirme *adiós* que *buen viaje al infierno*.

—Es un poco tarde para que te entre la conciencia —bromeé irónicamente.

—Y es un poco tarde para que pienses que te dejaré ir sin decirme qué pasó con tus gafas —se acercó aún más, casi pegado a mí.

Había separado mis piernas cuando se puso de pie, y con él justo allí, en mi espacio, se sentía travieso.

Exhalé un largo suspiro, imaginando que no haría ninguna diferencia si le contaba. Realmente no le importaría. Solo lo estaba diciendo por cualquier estúpida razón que tuviera.

—Un tipo las tomó durante nuestro laboratorio de química orgánica y las dejó caer en el fregadero con ácido de nuestro experimento —levanté la mirada hacia él y me encogí de hombros—. Podré conseguir un reemplazo pronto. No es gran cosa.

Dio un paso atrás, frunciendo los labios y asintiendo.

—No. No es gran cosa en absoluto.

Más tarde esa tarde, cuando esperaba a que la tía Cindy me recogiera, vi al tipo.

Se acercó a mí, claramente descontento con su ojo morado.

—Lo siento —murmuró.

Parpadeé, insegura de a qué realidad alternativa había sido transportada.

—¿Qué?

—Siento lo de tus gafas. Te traeré dinero para ellas mañana.

Mi mandíbula quedó colgando mientras lo veía alejarse.

A la mañana siguiente, esperando a que comenzara la sociología, me senté en mi silla a un lado y me pregunté cuándo se recuperaría Davina de ese virus estomacal que le estaba haciendo perder clase. No estaba atrasada, pero odiaba perderse algo.

Eli se deslizó en el asiento junto a mí sin decir una palabra.

—Te das cuenta de que más errores no hacen un acierto, ¿verdad? —comenté secamente.

Se encogió de hombros.

—Quizás a veces —me taladró con una mirada intensa, haciéndome luchar contra una sonrisa—. Pero no esta vez.

Negué con la cabeza, sin saber cómo manejar a este "nuevo" Eli.

En lugar de hablar más sobre ello, saqué mi cuaderno y le mostré las revisiones del trabajo que Eli y yo todavía podíamos entregar. Teníamos unos minutos antes de que llegara la profesora, así que era tan buen momento como cualquier otro para discutirlo con él. No contaba con que acercara tanto su silla. Ni con que necesitara apoyar su brazo a mi alrededor, en el respaldo de mi silla, para poder inclinarse más cerca y leer el trabajo.

Así de apretados, era difícil no desplazarme un poco hacia la derecha, eliminar el espacio entre nosotros y tocar mi muslo contra el suyo. Y aunque era embriagador querer estar cerca de él, maldije a mi cuerpo por caer en el señuelo de querer contacto con él.

—Bien, es suficiente —la profesora entró, con un par de minutos de retraso, pero Eli no retrocedió con su llegada.

—Dije que es suficiente —repitió mientras avanzaba por el pasillo entre los asientos, golpeando con los nudillos en los pupitres por los que pasaba—. Suficiente... —advirtió.

La pareja en la parte delantera del aula no se dio cuenta de que les estaba frunciendo el ceño mientras se besaban.

—Suficiente, tortolitos. Suficiente.

Todos estallaron en risas mientras ella llegaba a su escritorio, dejando sus cosas. Y aun así, la pareja que había decidido pasar su tiempo besándose no se separó.

—Dije *suficiente* —dijo la instructora—. Si quieren hacer eso, consigan una habitación. Mis disculpas por llegar tarde, pero esta no es la sala para eso.

Ya fuera porque no escucharon sus palabras o porque eran lo suficientemente desafiantes como para no importarles, el chico y la chica continuaron agarrándose el uno al otro y chocando sus bocas.

—¡Disculpen! —dijo la profesora más fuerte, finalmente captando su atención.

—Vamos, no puede culpar a Jonas por hacer un movimiento con una preciosidad como esa —bromeó un chico.

—Simplemente estoy diciendo que pueden conseguir una habitación —dijo la profesora fríamente.

—Pasa, señora B. Ya sabe cómo es —otro chico se rio y asintió mientras otros se partían de risa con su comentario—. Todo el mundo tiende a conseguir un poco de cariño cuando puede.

—No en mi clase —respondió ella.

Mientras se preparaba para la clase, sacando su libro y moviéndose para pararse frente al escritorio para dar la conferencia, bajé la mirada a mis materiales. Fue entonces cuando me di cuenta de que Eli no estaba leyendo el trabajo que había dejado. También fue el momento en que registré que me estaba mirando fijamente.

A mis labios. Luego a mis ojos. Casi como si me estuviera evaluando y preguntándose si podría...

Me eché hacia atrás, alarmada por la idea insana y totalmente descabellada de que podría haber estado cerca y acogedor conmigo, mirándome como si quisiera besarme.

No. No voy a ir por ahí.

Mi método habitual de ignorar, evitar y aguantar a Eli Young ya no estaba funcionando.

Pero no hay manera en el infierno...

No podía reconocer la idea de que yo podría estar...

Olvídalo.

No era tan estúpida como para desarrollar un enamoramiento por mi acosador.

14

ELI

—Pensé que después de hacer que ese imbécil le pidiera disculpas a Haley, ella sería un poco más dulce conmigo.

Finn alzó las cejas mientras me miraba, una semana después del incidente. —¿No te dio las gracias en absoluto?

Holgazaneábamos en nuestro dormitorio tras terminar las clases. Yo lanzaba una pelota hacia arriba y la atrapaba mientras estaba tumbado en mi cama, necesitando un poco de paz y tranquilidad antes de ir a la biblioteca para encontrarme con ella.

—No. Dijo que dos errores no hacen un acierto.

Él se rio entre dientes. —Técnicamente, probablemente no lo hacen.

—Cállate. ¿De qué lado estás?

Se incorporó, balanceando las piernas sobre el borde de su cama para mirarme. —Del tuyo. —Su suspiro carecía de entusiasmo—. Por eso me preocupa que estés jodido.

Me estremecí, sin querer admitir ni aceptar la derrota.

—Tienes menos de una semana antes del baile, tío.

—Cinco días —refunfuñé.

—¿Y ella no...? ¿No está acercándose a ti para nada?

—Si acaso, parece más cautelosa que antes. Sigue siendo espinosa. Aunque no me rechaza cuando intento ser su amigo, no parece captar la indirecta de que quiero algo más.

—¿Lo quieres? —preguntó con cuidado.

Me incorporé y fruncí el ceño. —¿Qué? No. Quiero decir que no capta la indirecta de que estoy actuando como si quisiera algo más. Por la apuesta.

—Ah. Por supuesto. —Su expresión escéptica sugería que no pensaba eso.

—¿A qué te refieres?

Se empujó las gafas hacia arriba. —A nada, en realidad. Solo parece que estás... Olvídalo.

—¿Que estoy qué?

—Que estás *realmente* involucrado en esto con ella.

Solté una risa amarga, lanzando la pelota y atrapándola de nuevo. —Sí, estoy realmente involucrado con ella. Si no cumplo con esta estúpida apuesta, Preston le dirá a su padre la verdad sobre ese coche y estaré jodido. Tendré que devolver todo el dinero de la beca y probablemente no me graduaré.

—No. Me refería a involucrado con *ella*. No con la apuesta.

Fruncí el ceño, sintiéndome acorralado. —Es lo mismo. La apuesta consiste en llevarla al baile y follarla. —Hice una mueca inmediatamente.

—Eso. —Me señaló—. A eso me refiero. Parece que realmente te importa ella, tío.

Eso era una tontería. —Estás siendo ridículo.

—¿Lo estoy? —preguntó mientras me ponía de pie.

—Sí. No estoy... —Suspiré, odiando cómo esto parecía una mentira —. Está bien. Sí me importa. Me importa lo suficiente como para hacer que ese cabrón se disculpe y pague por sus gafas.

—¿Pero? —adivinó.

—Pero nada. Eso es todo. Haley y yo crecimos juntos, luego pasé un tiempo distanciándome de ella, y ahora ella es el medio para un fin. Solo necesito hacer esto para aplacar a Preston y mantenerme fuera de problemas para poder graduarme.

—El medio para un fin.

—Sí. —Me fui con esa nota final, odiando lo cruel que sonaba.

Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más claramente podía ver que me había estado perdiendo algo todos estos años. Intentar ser un imbécil y acosarla no me había llevado lejos. Quizás había conseguido algo de adoración por ser el atleta popular, lo cual solo era posible cuando no me asociaba con alguien como ella. Pero al final, ahora que nos acercábamos al final de nuestro tiempo en la universidad y me iría para ser alguien más que el deportista popular que solo lograba calificaciones promedio...

Parecía un maldito desperdicio.

Si pudiera ser honesto conmigo mismo, Haley era mucho más que un medio para un fin. Ella me veía a *mí*. Veía al verdadero yo debajo del acto de chico genial que ya no importaba cuando estaba con ella.

Finn tenía razón.

Sí me importaba.

Así que cuando entré en la biblioteca y la busqué por un pasillo entre estanterías, me pregunté cuánto tiempo más podría intentar engañarme a mí mismo pensando que no era así.

Con el pelo suelto, examinaba un libro en un estante inferior. Todos esos mechones gruesos y largos de cabello castaño ondulado caían como una cortina, ocultándome su rostro.

Solo cuando me acerqué ella se sobresaltó y se levantó, casi sorprendida de verme allí a pesar de que le había dicho que vendría.

—Oh. Hola.

—Hola —respondí, luchando contra un gemido al ver que ya se había quitado la sudadera.

Haley no era una chica femenina. Era casi como si se esforzara por no parecer sexy. Sin maquillaje. Sin sentido de la moda. Siempre con vaqueros anchos y sudaderas, se ocultaba constantemente del mundo.

Al ver cómo sus pechos estiraban la tela de su camiseta sin mangas, odié que alguna vez hubiera pensado que necesitaba hacerse más pequeña y menos perceptible. La chica estaba *buenísima*.

—Me sorprende que estés aquí —comentó con suficiente sarcasmo como para no sonar como una perra, sino más bien burlona.

—Te dije que planeaba venir aquí a investigar. —Suspiré, apoyando mi hombro contra la estantería—. No es que me hayas invitado.

—No —respondió, sin mirarme, sino a los libros—. No lo hice.

—¿Porque quieres adelantarte al proyecto antes que todos los demás?

Ella sonrió, lanzándome una mirada sarcástica. —Como si estuvieras aquí para investigar o estudiar.

Metí las manos en mis bolsillos. —Podría estarlo.

—Claro. ¿Con qué? No trajiste nada.

—No necesito nada.

Se rio una vez. —¿Ni siquiera para tomar notas o...? No importa.

—Puedo obtener ideas generales —dije.

—Entonces adelante. —Hizo un gesto para que pasara por el pasillo donde estaban los textos de sociología.

Pienso hacerlo. Quería aprovecharme de *ella*. Tener a Haley para mí solo, en este aislamiento privado entre las estanterías, se sentía como una oportunidad que lamentaría desaprovechar.

—¿Haley?

Me miró de reojo, frunciendo el ceño. —¿Qué?

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

—¿Eh? —Frunció el ceño y apartó la mirada—. No estoy enfadada. —Luego cometió el error de caminar más lejos por el pasillo.

Oh, me encantaba el juego de la persecución. —Desde que hice que ese idiota se disculpara contigo por romper tus gafas...

—No es eso.

Avancé tras ella, a pesar de saber que sería mucho mejor ir despacio con ella. Mi cuerpo reaccionó a la descarga de adrenalina. Estaba preparado y listo para cazarla. —Ah. Así que hay una razón por la que has estado tratando de mantener distancia conmigo estos últimos días.

—No. —Retrocedió un par de metros, sin poder fingir más que estaba buscando un libro—. No estoy... —Gruñó—. No juegues conmigo.

—No hay juegos —mentí. Aceptar una apuesta para llevarla a ese baile y follarla no era más que un juego horrible. Mirando a sus ojos verdes ahora, sin embargo, estaba honestamente comprometido a tenerla.

Solo para mí.

—Si pensaste que golpear a ese tipo y hacer que se disculpara era algún gran gesto que me haría desmayarme y caer a tus pies, entonces eso demuestra que este pequeño acto de amistad que estás haciendo conmigo es solo para aparentar.

—No estoy actuando. No contigo.

Por cada paso que ella daba alejándose de mí, yo daba uno hacia ella.

Y esa era la verdad. No estaba actuando. Esto no era forzado. Realmente me importaba.

La deseaba.

No por una apuesta, sino porque era ella.

—¿Entonces qué demonios estás haciendo? ¿Qué quieres de mí?

—Esa es una pregunta peligrosa para hacerme ahora mismo.

Puso los ojos en blanco. —No me asustas. ¿Qué buscas? ¿Por qué finges ser de repente mi amigo?

—No estoy fingiendo. —Me acerqué a ella más rápido de lo que pudo retroceder. En respuesta, ella aplastó su espalda contra el marco de una estantería, y yo me acerqué. Colocando una mano sobre su cabeza y sosteniendo su cintura con mi mano libre, la acorralé.

—Lo estás. Porque si realmente quisieras estar en buenos términos conmigo, tú también te disculparías.

—Te diré cualquier cosa que quieras oír, Haley.

Ella me empujó, frunciendo el ceño. —Hablo en serio. Te comportas como un imbécil, acosándome durante años, ¿y ahora piensas que lo olvidaré? No soy tan ingenua.

—Nunca dije que fueras ingenua.

—¡Acabas de decir que me dirías cualquier cosa que quisiera oír!

—Como que yo...

—Te mentiría en la cara solo para poder seguir jugando conmigo aún más.

Apreté los dientes, acercándome hasta que estuvimos pegados. Ella tomó aire bruscamente, atrapada entre mi pecho y el marco de la estantería. —No estoy jugando contigo.

—¡Sí lo estás! —Me empujó, y yo agarré su mano—. Eso es lo que haces. Solo quieres...

Le levanté la mano e incliné mi cabeza hasta que mi boca estaba a un suspiro de distancia. —Te quiero a *ti*.

Ella frunció el ceño, todavía dudando de mí. Mientras me miraba, buscando una respuesta en mi rostro, negó ligeramente con la cabeza. —No te perdonaré por acosarme. No importa cuánto... —Se lamió los labios, tentándome con esa carne carnosa y rosada, húmeda y suplicando que la probara—. No te perdonaré por ser un acosador, sin importar cuánto intentes engañarme haciéndome creer que eres bueno de nuevo.

—Bien —gruñí—. Guarda rencor. No me importa. —Presionándome contra ella, disfruté de cómo respiraba más rápido, excitada y cargada con esta tensión que saltaba entre nosotros—. Aún te deseo.

—No voy a caer en este acto. —Entrecerró los ojos, obstinada con tanto fuego que no pude resistirme a ella.

—No es un acto.

—No creo...

La silencié con un beso. Abalanzándome hacia adelante y sellando mi boca contra la suya, le robé el aliento y la besé como había

estado fantaseando. Como había jodidamente soñado. No era una mentira. Deseaba a esta chica con tanta intensidad.

Ella se quedó inmóvil por un segundo, quizás demasiado aturdida para responder. Pero cuando sus dedos se curvaron hacia los míos mientras sostenía su mano sobre su cabeza y empujaba mis caderas hacia las suyas para apretarla contra la estantería, ella movió esos labios descarados junto a los míos en una torpe caricia.

De discutir un momento a besarla al siguiente, la había dejado atónita. Me había dejado atónito a mí mismo. La conmoción de finalmente actuar sobre esto e ir por ella era demasiado emocionante para aceptarla.

Cuando retrocedí, torturándome al renunciar a este beso, miré fijamente a sus ojos, tan llenos de fuego y deseo.

Y desprecio.

—Te odio —susurró.

—Mentirosa. —Sonreí antes de inclinarme y besarla de nuevo, más fuerte esta vez, y ella gimió con necesidad.

Esta vez, empujó con suficiente fuerza que la dejé ir. Se escabulló a un lado, sonrojándose y sin mirarme, y fue entonces cuando me di cuenta.

Agarré su muñeca y la traje de vuelta al lado opuesto del pasillo hasta que su espalda quedó contra el marco nuevamente.

—Eli —me advirtió.

La acorralé de nuevo, demasiado decidido a demostrar que estaba equivocada. Ella *estaba* enfadada. Pero no conmigo. Parecía que estaba enojada consigo misma por desearme. —Nunca te han besado.

Era obvio en su sorpresa inicial. Era evidente en su torpe respuesta.

El rosado en sus mejillas también lo probaba. —No necesito que me lo señales. —Me miró fijamente—. Pensé que dijiste que habías terminado de acosarme y burlarte de...

La silencié con otro beso, sosteniendo sus caderas mientras la empujaba contra la pared de libros. —No lo estoy. —Embriagado por besarla, por saborear el dulce y mentolado sabor de su boca, me sumergí una y otra vez, gruñendo contra sus labios—. No te estoy acosando.

—Tú... —Tragó saliva, mirándome con miedo y confianza, una combinación complicada que mostraba lo inexperta que era pero lo desesperada que se sentía por seguir besándome.

—Tampoco me estoy burlando de ti. —Tomé su rostro, inclinándolo para un mejor ángulo, y aplasté mis labios sobre los suyos de nuevo.

—Tú... —Jadeó cuando nos separamos para respirar de nuevo—. Tú...

—Estoy disfrutando el hecho de que soy tu primero. —De nuevo, rocé mi boca sobre la suya—. Tu primer todo.

Gimió con necesidad, tratando de bajar la cabeza y escapar de mi alcance. —Pero no te perdono.

—¿No me perdonarás por besarte? —susurré mientras deslizaba mi brazo alrededor de su espalda—. No lo lamento.

La besé de nuevo y separé sus labios. Arqueándose para presionarse contra mí, ella demostró que tampoco lo lamentaba. No podía tener suficiente, y me sentía como un maldito dios y un demonio por ser quien le mostrara cómo funcionaba esto. Cómo la lujuria podía sentirse tan bien.

—¿No me perdonarás por acosarte? —pregunté mientras ella se aferraba a la parte delantera de mi camisa como si temiera caerse si no se sostenía—. Lo siento, Haley.

La devoré, chupando su lengua y saboreando cada bit de su dulce y adictivo sabor.

—¿No me perdonarás por no darme cuenta de lo que nos hemos estado perdiendo? —Agarré su trasero, necesitando algo que agarrar para mantenerme conectado a la realidad. Quería sentirla toda y nunca soltarla—. Lo siento mucho.

Todo este tiempo, ella había estado aquí. Siempre había estado en segundo plano. Y nunca pensé que sería la única chica que me haría temblar las rodillas. La única mujer que me haría sentir tan desesperado.

Cuando se separó para respirar, jadeando mientras me miraba, negó con la cabeza. —Todavía te odio.

—Maldición —bromeé—. Qué pena.

Ella demostró que no podía decirlo en serio cuando cerré mi boca sobre la suya y me besó de vuelta con más fuerza. Animado por su entusiasmo, por el deseo crudo que no podía ocultar, mordisqueé su labio antes de romper el beso.

Un dulce jadeo escapó de ella. Entrecerró los ojos, casi como si no pudiera imaginar que hubiera hecho eso.

—Sigues siendo un idiota y...

La besé de nuevo, luchando con su lengua y mordiéndola otra vez. Más fuerte. Ella se arqueó hacia mí.

Joder. ¿Le gusta esto? ¿Le gusta duro? ¿Un poco de dolor?

Después de morderle el labio otra vez, lamí para aliviar el escozor. Y cada vez, ella se aferraba más a mí. Manteniendo sus brazos alrededor de mi cuello, no se inmutó. No retrocedió. No importaba cuán brusco fuera, marcando sus labios hasta que estuvieron hinchados y enrojecidos por los besos, ella permaneció atrapada bajo este deseo conmigo.

Esto éramos *nosotros*, la realidad de cómo podríamos encajar perfectamente y encontrarnos en el medio, con un poco de odio y mucho calor reprimido.

—Esto no es un acto —susurré contra sus labios, necesitando que lo entendiera completamente.

Porque en el fondo, sabía que era algo cierto.

Solo había empezado a conquistarla por esa apuesta.

Esta necesidad de reclamarla y presionarla era otra cosa.

—Esto es... —Se apartó, jadeando e inhalando respiraciones entrecortadas mientras me miraba. En sus ojos, abiertos de par en par con sorpresa y confusión, me miró con alarma.

Negando con la cabeza, se escabulló y tropezó al retroceder. —Esto...

Cualquier cosa que planeara decir para terminar era un misterio. Se dio la vuelta y casi corrió por el pasillo, dejándome allí parado para recuperar el aliento y preguntarme cuánto error fue ceder a mi deseo por ella.

15

HALEY

Eli me cambió.

Era una mujer transformada.

No me refería solo a que su beso me sorprendió. Lo había hecho.

No me refería simplemente al hecho de que era muy bueno besando. Lo era.

Era seguro asumir que besar a mi acosador había alterado la química de mi cerebro.

Cada oportunidad que teníamos, nos escabullíamos a algún lugar privado y lo hacíamos todo de nuevo.

En la biblioteca. Afuera bajo un árbol en la plaza del campus. En el vestíbulo de su residencia. E incluso en el baño de mujeres cuando me siguió y lo cerró para que nadie pudiera entrar.

Era como si hubiéramos liberado años de deseo que ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer. Simplemente se acumuló y esperó, creciendo y creciendo. Su disculpa fue solo el comienzo para ponerme en el camino de perdonarlo, pero sería una mentirosa si dijera que no me había fijado en él todo este tiempo.

Nat: *Tener un flechazo con un acosador no es lo más raro que he escuchado.*

Hice una mueca, esperando a que Finn dejara a Eli en mi casa. La tía Cindy estaba en el trabajo, cubriendo un pequeño turno en la guardería donde solía trabajar a tiempo completo. Pero no tenía intención de estar sola esta noche.

Enviarle mensajes a mi hermana me ayudaba a aliviar la ansiedad de esperar. No quería literalmente pararme en la puerta principal y mirar por la ventana esperándolo.

Haley: *¿Pero?*

Nat: *Pero nada. Tiene sentido. De enemigos a amantes. Son mis películas favoritas.*

No estaba buscando su validación, pero agradecía tenerla como alguien con quien hablar. Davina no parecía muy segura sobre mi relación con Eli. Era escéptica, habiendo presenciado cómo me acosaba y se burlaba de mí durante tanto tiempo. Sin embargo, no intentó disuadirme de lo que quisiera hacer con él. Besarnos, toquetearnos y...

Tal vez más.

En la última semana y media en que nos habíamos probado mutuamente que no podíamos mantenernos alejados el uno del otro, no estaba segura de cómo llamarlo.

Haley: *Supongo que de enemigos a amantes encajaría.*

Haley: *No es que seamos amantes. Todavía no he hecho eso.*

Nat: *Asegúrate de que quieres darle tu virginidad a él.*

Nat: *No termines como yo. Amo a Grayson, pero no disfruté quedar embarazada la noche que perdí mi virginidad.*

Haley: *Lo sé.*

Haley: *Y no estoy lista para dar ese paso.*

Haley: *¿Es solo mi acosador con beneficios?*

Haley: *Estoy siendo cuidadosa.*

Sonaron golpes en la puerta principal, y me giré para abrirla.

—H...

Eli no me dejó terminar de saludar. Entró a grandes zancadas, me rodeó con sus brazos y me besó intensamente.

Oh, sí.

Le devolví el beso, enmarcando su rostro mientras él cerraba la puerta de una patada tras de sí.

Estoy siendo muy cuidadosa.

Me levantó en brazos, profundizando el beso, y yo envolví mis piernas alrededor de su cintura.

Muy, muy cuidadosa de no volverme adicta a esto.

Ese calor, la emoción, la pasión. Todo me consumía, igual que cada vez que me tocaba o me besaba, y nunca quería que se detuviera.

—Joder, Haley —apoyó su frente contra la mía mientras me llevaba más adentro de la casa—. Te extrañé.

Sonreí, besándolo de nuevo.

—¿Desde hace tres horas?

—Las tres horas más largas de mi vida —gimió—. Todo el tiempo que tuve que estar ahí fingiendo escucharlos, no dejaba de pensar en ti. —Me besó intensamente—. En esto.

Me llevó hasta mi habitación, claramente muy feliz y satisfecho ahora. Sus padres le habían exigido que hablara con ellos sobre sus calificaciones, una rutina obligatoria que detestaba.

Pero ahora que había terminado, nada podía impedirnos estar juntos mientras la casa fuera nuestra.

En mi habitación, estiré la mano para cerrar la puerta con llave, por si la tía Cindy regresaba temprano. Él no me soltó ni una vez, no me dejó ir en absoluto. En sus brazos, me sentía segura y protegida. Incluso cuando me depositó en mi cama, bajó conmigo, cerniendo sobre mí y presionando su cuerpo sobre el mío.

—No tienes idea de cuánto deseaba salir de allí y venir aquí —dijo entre besos mientras deslizaba su mano bajo mi camiseta—. Todas las cosas sucias que quiero... —Se detuvo, entrecerrando los ojos mientras sus dedos tocaban la parte inferior de mis senos—. ¿No llevas sujetador?

—No. Y en unos tres segundos, tampoco quiero llevar esta camiseta.

No me decepcionó, quitándomela de un tirón.

—Haley. *Joder*. Eres preciosa. —Con una mano en cada seno, los acunó con sus palmas y rodó sus pulgares sobre mis pezones.

Arqueando mi espalda para animarlo a seguir jugando con ellos, tan sensible a su tacto, cerré los ojos y gemí.

—Tienes las tetas más perfectas —me elogió, bajando su rostro hacia ellas. Juntándolas, arrastró su lengua sobre mi escote antes de volverse para succionar el derecho.

Ya me había tocado antes, pero esta era la primera vez que teníamos privacidad para quitarnos la ropa.

—Son demasiado grandes —argumenté.

Él gimió, chupando mi pezón izquierdo con más fuerza, haciendo que jadeara de dolor. Como siempre, me llevaba al límite del dolor, pero la corriente de endorfinas que seguía a la punzada se sentía tan malditamente bien.

—Son perfectos —repitió, pasando de uno a otro, lamiendo, chupando y mordiendo. Volviéndome loca, se tomó su tiempo para devorar cada centímetro de mi piel al que podía acceder.

—Demasiado grandes —repetí.

Se incorporó un poco, con los labios húmedos, y me miró fijamente.

—¿Es por eso que intentas esconderlos?

Tragué saliva, odiando que lo hubiera entendido.

—¿Es por eso que te cubres y usas ropa holgada? —Se inclinó para besarme mientras deslizaba su mano hacia mis pantalones.

Asentí.

—Sí. —Levantando mis caderas, le di espacio para quitarme los pantalones de chándal y las bragas. El atractivo de que me tocara donde dolía y palpitaba era demasiado para resistir—. No quería que nadie pensara que era fácil. O como mi madre.

Él negó con la cabeza.

—No podrías ser nadie más que tú. —Me quitó los pantalones por completo, y la enormidad de este momento me golpeó.

Me asustaba.

Me intimidaba.

Nunca había hecho nada con un chico antes. Eli era mi primera vez en todo hasta ahora, y eso implicaba mucha confianza en él. Una confianza que no podía dar tan fácilmente.

—Tú, Haley —dijo mientras trazaba sus dedos hacia mi coño—, no eres como tu madre.

—¿Porque soy virgen? —bromeé, gimiendo ante la caricia de sus dedos sobre mi entrada.

—Porque no eres fácil ni manipuladora. —Frotó con más fuerza, manteniéndome en el momento y concentrada en él mientras me acariciaba con sus dedos.

—Porque eres amable y generosa. —Se inclinó para besarme mientras se movía más rápido, jugando conmigo y llevándome más cerca del orgasmo. Habíamos jugueteado y nos habíamos provocado, pero aún no me había hecho llegar al clímax.

—Porque eres mía, Haley. De nadie más. Y quiero ver cada centímetro de ti. Nunca te escondas de mí. —Descendió sobre mí, haciendo una pausa para chupar mi pezón y acariciar mi otro seno con un agarre firme—. Nunca.

—¡Oh! —Respiré con más fuerza, dando la bienvenida a esa dulce tensión que tiraba de cada fibra de mi ser.

—Me vuelves loco —gruñó—. Cuando eres obstinada y tan inteligente. Siempre tienes razón. —Me besó aún más abajo, hasta que me instó a separar mis piernas con un empujón de sus hombros.

—Cuando eres atrevida y asustadiza...

—No estoy asustada... ¡ah! —Arqueé la espalda cuando presionó rápidamente sus labios contra mi clítoris, chupando con fuerza con un beso de boca abierta donde estaba tan sensible por la urgencia de correrme.

—Cuando eres dulce y compasiva —añadió antes de lamer mi coño en largos y calientes movimientos de su lengua.

—Eso es quien eres —gruñó.

Suya. No iba a discutirle esa afirmación. Ahora mismo, con él devorando mi coño, sentía que le pertenecía. Como si encajara con él. Agarró mi trasero, manteniéndome en mi lugar mientras devoraba mi empapado coño. Ninguna cantidad de retorcimiento me alejaría del creciente aumento de tensión y presión. Solo cuando

empujé hacia arriba hacia él, dejando instintivamente que mi cuerpo me guiara. Frotarme contra su cara lo hizo gruñir y murmurar su aliento con más fuerza. Estaba casi ahí, tan cerca y luchando por dejarme ir y confiar en él si caía.

Y él lo sabía. Podía notarlo. Con una succión más fuerte en mi clítoris, me dejó sentir ese mordisco de dolor que había llegado a disfrutar con él.

Antes de que pudiera resistir la necesidad de correrme, cediendo y rindiéndome a su boca sobre mí de esta manera, grité mientras alcanzaba el orgasmo.

Oleadas de alivio me hicieron temblar. Temblaba, tratando de recuperar el aliento. Y él estaba allí. Sosteniéndome. Abrazándome. Aferrándome. Trepó por la cama para abrazarme por detrás, y mientras cerraba los ojos y disfrutaba de la cálida presión de sus labios en la parte posterior de mi cuello, entendí lo que quería decir.

Yo *era* suya.

Él me tenía así.

Y era la euforia que nunca podría haber imaginado siendo tan intensa y brillante, tan dulce y sensual como esto.

Durante un largo rato, se acostó conmigo y me consoló de las réplicas del orgasmo por primera vez. No *la* primera vez, ya que había experimentado con juguetes y dándome placer a mí misma, pero eso no se comparaba.

Para nada.

—Así que de esto se trata tanto alboroto —bromeé en voz baja. Las suaves caricias de su mano arriba y abajo por mi brazo me calmaron casi hasta quedarme dormida en sus brazos.

Él se rio, abrazándome más fuerte antes de apoyarse en un codo para mirarme desde arriba.

—Gracias.

Lo miré, acariciando su rostro con mi mano. Verlo tan vulnerable y sin intentar parecer genial seguía siendo tan maravilloso que quería mirar su cara y memorizar cada detalle.

—¿Gracias?

—Por permitirme el honor de ser tu primero. —Sonrió, tan arrogante al respecto.

Tiré de su cabeza hacia abajo para besarlo, saboreando un persistente rastro de mi esencia en su lengua. Antes de que pudiéramos acalorarnos demasiado para más, se echó hacia atrás y me sonrió.

—¿Qué es eso? —Inclinando la cabeza hacia mi armario, me animó a seguir su línea de visión.

Me volví, mirando el vestido que colgaba de una percha. Estaba enganchado en la parte superior de la puerta del armario, la plata brillando un poco bajo la luz del techo. La rotación de las aspas del ventilador de techo hacía que la luz jugara un poco, enfatizando el brillo de los adornos en el vestido de mi hermana.

—Una herencia.

Trazó círculos ligeros como plumas en mi hombro, y me estremecí, amando ese suave toque.

—Pensé que no irías al baile —dijo mientras tiraba de mi manta para cubrirnos.

De acosador a dulzura. De burlarse de mí a quererme cubierta con una manta. Había dado un giro de ciento ochenta grados que no podía confiar del todo. Incluso después de cómo me había hecho llegar al orgasmo.

—No voy a ir. Davina todavía está debatiendo si quiere ir sola. No quería comprar un vestido, y le dije que tenía ese.

—Ve conmigo.

Aparté la mirada del vestido heredado de Natasha y lo miré, pensando que estaba bromeando.

—¿Qué? —No pude evitar reírme un par de veces.

—Ven al baile conmigo.

Fruncí el ceño.

—¿Eso es una pregunta o una orden?

—Sí.

Puse los ojos en blanco.

—¿Realmente querrías llevarme a ese estúpido baile?

Me besó.

—Eres la única a quien querría llevar.

—¿Porque estamos... saliendo? —Me sentía tonta al preguntar.

—Estamos haciendo lo que queramos —respondió con suficiencia antes de besarme de nuevo.

—¿Realmente querrías que nos vieran en el baile juntos? —pregunté. Habíamos mantenido las muestras públicas de afecto al mínimo porque no quería que nadie me viera con él y se burlara de mí. Una pequeña parte de mí todavía temía que todo fuera una broma elaborada. No importaba cuán real se sintiera cuando estábamos juntos, no podía descartar que había sido mi acosador durante tanto tiempo.

Quería creer que era capaz de cambiar, pero era un gran cambio que ocurrió tan repentinamente.

—No me importa quién nos vea allí. Solo me importa que estaré allí contigo. —Se encogió de hombros—. No planeaba ir tampoco. Si tú no vas, yo no iré.

Vaya manera de presionarme.

Me besó de nuevo, agarrando mi cadera para animarme a darme la vuelta y mirarlo.

—No tenemos que hacerlo —dijo, mirándome desde arriba.

—Está bien. Iremos.

Levantó las cejas.

—Eso fue rápido.

—¿Por qué no? —Me preocupaba que fuera solo la lujuria lo que me motivaba, pero no era gran cosa. Era solo una noche. Un baile y nada más. Después de todo, ya tenía un vestido—. Pronto me graduaré y me iré de la ciudad. No es como si alguna vez volviera a estar en el campus.

Me miró en silencio, casi frunciendo el ceño con lo pensativo que parecía.

—Podría aprovechar al máximo mi tiempo aquí ahora mientras pueda.

Porque después de este semestre, nunca lo volvería a ver para ir a ningún baile con él.

Es ahora o nunca.

16

ELI

Me odié cuando le pedí a Haley que fuera al baile. Una gran parte de mi alma se volvió más oscura y perversa cuando le dije que fuera al baile de invierno conmigo. No pregunté. No lo exigí. Lo planteé como una afirmación que simplemente tenía sentido porque ella estaba conmigo todo el tiempo. Porque era la mujer en la que no podía dejar de pensar.

Tampoco era muy bueno absteniéndome de besarla. ¿Y el sabor de su dulce sexo? Lo quería de nuevo. Todo el tiempo.

Se había metido bajo mi piel y había llegado a importarme tanto que casi me dio un latigazo cervical. Había pasado años apartándola y no relacionándome con ella porque quería proyectar la imagen de que era demasiado cool para la chica conectada a una familia de prostitutas.

Ahora estaba jodidamente cautivado, preocupado por no poder lograrlo.

—Tío. ¿Tú necesitas un toque o algo? —preguntó Finn mientras me preparaba en nuestra habitación. Él no iba al baile. Se había ofrecido a venir como mi compañero o algo así, ya que era muy consciente de lo mucho que este evento importaba para que Preston no le dijera a su padre sobre mi accidente con el coche.

La apuesta era llevar a Haley al baile y follarla allí.

La primera parte estaba asegurada. ¿Pero la segunda?

No puedo hacerlo.

Me encogí ante mi reflejo, dudando seriamente de que pudiera seguir adelante con intentar obligar a Haley a tener sexo conmigo allí. Aunque avanzábamos rápidamente y estábamos formando una relación a toda velocidad, no quería precipitarme. No podía. Me importaba demasiado, y quería saborear cada minuto que pasaba con ella.

Cada vez que mencionaba sus planes de graduarse y mudarse de Marsten —que también era mi plan eventual— mi pecho se sentía demasiado oprimido.

No estaba seguro de si el resto del semestre sería suficiente con ella, lo cual era irónico porque había estado aquí en la universidad conmigo todo este tiempo.

Tiempo desperdiciado.

Era cruel estar tan comprometido con ella ahora y tener tan poco tiempo para anticipar con ella.

—No. Estoy bien —estaba lejos de estar bien, pero un toque de hierba no iba a ayudar.

Llevar a Haley a este baile que realmente no le importaba me hacía sentir como un fraude, y eso no ayudaba a aliviar mi culpa por los verdaderos sentimientos que había desarrollado por ella.

¿Pero qué más puedo hacer? Tragué con dificultad, odiando que podría haber metido la pata al no contárselo.

Cuando estaba en su casa dándole placer oral, disfruté cada segundo de complacerla y llamarla mía. Fue entonces cuando me pregunté cómo reaccionaría si le contaba todo. Que Preston me

había retado. Que había aceptado la apuesta y que ella era un peón en todo esto.

Me odiaría si lo admitiera. Volveríamos exactamente a como estábamos hace unas semanas. Cuando esa línea entre nosotros todavía estaba intacta y ella me veía como nada más que un imbécil, un matón. Alguien a quien odiar. Tan recientemente como hace una semana, cuando la besé por primera vez en la biblioteca, ella había intentado aferrarse a ese odio.

Haley nunca me perdonaría si admitiera la apuesta ahora. Si confesaba, acabaría con todo lo que compartíamos. Estaba demasiado involucrado, demasiado comprometido, como para simplemente decírselo y saber que me perdonaría y lo aceptaría.

Mi única esperanza era que todavía pudiera lograrlo. Podía traerla. Eso estaba claro, aunque las palabras que había usado para conseguir que aceptara venir todavía me hacían sentir como un idiota. Pero no era como si Preston fuera a *saber* si me la follaba allí. Podría animarla a ir hacia esa sala auxiliar donde estaba la "tradición". Esa habitación lateral donde la gente se turnaba para tener un rapidito. Era una estúpida leyenda universitaria en el campus, un "honor" realmente sin sentido follar en esa habitación durante el baile de invierno. Quizás hubo algún gran escándalo décadas atrás que inició la "tradición", pero ahora no era más que una historia tonta.

Preston no iba a observarnos, a saber si me follaba a Haley allí. Solo llevar a Haley cerca o a esa habitación para besarnos tomaría el tiempo suficiente para despistarlo.

Nunca sabría que no cumplí completamente con la apuesta.

De ese modo, no arruinaría lo que tenía con Haley por el tiempo que estuviéramos juntos en Marsten.

Y así, él no tendría ninguna razón para contar la verdad sobre ese accidente de coche y obligarme a devolver mi beca.

Funcionará.

—¿Estás seguro? —preguntó Finn.

No me había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta. —Sí. Estará bien.

Como Haley tenía un coche, o podía usar el de su tía, ella pasó a recogerme y nos llevó al lugar. No pude verla bien abrigada en un abrigo, pero me incliné y la besé, emocionado por verla en ese vestido.

—¿Por qué es tan importante que vayamos? —preguntó mientras conducía.

Mierda. No preguntes eso. Por favor. Cualquier cosa menos eso.

—Es como dijiste. ¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros, estacionando y saliendo de la minivan conmigo. El baile no estaba demasiado lleno, pero con la cantidad de personas mezclándose y bailando, había innumerables personas de la universidad aquí.

Dejamos nuestros abrigos, y después, cuando le tomé la mano y la guié, sonreí. No me importaba si estábamos parados en medio de la entrada. Me estaba tomando mi tiempo para admirarla realmente en ese vestido plateado. En lugar de ropa holgada para esconderse, estaba toda aquí, no excesivamente expuesta sino revelada en un vestido sexy y hermoso que nunca olvidaría. El plateado se convirtió oficialmente en mi nuevo color favorito.

Giré mi dedo, pidiendo silenciosamente un giro, y con una tímida sonrisa mientras se sonrojaba, giró y mostró su cuerpo sexy con esa tela brillante acentuando sus curvas. Sus largos mechones castaños caían sobre sus hombros, y apenas un poco de maquillaje cubría su piel sedosa. Tenía una belleza natural, por dentro y por fuera.

—Ojalá tuviera un chal o algo —se apoyó contra mí mientras tomaba su mano.

—¿Tienes frío? —pregunté, soltando sus dedos para rodearla con mi brazo.

—Solo... expuesta —frunció el ceño mientras nos acercábamos a la zona de baile.

—¿Qué te dije? —me detuve para sujetar su barbilla y animarla a levantarla—. Nunca te escondas de mí.

Una pequeña sonrisa levantó sus labios, pero todavía parecía tan nerviosa y tímida. Lo entendía. Lo comprendía. Ella se esforzaba tanto en esconderse y no atraer la atención para evitar ser molestada o intimidada. Y este era un evento social muy grande.

Pero yo estaba aquí. No estaba enfrentando esto sola.

—Solo somos tú y yo aquí —le dije, acercándome a ella y guiándola a un baile aunque estábamos en las afueras de la zona de baile real.

—No exactamente —se acercó más, su cuerpo encajando perfectamente contra el mío como si hubiera sido hecho para ello—. Hay un montón de gente aquí. Y muchos nos están mirando. A mí. Bueno, no. Te ves muy bien. Todas las mujeres aquí te están mirando.

Me reí, disfrutando del toque de celos en su tono. —No. Todos te están mirando a ti.

—Preguntándose por qué demonios estás aquí conmigo.

—No. Las chicas desean poder ser tú y los chicos desean poder tenerte.

El giro de ojos que me dio fue el más épico hasta ahora. —Hilarante.

—Además, no importa —la abracé más cerca—. Solo tengo ojos para ti —besé una mejilla—. Y soy el único que va a estar aquí contigo —besé su otra mejilla. Mientras retrocedía, vi a Preston al fondo detrás de ella. Estaba rodeado de sus amigos, el grupo habitual de imbéciles ricos y compañeros del equipo de baloncesto. Drake, el

idiota que golpeó la palanca de cambios en ese auto clásico, estaba con él. Se dio cuenta de que lo estaba mirando, y le dio un codazo a Preston para llamar su atención. Señalándome, se aseguró de que Preston se diera cuenta de que estaba aquí con Haley.

¿Ves?

Estamos aquí.

La traje aquí.

En mi corazón, sentía que la tenía para siempre. Habíamos apresurado mucha intimidad hasta ahora, besándonos y tocándonos, pero esto todavía era tan nuevo.

No había querido que me hiciera una felación todavía.

Tampoco tenía intención de follarla esta noche.

Ella no estaba lista. Además, quería que su primera vez fuera especial. Quería hacer lo correcto con ella.

Y lo haré.

Después de encontrarme con la mirada de Preston y saber que la vio aquí conmigo, me preocupé menos por asegurarme de cumplir esa estipulación de la apuesta. Hasta que pudiera encontrar una buena manera de animarla a ir a esa habitación lateral "famosa", disfrutaría con ella. Y lo hicimos.

Era diferente estar en público con ella cuando ambos estábamos más o menos manteniendo esto en secreto. Ella no quería atención, y yo respetaba eso. No quería correr el riesgo de que mis padres de alguna manera se enteraran de que estaba con ella, alguien de una familia de la que no aprobaban, así que también mantenía las cosas en privado. No llevé mi teléfono cuando Finn me dejó en su casa esa noche. Mientras estaba con Haley durante el turno de su tía, Finn fue al gimnasio, hizo ejercicio, se duchó y fue a la tienda, todo mientras mantenía mi teléfono en su bolsillo para que el rastreo mostrara que estaba haciendo cosas "normales".

Bailamos y comimos las porquerías del catering que tenían aquí. No bebí, ni tampoco ella, pero ya estábamos tan ebrios el uno del otro que no habría ayudado ni perjudicado la noche si hubiéramos pedido una bebida.

Eventualmente, su timidez se desvaneció. Se sintió más cómoda conmigo y no pareció necesitar más garantías de que podía pertenecer a este baile que simplemente estar conmigo.

Sonó una canción realmente mala, algo que el DJ eligió que hizo que todos se volvieran locos. Sin embargo, nunca me había gustado, así que con una sonrisa de *oh, genial* a Haley, que parecía tan molesta como yo, nos reímos y salimos de la sala principal.

Bien. Es hora.

Tomando su mano, la guié hacia la habitación lateral. Mientras íbamos, noté que Drake nos miraba y detectó nuestro progreso hacia esa habitación.

Oh, mierda. ¿Y si la habían equipado con una cámara o algo así? No me extrañaría de ellos, no sólo para obtener pruebas de que estaba follando a Haley allí como esperaban, sino también para espiar a otras parejas que fueran allí.

—¿Estás bien? —preguntó Haley, apretando mi mano.

—Sí. Sí. Claro —le sonreí.

—Porque soy *consciente* de adónde me estás llevando.

Negué con la cabeza, sonriendo. —No. No es eso lo que estoy haciendo.

—Eli. Conozco el rumor. En los años cincuenta, la hija del decano engañó a un profesor para que viniera aquí y quedó embarazada esa noche. El tipo fue deportado, ella perdió el bebé y ambos se suicidaron.

Abrí mis ojos bien grandes. —Joder. No me di cuenta de que era una base tan oscura para la tradición.

—Sí, algo realmente al estilo de *Romeo y Julieta*.

Fruncí el ceño. —Espera. ¿El profesor Blume os contó eso cuando me perdí Literatura Británica un día?

Ella se rió mientras yo abría la puerta de la habitación oscura. No había luces encendidas, pero la luna llena brillaba tan intensamente en el cielo que prestaba algo de iluminación a este espacio. En realidad, tenía una bonita vista del paisaje cercano, visible con una pared de ventanas de suelo a techo, envolviendo toda la pared curva. Esta habitación se usaba como una sala de banquetes accesoria para eventos más pequeños. Así que no era como si la estuviera atrayendo a un armario sin luz.

—No. Y eso sería más en Shakespeare 101 que en Literatura Británica —se encogió de hombros—. La tía Cindy me lo contó. Ella conocía a alguien que había sido estudiante cuando sucedió.

—Hmm —la hice girar para que me mirara una vez que la puerta de esta habitación se cerró. Afortunadamente, no había nadie aquí. Parecía que habíamos tenido la suerte de no interrumpir a nadie más tratando de tener suerte aquí.

—Sé que...

La besé. No con fuerza, pero firmemente. Una vez que tuve su atención y ella me devolvió el beso, suavicé mi enfoque y le chupé el labio tiernamente antes de lamérselo y sumergirme en un beso más largo, más lento y embriagador.

—Y sé que tú sabes para qué es esta habitación —respondí cuando ella se apoyaba contra mí.

—Pero estoy... —frunció el ceño, bajando la mirada.

Levanté su barbilla, besándola tan suavemente como pude de nuevo. —No preparada —terminé por ella.

Ella parpadeó hacia mí, hechizándome con la confianza que brillaba en sus ojos esmeralda. —No. No... todavía no.

La besé de nuevo, apretándola contra mí. Nunca quería dejarla ir. Me destrozaba con su honestidad. Y el hecho de que se sintiera lo suficientemente cómoda para compartir esa honestidad conmigo demostraba que realmente estaba conectada conmigo. No estaba simplemente siguiendo lo que yo quería y decía para complacerme. Estaba defendiendo lo que quería y sentía. Ese tipo de confianza era lo más sexy que existía.

—Lo sé —dije—. Y está bien.

—¿Que no quiera tener sexo contigo aquí?

Asentí.

—¿Y que no esté lista todavía?

Sonreí y me incliné para besarla de nuevo. —Sí. Está bien. Quiero ir a tu ritmo, Haley. No quiero forzarte a nada. Te respeto demasiado.

Su rostro se transformó de una ligera preocupación y temor a una alegría absoluta. —He estado tan equivocada sobre ti durante demasiado tiempo.

Su elogio fue una puñalada en mi corazón. Si ella supiera que había hecho una campaña para traerla aquí y follarla por una apuesta, no estaría diciendo algo tan dulce como eso.

—Así que, déjame aclarar esto —dijo Preston.

Ambos giramos nuestras cabezas para enfrentarlo mientras salía de las sombras al otro lado de la habitación. Una puerta apenas visible estaba allí, pero vi a Drake apoyado contra la pared mientras Preston caminaba tranquilamente hacia el centro de la habitación.

—¿Qué demonios? —gruñí, empujando a Haley para que se colocara detrás de mí, asegurándome de permanecer entre ella y este imbécil

rico—. ¿Por qué estás aquí? —se lo exigí a él, pero también miré a Drake.

Él sonrió, levantando la mano para agitar una cámara en ella.

¡Joder! ¡Adiviné correctamente! ¡Sí querían grabarlo!

—Déjame aclarar esto. ¿No tienes intención de follártela aquí esta noche? —Preston sonrió, frotándose la barbilla.

—¿Qué? ¿Tú sabías sobre...? —Haley resopló enojada detrás de mí —. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estás aquí?

—Vas a fallar en tomar su virginidad —se burló Preston de mí.

—¡Eso no es asunto tuyo! —Haley permaneció detrás de mí pero le gritó a Preston desde detrás de mí—. Vamos, Eli. Vámonos. No quiero estar cerca de él.

—Me parece que estás fallando en esta apuesta, Young.

Me tensé, hirviendo y mirándolo con todo el odio que podía sentir a la vez. Casi más furioso que soportando a mis padres sin amor. Más ira que cuando me enfrenté a mi padre.

—¿Apuesta? —Haley tiró de la parte posterior de mi chaqueta—. Eli, ¿de qué está hablando?

—Oh —dijo Preston, arrastrando las palabras mientras metía las manos en los bolsillos—. Solo una pequeña cosa en la que estuvimos de acuerdo. Él afirmó que te traería a ti, la frígida zorra de hielo, a este baile y te quitaría la virginidad.

Ella retrocedió, soltándome.

—Haley, no. Yo... ¡Espera! —extendí mi mano hacia ella, pero fue demasiado rápida. Girando tan rápido que su vestido plateado se arremolinó como un tornado, salió corriendo de la habitación.

Fuera de mi vida.

Y rompiendo mi puto corazón.

17

HALEY

—¡Haley! —Eli me llamó, pero no podía enfrentarlo.

Lágrimas traidoras ardían detrás de mis párpados. Me condenaría antes de llorar por él. La última vez que me permití derrumbarme y llorar por él fue hace años, cuando comenzó el acoso.

Pero esto...

Esto era mucho peor que cualquier broma pesada, burla o insulto.

—¿Te retaron a llevarme a este baile? —Me di la vuelta, de repente necesitando gritarle. Quería que viera cada pizca de ira en mi rostro y supiera que todas esas dulces tonterías que había intentado hacerme creer no iban a funcionar.

Acababa de confesarle que había pensado mal de él. Que había asumido que era un tipo horrible pero me había convencido de conocer al Eli "real".

Ya conocía al Eli "real". El matón. El imbécil que aceptó una apuesta para acostarse conmigo en este estúpido baile.

Caminé hacia él, apretando los puños hasta que mis uñas cortaron mi piel y sangraron. Esa sensación familiar de dolor autoinfligido no

funcionó esta vez. No me estabilizó ni me calmó en absoluto. La furia corría por mis venas, y no había forma de detener esta marea de ira.

—Como dije antes, *perdedor* —dijo Preston detrás de Eli—. Estás jodido.

—No —Eli alternaba su atención entre Preston y yo, negando con la cabeza a ambos—. Espera. Yo...

Preston se rio, retrocediendo y sacudiendo la cabeza.

—No, Young. No cumpliste. El trato se cancela —Poniendo las manos alrededor de su boca, enunció—: Estás jodido.

—Preston...

El cretino rico se dio la vuelta y se rio más fuerte, extendiendo su mano hacia otro chico para hacer una especie de choque de puños mientras se movían hacia el otro lado de la habitación para salir.

—No puedes... —Eli se calló, interrumpido cuando lo alcancé y lo empujé.

Ni siquiera quería conocer los sórdidos detalles de esta apuesta o trato. Saber cuánto "valía" yo sería como echar sal en la herida.

Después de empujar a Eli, avancé hacia él, tan furiosa, tan enojada, tan retorcida por el desprecio, que apenas podía respirar.

—Por eso querías traerme aquí. Por eso querías actuar como si fueras mi amigo.

—No, Haley, no estaba actuando...

—¿Crees que voy a creer esa mierda? —Negué con la cabeza—. ¿Piensas que soy tan ingenua?

—No es...

—¡No! —Corté el aire con mi mano, harta de sus intentos de engatusarme y estafarme. Yo sabía más, maldita sea. No podría haberme engañado cuando yo sabía perfectamente la verdad. Me había mostrado su verdadera cara hace años, y había estado tan cegada por esta falsa ilusión de deseo que caí redonda.

—Sabía que tenía que haber algún tipo de juego que estabas jugando. Alguna razón por la que querías fingir esta atracción y actuar como si...

—¡No fue actuación! —Intentó tomar mi mano, pero la aparté de su alcance.

—Vete a la mierda, Eli. Y tómatelo en serio cuando digo que te odio sinceramente.

Con esa última palabra, me di la vuelta y me fui. Él no me persiguió, y aunque lo hubiera hecho, yo habría corrido más rápido.

—Lo sabía. Maldita sea, lo sabía —murmuré para mí misma mientras salía furiosa de allí.

Ya no me importaba quién me viera. Todos habían señalado y mirado, chismorreado y observado. Toda esta gente fue testigo de mi presencia aquí como la cita de Eli, y ahora podían tener otro espectáculo mientras me iba sola.

No quería creerlo. Quería negar con la cabeza y negar que me había utilizado, o casi había intentado utilizarme.

No le importaba.

Nunca le había importado.

Todo fue una maldita apuesta.

Corrí al guardarropa y recogí mi abrigo. Como me iba tan temprano, no había fila. En un par de minutos más que parecieron eternos, tenía mis llaves fuera del bolsillo y estaba corriendo hacia afuera. Sin molestarme en ponerme el abrigo, tan acalorada por la ira que no lo

necesitaba de todos modos, entré en la oxidada minivan de la tía Cindy, la puse en marcha y me alejé lo más rápido que pude.

Entonces dejé caer las lágrimas. Sin nadie que me viera y ni un alma que me observara en mi peor momento, lo dejé salir todo mientras conducía a casa.

Lágrimas abrasadoras corrían por mis mejillas, y ni me molesté en limpiarlas.

Dolía. Más que cualquier burla o provocación, más que todas las bromas pesadas, farsas y acusaciones.

Esta vez, dolía profundamente en mi pecho porque había querido creerle desesperadamente. Había estado tan desesperada por algo real y verdadero que ignoré mis preocupaciones durante demasiado tiempo.

Mi ira y mi tristeza invadieron mi mente, haciendo que todo el camino a casa no fuera más que una nebulosa. Una vez que llegué, permanecí lo más silenciosa posible mientras entraba y me dirigía a mi habitación. La tía Cindy no necesitaba verme así. Nadie lo necesitaba. Ella durmió durante mi regreso, probablemente disfrutando de una noche sólida de sueño con un somnífero por primera vez en mucho tiempo.

Con rumbo a mi baño, me desconecté y mantuve mis pensamientos lo más en blanco posible. Si me permitía pensar, la furia y la tristeza me consumirían. En su lugar, me quité el vestido y me metí en la ducha para darme un largo baño con el agua más caliente que pudiera soportar.

Si tan solo pudiera lavar la noche. Si tan solo pudiera volver en el tiempo y decirle a Eli que se fuera a la mierda la primera vez que me habló. Si tan solo pudiera borrar esa noche en que lo ayudé con sus heridas y comencé a preocuparme por él.

Porque a él no le importo.

Eso era un hecho ahora, y cuanto más intentaba evitar que ese pensamiento echara raíces en mi mente, más tranquila me sentía.

Rosa y en carne viva por la ducha, me arrastré a la cama y me dejé caer en el colchón. Agotada y desgastada por la montaña rusa emocional de la noche, caí en un sueño instantáneo, afortunadamente libre de *él*.

Por la mañana, desperté con los ojos hinchados de tanto llorar y un persistente dolor de cabeza por todo el estrés. Incluso durante el sueño, mi mente no se había calmado realmente. Estaba saludando al sol con un humor amargo y una actitud abatida.

No veía razón alguna para levantarme.

La tía Cindy ya se había ido a un viaje de chicas con alguien con quien solía trabajar. No salía a menudo, pero este fin de semana era su pequeña excursión. Como no tenía clases durante el fin de semana, no tendría que ir a ningún lado y ella podría tener la minivan toda la noche y hasta mañana. Incluso si tuviera algún lugar adonde ir, no lo haría, no con lo horrible que debía verme. Si me veía tan mal como me sentía, me llevaría un susto cuando me enfrentara a un espejo.

Después de levantarme y prepararme un café, dejé que todos los recuerdos de anoche me invadieran. Revivir las emociones me alteró de nuevo, y dejé caer mi cabeza sobre mis brazos cruzados en la mesa.

Mi estómago se retorció por todo el estrés, y me estremecí al tener que volver a la escuela y enfrentar a Eli de nuevo.

Me había estado aferrando al mantra de ignorar las cosas difíciles y resistir hasta la graduación. Bueno, ahora tenía más dificultades que soportar para llegar allí.

Me incorporé cuando mi cuello comenzó a doler por esta posición, y distraídamente alcancé mi teléfono. Lo había puesto en silencio anoche, y revisé el registro de textos y llamadas.

Eli no me había contactado ni una sola vez. Ni una llamada ni un mensaje de voz. Cero mensajes de texto.

Nada.

Un montón de mensajes, llamadas perdidas y mensajes de voz me esperaban de Davina. Supuse que eso significaba que ella lo sabía. Pero no tenía energía para hablar con ella todavía.

En cambio, parecía que necesitaría hablar con alguien más.

Un puño golpeó la puerta principal, y gemí. No quería ver a nadie. No se esperaban visitas hoy, y no estaba segura de que viniera alguna entrega.

Me levanté, sin molestarme en ponerme algo más que mi bata y pijama. Dirigiéndome lentamente hacia la puerta, bostecé y me forcé a poner un pie delante del otro.

Abrí la puerta y miré a la mujer y al hombre en mi porche. Había pasado mucho tiempo desde que vi al Sr. y a la Sra. Young tan de cerca. Me los había cruzado en Marsten, pero nunca había intentado hablar con ellos, ni antes de que Eli se convirtiera en un matón ni después.

—¿Hola? —pregunté, sin saber por qué estas personas estrictas y juzgadoras me molestarían ahora.

El Sr. Young me miró con desprecio, observándome de arriba a abajo como si fuera basura.

—¿Ni siquiera tienes la decencia de ponerte ropa?

Entrecerré los ojos, demasiado enojada para recordar mis reglas habituales de mantenerme callada y evitar problemas.

—¿Qué quieren?

—¡Queremos que te alejes de nuestro hijo! —exigió la Sra. Young, plantando los puños en sus caderas.

El Sr. Young me señaló con el dedo.

—¿La oyes? Aléjate de Eli. No aprobamos que estés con él ni con los de tu clase.

Crucé los brazos, enfrentándolos.

—¿Mi *clase*?

—Sabes a lo que me refiero —gruñó—. Todos saben que los Feldstone no son más que mentirosos y estafadores.

—Y putas —añadió su esposa—. Y por eso no podemos, ni nunca, aprobar que estés con Eli.

Tenía todo el derecho de echarlos de aquí. Podría haber dejado que mi ira se desbordara y gritarles que se fueran de la propiedad de mi tía.

¿Cómo se atrevían a venir aquí y difamarme?

¿Cómo se atrevían a insinuar que yo era menos, que no era lo suficientemente buena para Eli?

Claramente, era lo suficientemente buena para ser objeto de una apuesta con Preston, pero nada más.

Me reí. Comenzó como una risita ligera pero casi evolucionó a una risa histérica con resoplidos.

Querían venir aquí y reprenderme por estar con Eli.

Bueno, la broma era para ellos. *No* estaba con él. Debían haberlo vigilado lo suficiente. Y quizás alguien en ese baile anoche publicó cosas sobre mi presencia allí con él como pareja en ese evento formal.

Pero eso era todo.

—No te burles de mí —me regañó la Sra. Young.

—No me estoy burlando de usted. Me río de lo ridículo que es su reclamo.

El Sr. Young gruñó.

—No. No es ridículo.

—He leído todo tipo de publicaciones anoche y de nuevo esta mañana —protestó ella—. Y todas muestran que fuiste a ese baile con Eli.

Me encogí de hombros.

—Pero nunca he estado *con* él —Nada de eso era real. Todo fue solo una maldita broma. Una apuesta—. Así que, si me disculpan —dije y retrocedí hasta agarrar la puerta—. Adiós.

Cerrar la puerta de golpe se sintió tan bien. Me hizo sentir triunfante por solo un segundo.

Cuando me volví para enfrentar la casa vacía y silenciosa de nuevo, mi estado de ánimo volvió a desplomarse.

Dolía tanto.

Me había mentido. Me había engañado cuando todo se sentía tan real.

Necesitando algo que me obligara a no obsesionarme con mis emociones y dejar que me controlaran, tomé otra ducha larga y ardiente hasta que no pude soportarlo más.

Después de ducharme de nuevo, opté por no deambular por la casa como un animal perdido.

Llamé a Davina, y ella me preguntó cómo estaba. Cómo lo estaba llevando. Tal como sospechaba, había leído al respecto y escuchado sobre ello de anoche. Muchas publicaciones se compartieron en línea, y muchos comentarios llenos de opiniones se acumulaban.

Aunque sus palabras reconfortantes eran un gesto amable, valoraba más sus preguntas u opiniones acaloradas que las frases trilladas.

—Y parece que esa no es la peor parte —se quejó—. No puedo creer que la otra mitad de la apuesta fuera que tendría que acostarse contigo. Eso está mal como lo mires.

Suspiré, frotándome los ojos cansados.

—Y la ironía es que lo habría hecho. No en ese baile, pero en algún lugar con él. Le habría dado mi virginidad. Lo deseaba.

—Al menos ahora sabes que no vale la pena seguir deseándolo.

Fruncí el ceño, cerrando los ojos mientras luchaba por encontrar algo que decir a eso. Por supuesto, ella saldría en mi defensa y me advertiría que me alejara de Eli.

Sin embargo, no era solo deseo.

No podía explicarlo, ni a ella ni siquiera a mí misma. Era difícil no sentirme tan viva cuando estaba con Eli. Con su comprensión de que me gustaba un poco de dolor y tenía que ser empujada para sentirme tranquila y segura cerca de él, me sentí aceptada por primera vez en años.

No más.

Estaba demasiado herida para pensar en perdonarlo.

Era la soledad para mí otra vez, eso y una persecución de autodesprecio y arrepentimiento por haber caído en sus trucos.

Aguanta.

Saldrás de aquí antes de que te des cuenta.

Y nunca tendrás que verlo de nuevo.

18

ELI

Alguien del equipo me llevó de vuelta a las residencias después de que Haley se marchara.

No podía recordar qué se dijo o quién se me acercó después de que regresé al baile.

Todo pasó como en una nebulosa.

En la residencia, me tumbé en mi cama y miré fijamente al techo, literalmente impactado por cómo todo se había desmoronado. Todo lo que importaba en mi vida estaba arruinado.

—Preston dijo que fallé el reto —lo dije sin emoción, incapaz de expresar sentimiento alguno mientras me escondía tras una coraza de quien solía ser.

—¿Porque no tuviste sexo con ella en el baile? —preguntó Finn.

No se había ido. No salió de la habitación en ningún momento, a pesar de lo tarde que era. Se quedó allí, paciente y esperando a que yo hablara o me moviera o saliera de este estado de shock.

—Sí —exhalé profundamente—. Estaba esperando a un lado. Me escuchó decirle que esperaría por ella.

Cerré los ojos con fuerza al recordar cómo me miraba con tanta confianza cuando le dije eso.

—Drake también estaba allí para grabarlo en video.

—Hijos de puta enfermos —gruñó Finn.

—Le estará contando a sus padres sobre ese coche en cualquier momento —dije, monótono y distante. No podía salir de esta opresiva sensación de angustia.

—¿Cuál es el siguiente paso, entonces? —preguntó, siempre dispuesto a ser pragmático.

Me senté, frotándome la cara con ambas manos.

—Ni puta idea. Todo se va a desmoronar. Todo lo que importa... —suspiré y sacudí la cabeza antes de mirarlo—. Todo lo que me importa está arruinado. Si tengo que abandonar porque el señor West revoca mi beca, no me graduaré. Si tengo que devolver el dinero de la beca, no tengo ni idea de dónde viviré o cómo me lo podré permitir.

Asintió, escuchándome pacientemente.

—Contaba con mi título para conseguir un buen trabajo. Y ahora tampoco lo tendré.

—*Si* se lo cuenta a su padre.

Fruncí el ceño.

—Ahora no tiene ninguna razón para no hacerlo.

—¿Sabes? Me preguntaba si no estaría jugando contigo desde el principio, haciéndote cumplir este reto sin intención de mantener su parte del trato.

Triste, pero cierto, tuve que estar de acuerdo. Ese pensamiento también cruzó por mi mente varias veces.

—Y Haley... —tragué con dificultad, odiando el recuerdo de su expresión herida, todo ese dolor y rabia que yo había causado.

—¿Ella también importaba?

Asentí.

—Estaba listo para hacer que pareciera que lo habíamos hecho en esa habitación y luego irme. La deseo, tío. La deseo tanto que duele, pero no podía presionarla. No quería hacerle más daño del que ya le he hecho.

—Tal vez después de darle un poco de espacio y tiempo para que se calme después de todo esto, puedas decirle eso y quizás te escuche.

—Es todo lo que puedo hacer —si me acercaba demasiado pronto, era más probable que me excluyera de nuevo.

Así que, durante el resto del fin de semana, seguí el consejo de Finn. Esperé con el corazón en un puño una llamada de Preston. Una publicación suya en línea. Cualquier contacto de la universidad. Como dijo Finn, era fin de semana, y probablemente escucharía algo oficial el lunes por la mañana. Probablemente tenía razón.

Mientras tanto, puse toda mi energía y esfuerzo en buscar prematuramente trabajos en caso de que estuviera jodido y tuviera que empezar a devolver el dinero de la beca lo antes posible. Busqué lugares de terapia deportiva que pudieran contratarme sin título, y no había ninguno por aquí. Luego miré varios planes de pago que podría intentar financiar para la gran deuda.

El domingo por la tarde, le pedí a Finn que me llevara a casa de Haley. No podía esperar más. Darle un poco de espacio y la oportunidad de recuperarse del impacto de cómo había terminado la noche del viernes era sensato. Pero tenía que ser suficiente. Si quería más espacio, lo diría. Si no estaba lista para enfrentarme de nuevo, entonces, de nuevo, seguiría su señal en eso.

Pero tenía que intentar arreglar las cosas con ella. Tenía que mostrarle lo arrepentido que estaba.

Finn esperó en la entrada mientras yo llamaba a su puerta. La minivan no estaba, y me pregunté si había alguien en casa. Entonces recordé que Cindy tenía una pequeña escapada este fin de semana, y aposté a que eso significaba que Haley estaba dentro pero no respondía a la puerta.

Llamé una vez más, mi corazón rompiéndose en unos cuantos pedazos más mientras consideraba la posibilidad de que había metido la pata demasiado esta vez para tener otra oportunidad. Otra segunda oportunidad.

Por fin, abrió la puerta. Con un profundo suspiro, me miró inexpresivamente.

—Lo siento.

Era el único mensaje que tenía que hacerle creer.

—Te pido disculpas, Haley, y desearía poder retractarme.

Sonrió con ironía, mirando a un lado.

—No puedes.

—Sé que no puedo retractarme. Pero eso no cambia cuánto lamento que esto haya sucedido así.

No me miró por un largo momento, pero intenté que mis esperanzas aumentaran un poco cuando no me cerró la puerta en la cara.

—Quería darte algo de tiempo y espacio antes de disculparme y explicar...

Entrecerró los ojos hacia mí.

—¿Quién dice que tengo ganas de escucharte explicar una sola cosa?

—Entonces dímelo tú. ¿Qué quieres que haga? —metí las manos en mis bolsillos para no alargar los brazos hacia ella.

Siguió otra larga pausa mientras me miraba. Era imposible evitar sentir que estaba mirando dentro de mi alma.

Con otro suspiro pesado, retrocedió y me dejó entrar.

—Gracias —dije, entrando. Finn se iría ahora, y si ella terminaba echándome en otro minuto, entonces me iría caminando.

—Siento haber aceptado ese reto.

Cruzó los brazos y se quedó cerca de la chimenea que no estaba encendida.

—¿Sientes haberlo aceptado o sientes que yo me enterara de la manera en que lo hice?

—Quería decírtelo, por cierto. Antes de esa noche. Quería simplemente contarte todo y arriesgarme a que no me odiaras.

Cambió la posición de sus brazos para abrazarse a sí misma.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque no quería joderlo todo y perderte.

Levantó las cejas como sugiriendo que lo había hecho.

—Siento haber aceptado ese reto. Siento que te enteraras como lo hiciste. Y siento no haberlo confesado todo antes.

Se lamió los labios, bajando la mirada.

—¿Para qué era? ¿Valió la pena?

Negué con la cabeza, dando un paso hacia ella pero retrocediendo igual de rápido. Tenía que guiarme por sus señales, no por lo mucho que quería abrazarla, por mi comodidad y la suya.

—No. No la valió —Tomé aire profundamente y comencé desde el principio. Le recordé cómo había entrado en la universidad, con esa beca, que el señor West era el presidente del comité que la concedía. Luego le expliqué lo que pasó en aquella fiesta, sobre el coche, Drake golpeando la palanca de cambios y Preston queriendo manipular la situación. Le expuse los términos del reto. Señalé cómo había intentado ser su amigo.

—Pero no conté con lo mucho que me importarías. Lo mucho que significarías para mí. No me disculparé por desearte, Haley. Nunca lo haré. Y quiero que sepas que realmente me importas. Y te respeto. Por eso no pude obligarme a hacerlo. No podía manipularte para tener sexo conmigo en ese estúpido baile. Quería que fuera especial. Quería asegurarme de que pensaras que era digno de ser tu primero.

Había estado hablando durante tanto tiempo que me paseaba de un lado a otro. Todo el tiempo, ella me observaba y escuchaba, sin interrumpir.

Ahora que había terminado y ella lo sabía todo, esperé, tenso y a su merced, una reacción.

—Déjame aclarar esto —bajó los brazos y tamborileó los dedos contra sus muslos—. Preston te estaba chantajeando con tu beca y tus posibilidades de graduarte, literalmente todo tu futuro, ¿y lo único que tenías que hacer era acostarte conmigo en ese baile?

Fruncí el ceño.

—Eso no es *todo*. No lo hagas sonar como si fuera alguna pequeña...

Se acercó a mí lentamente, levantando la mano.

—Tenías que elegir entre tu futuro y yo.

Abrí y cerré la boca, perplejo de que lo resumiera tan francamente.

—No. ¿Sí? Quiero decir, no. Como yo lo veía, completé el reto. Solo te llevaría a esa habitación el tiempo suficiente para que él asumiera que lo habíamos hecho. No tenía idea de que estaría allí para mirar, o grabar.

Ella se paró a mi alcance, con solo un pie entre nosotros.

—¿Y aun así elegirías no tener sexo conmigo, a costa de tu beca y tu graduación?

Fruncí el ceño y asentí.

—Sí. Estabas allí. No hice ningún movimiento cuando estábamos en esa habitación. Esperaba que nunca lo supiera. Y que tú nunca lo supieras. Y... —sacudí la cabeza—. Lo cual está mal. Debería habértelo dicho desde el principio.

—Pero aun así —exhaló un largo suspiro—. Me elegiste a mí.

Extendí la mano hacia ella pero la dejé caer.

—Todavía te sigo eligiendo.

Levantó bruscamente la cara y me atravesó con una mirada dura.

—Todavía estoy enojada.

—Contaba con eso.

—Todavía estoy herida de que hicieras esto.

—También contaba con eso.

Se lamió los labios.

—Y todavía te odio.

—También lo esperaba.

Se acercó a mí otro poco, como si físicamente no pudiera soportar la distancia.

—Pero...

—Oh, menos mal —la atraje hacia mí y la besé con fuerza. Vertiendo toda mi desesperación y angustia en este toque íntimo, le robé el aliento y me tragué los gemidos que me dio tan pronto como chocamos.

Mientras ella rodeaba mi cuello con sus brazos, estirándose para poder separar los labios y besarme con la misma avidez, la incliné hacia atrás y la levanté en mis brazos.

Sujetándola con fuerza, la besé como si no hubiera un mañana. Como si solo importara este momento.

Ella se apartó, respirando frenéticamente.

—Ni siquiera sabías lo que iba a decir.

—No importa. Dijiste *pero*, y lo que siguiera sería cómo también no me odias y todavía me deseas.

—*Necesito* —corrigió, moviéndose para que la bajara.

Lo hice, besándola y sin dejar que saliera de mi alcance. Mientras estaba de pie, tiró del borde de mi sudadera y forzó mis camisetas hacia arriba. Me aparté, quitándome la sudadera y la camiseta. Besándola de nuevo y gruñendo ante el sabor de su dulzura, trabajé en arrancarle la ropa tan rápido como ella forcejeaba con la mía.

En la torpe danza de desnudarnos, terminamos en su habitación, y esta vez, cuando la bajé a la cama, no esperó orientación. Agarró mi polla y comenzó a acariciarla mientras abría más las piernas.

—Haley, espera.

Negó con la cabeza.

—Dijiste que esperarías por mí.

—Y lo haré.

—No. No más espera. Ahora, Eli. Te quiero ahora mismo.

—¿Estás segura de que...?

Me bajó la cabeza para un beso embriagador, e hice exactamente lo que me dije que debía hacer. Seguí su iniciativa. Presté atención a sus señales. En todo lo que hacía y me mostraba, quería perder su virginidad *ahora*.

Demasiado impaciente para mucho juego previo, enganchó las piernas alrededor de mi cintura y se arqueó hacia mí, buscando mi polla. Cada vez que se frotaba contra mí, arrastrando mi erección a lo largo de su coño empapado, gruñía en su boca y la besaba profundamente.

—Eli, por favor —suplicó.

Le aparté el cabello de la cara, todavía preocupado por si realmente lo quería así.

—Podemos ir más despacio...

—No. Te quiero ahora. Lo necesito. Por favor.

—¿Tienes un condón?

—Estoy tomando la píldora —frunció el ceño, suplicando—. Por favor, Eli. Quiero que seas mi primero y no quiero esperar.

—De acuerdo, pero no tenemos que apresurarnos.

Negó con la cabeza.

—No tenemos que hacerlo, pero quiero. Lo quiero duro y rápido. La próxima vez, podemos ir despacio. No puedo soportar seguir esperando y preguntándome y deseando...

La besé, alineando mi polla con su entrada húmeda.

—Te escucho. Te entiendo.

—Fóllame, Eli. Fóllame duro y rápido para que sepa que eres tú. Que somos nosotros.

Maldita sea, hacía imposible ir despacio. Apretando los dientes, me hundí en ella, yendo tan lento como pude para no lastimarla. Observé su rostro mientras la llenaba hasta el fondo. De la desesperación, al shock, al dolor, luego a la desesperación de nuevo, me miró y no se ocultó ni un segundo.

Entonces, con mi mirada fija en la suya, me retiré y atesoré el exquisito guante de sus paredes calientes y húmedas succionándome de nuevo.

Una y otra vez, empujé dentro de ella, más duro y más rápido dependiendo de cuánto parecía anhelar la brutalidad. Era su primera vez. Quería que fuera lenta y perezosa, sensual y suave.

Mientras se acercaba a su orgasmo, provocándome peligrosamente cerca de derramar mi semen dentro de ella demasiado pronto, me di cuenta de que no quería esas cosas. Me lo había dicho. Duro y rápido.

Y se lo di. Me estrellé contra ella, marcándola como mía. Reclamando ser su primero, la besé mientras ella gritaba en mi boca al alcanzar su liberación. Me apretó, estrujando mi polla tan fuertemente que no duré ni un segundo más. Gruñendo ante la fuerza de mi orgasmo que me atravesaba y encendía mis nervios, la inundé con mi semen y la sostuve mientras temblaba y se estremecía, todavía gimiendo y maullando esos sonidos sexys de los que nunca me cansaría.

Le había quitado su virginidad.

Pero en mis términos. En los suyos.

Como un hombre cayendo perdidamente enamorado de la mujer perfecta destinada para él, me desplomé a su lado y la abracé con fuerza, sabiendo que lo que realmente acabábamos de hacer era hacer el amor.

19

HALEY

Desperté en los brazos de Eli, pero no abrí los ojos. Por el ángulo de la luz del sol que entraba por la ventana de mi habitación, supe que era mucho más tarde de lo que debería haber sido.

Los lunes por la mañana se suponía que debían empezar temprano, comenzando con la clase de sociología. Le había dicho a la tía Cindy que caminaría hasta el campus ya que ella tenía la minivan, pero eso habría significado salir mucho, mucho más temprano que ahora.

—No quiero levantarme nunca —murmuró Eli en mi oído, lánguido y somnoliento.

Sonreí, acurrucándome contra él, y suspiré. Su voz sonaba más ronca y sexy por la mañana, pero estaba demasiado adolorida para intentar animarlo de nuevo.

Le entregué mi virginidad anoche, y fue tan perfecto como siempre podría haber soñado. Me dejó alucinada lo bien que se sentía tenerlo llenándome así. Lo había hecho justo como yo quería, duro y áspero.

No me sorprendió que me excitara con un poco de dolor. Tener algún tipo de fetiche debía ser normal, pero el dolor era lo que se necesitaba para traerme al presente. Me mantenía fuera de mi

cabeza, no escondida detrás de una coraza, y saboreaba la oleada de endorfinas que seguía al dolor.

Dolor y placer.

Él me había concedido ambos.

Anoche, los mezcló en una combinación tan embriagadora que temí que nunca me sentiría saciada por mucho tiempo.

—¿Qué tan tarde es? —le pregunté, abriendo los ojos y girándome para mirarlo en lugar de abrazarlo por detrás.

—No me importa —respondió con arrogancia, sonriendo y mirándome a los ojos.

—Estamos perdiendo clase.

—Sí. —Aseguró sus brazos a mi alrededor con más firmeza. Con un suave beso en mi frente, me recordó que, aunque podía ser firme y rudo cuando lo necesitaba, también era extremadamente dulce.

Estaba convencida de que nunca volvería a hablarle voluntariamente después de saber que me había buscado solo por una apuesta. Pero cuando me explicó que me había elegido a mí por encima de asegurar su futuro, eso fue todo lo que necesité escuchar. Eso era compromiso. Eso era... *¿amor?*

Después de una exhalación más profunda, se inclinó sobre mí y me hundió parcialmente más en la cama. Combinando su estiramiento con un largo beso, me hizo reír y sonreír una vez más.

Sin embargo, tomó su teléfono de mi mesita de noche y se acostó boca arriba para revisarlo. Me acurruqué contra su costado. Bajo su guía, apoyé mi cabeza en su hombro y observé mientras miraba la hora y se desplazaba por las notificaciones.

Y me estremecí. Múltiples llamadas perdidas de sus padres, todas sin responder y sin notar porque lo había puesto en silencio anoche. Pasamos toda la tarde y la noche besándonos, haciendo el amor y

simplemente hablando mientras recuperábamos el aliento y nos acurrucábamos.

Ver a sus padres tratando de comunicarse con él fue el cambio más brusco de vuelta a la realidad que no quería enfrentar.

Él no ocultó la pantalla de mí, dejándome echar un vistazo a todo mientras se desplazaba por los mensajes.

—¿Valió la pena? —le pregunté.

—¿Qué si valió la pena?

Señalé los mensajes de su madre exigiendo saber dónde estaba.

—Ella rastrea mi teléfono —me recordó. Durante la noche, hablamos y hablamos, y él compartió un poco más sobre lo estrictos y exigentes que eran sus padres. No podía creer que su madre lo rastreara constantemente. Ese tipo de control era un insulto, pero entendía por qué Eli estaba más o menos atrapado con ese teléfono. No podía comprarse uno propio sin trabajo, y no podía tener trabajo durante la universidad porque tenía que concentrarse en sus estudios.

—¿Ves? —Se desplazó a otro mensaje.

Mamá: *Acabo de revisar el portal de estudiantes. Aparece en el libro de calificaciones que te marcaron ausente en ambas clases de esta mañana.*

Mamá: *Exijo una respuesta, Eli. Ahora mismo. ¿Por qué eres tan vago y no estás en clase?*

Fruncí el ceño.

—No has faltado a sociología ni una vez este semestre. Hasta hoy.

Él se rio ligeramente.

—¿También me vigilas?

—Solo porque no podía *dejar de* notarte.

—¿Y admirarme desde lejos? —bromeó antes de besarme.

—A regañadientes —admití, igual de juguetona. Realmente tuve un flechazo por él todos esos años desde que éramos amigos de niños. Pero fue solo cuando lo vi herido en la biblioteca que me permití abrazar esa atracción—. No eres un vago, Eli.

Él asintió.

—Lo sé.

—Vas a tu propio ritmo. Eso es todo.

—Y nunca ayudó que no me permitieran hacerme pruebas para la dislexia. O saber cómo lidiar con eso. —Me acarició el brazo mientras dejaba su teléfono y se relajaba conmigo—. Siempre usaron eso como razón para estar encima de mí con las calificaciones. Porque pensaban que era puro músculo y nada de cerebro.

—Eso no es cierto —protesté.

—Espero que no. Pero ni siquiera quisieron considerar que yo pudiera tener un obstáculo para estar en la misma escala de calificaciones que todos los demás.

—¿Qué pasará ahora, con tu ausencia a clase?

—No lo sé. Estarán más furiosos porque estoy aquí y ni siquiera en el campus.

—Vinieron aquí ayer.

Se tensó, frunciendo el ceño mientras me observaba.

—¿Qué?

Asentí.

—Vinieron a advertirme que me alejara de ti. Que no aprueban que esté contigo. Y como *no estaba* contigo, les dije que se fueran. No

tenían motivos para hablarme así.

Pero ahora los tienen. Estaba acostada desnuda en mi cama con su hijo.

—Sé que estoy prohibida. Soy la oveja negra en Marsten. No soy lo suficientemente buena, pero...

Me silenció con un beso, y como cada vez que ponía sus labios sobre mí, me ahogué bajo el deseo de responder de la misma manera.

—No hables así. ¿Lo suficientemente buena? —Resopló una vez—. No soy lo suficientemente bueno para *ti* después de las estupideces que he hecho.

Tenía demasiado miedo de ser más vulnerable de lo que ya era. Si queríamos discutir sobre quién era lo suficientemente bueno para el otro, me empujaría más cerca de admitir mis sentimientos por él. Después de la montaña rusa de altibajos desde ese baile y saber sobre su apuesta, sabía que estaba cayendo demasiado profundo por él.

—Lamento haber desperdiciado tanto tiempo intimidándote y manteniéndote alejada. —Rodó para quedar sobre mí, cubriéndome con el calor de su cuerpo. Su peso me aseguraba, y nunca quise perder esta sensación, este sentimiento completo y total de pertenencia bajo él y con él, como si nada pudiera penetrar esta burbuja de paz y afecto que nos habíamos atrevido a encontrar.

—¿Por qué lo hiciste? —Acaricié su mandíbula con mi mano, ya que sabía que le gustaba mucho—. ¿Por qué pasaste de ser mi amigo de la infancia a ser el señor Popular, demasiado genial e inclinado a intimidar?

—Porque quería amor. Quería conseguir la aprobación de alguien. —Se inclinó hacia mi toque, buscando el consuelo—. Cuando me di cuenta de que mis padres nunca me amarían, cuando entendí que nunca sería lo suficientemente bueno para ellos, quería encontrarlo en otro lugar.

—Así que te convertiste en el centro de atención.

Asintió.

—Y para ser tan querido y popular, tenías que dejarme de lado ya que yo era el blanco de todas las bromas.

Asintió de nuevo, frunciendo el ceño.

—Si solo nos hubiéramos entendido el uno al otro entonces como lo hacemos ahora —dije suavemente.

Lo habría amado. Le habría dado el afecto que le faltaba de las personas que más deberían haberle importado.

—Nunca dejaré de lamentarlo —dijo—. Pero por el resto del tiempo que pueda, tengo la intención de mostrarte cuánto importas. —Lo selló con un beso—. Cuánto te deseo. —Otro beso—. Cuánto quiero abrazarte fuerte y no dejarte ir nunca. —Un último beso, más largo y profundo que llevó a hacer el amor de nuevo.

20

ELI

Saltarme las clases el lunes fue lo correcto. Significaba que podía pasar todo el día con Haley, y eso era lo que necesitaba más que cualquier otra cosa.

No era solo por el sexo.

Era su compañía. Saber que ella realmente me entendía y que conocía al *verdadero* yo desde hace mucho tiempo. Era la única persona con quien quería pasar este día libre inesperado. No había entregas pendientes hoy, y uno de mis profesores terminó cancelando a último momento también. Si alguna vez hubiera un día para faltar y tomármelo libre, este era ideal para aprovecharlo.

Había algo reconfortante en estar con Haley y simplemente... existir. Hablamos. Preparamos comida. Nos acurrucamos. Y sí, hicimos el amor otra vez. Por lo rápido que iba esta relación, nos precipitábamos hacia algo realmente serio.

Finn vino a recogerme antes de que tía Cindy regresara, aunque no fue fácil dejar a Haley. La vería mañana en el campus, pero esa ausencia ya era demasiado difícil de soportar.

—¿Y bien? —le pregunté mientras me abrochaba el cinturón.

—Sí —hizo una mueca.

Siendo este el primer día completo con las oficinas abiertas y el campus funcionando normalmente, contaba con que algo pasara con los West. No me había quedado con Haley todo el día con el teléfono apagado para evitar enfrentar la realidad. Me quedé porque me reconfortaba el alma estar con ella. Ahora, *era* hora de enfrentar las consecuencias.

—Vamos. Cuéntame.

Finn respiró profundamente.

—Tus padres vinieron a la habitación. Scott tuvo que llamar a seguridad para que se fueran porque estaban tratando de entrar cuando estaba cerrada.

Me froté la frente al pensar que el chico de la habitación contigua tuvo que lidiar con ellos.

—¿Para qué mierda? ¿Qué pensaban que podían hacer?

—Scott dijo que querían entrar y esperarte para hablar contigo.

Me reí una vez, amargamente.

—Ni de coña va a pasar eso —ya había planeado aceptar que esto era la gota que colmaba el vaso. No me perdonarían por arruinar mi educación universitaria. Y no me ofrecerían ayuda para solucionarlo. De alguna manera, era liberador terminar con ellos ahora.

—Preston le contó a su padre sobre el coche —añadió—. La gente está hablando de ello. Se están compartiendo publicaciones sobre el coche de esa fiesta. Es como si... todo el mundo lo supiera.

Asentí.

—Sigo diciendo que iba a contárselo a su padre de todos modos. Ese reto fue solo una forma de joderme. Nunca tuvo la intención de que evitara el castigo por ese coche —había aceptado a regañadientes que yo tenía la culpa, al menos de la mitad. Me había sentado en el

asiento del conductor por insistencia de Drake, pero yo no puse el coche en marcha. Seguía siendo su maldita culpa, pero no había manera de que él asumiera toda la responsabilidad.

—Probablemente —coincidió Finn—. Así que, sí. Te llegaron muchos correos.

Él tenía mi contraseña, y me dijo ayer cuando me dejó que estaría pendiente de cualquier noticia para que yo pudiera concentrarme en Haley.

—Varias oficinas. El comité de becas. Todos solicitan reuniones contigo.

Asentí de nuevo.

—Como esperaba.

—Pero quizás puedas salvar la situación. O prolongarla y retrasar que alguien tome decisiones concretas.

Fruncí el ceño.

—Nadie va a convencer a West de que no revoque mi beca —eso era un hecho.

—Probablemente no. Pero me refiero a graduarte en general. Si no te expulsan antes del final del semestre, podrías graduarte y luego buscar un buen trabajo para poder devolver el dinero.

Eso era lo que esperaba.

Toda la noche, me sumergí en ver si eso era posible. Pasé horas leyendo los correos electrónicos, llamando y dejando mensajes donde podía con las oficinas que me habían contactado, y luego buscando trabajo. Todavía necesitaría redoblar esfuerzos y concentrarme en mantener mis calificaciones para terminar aquí, pero tenía que hacer todo este trabajo preliminar primero.

—Iré a buscarnos algo de comer —le dije a Finn más tarde esa noche. Me dolía la espalda de estar sentado tanto tiempo, y este

dolor de cabeza por la tensión me estaba irritando aún más. Toda esa paz que sentí con Haley en mis brazos se había ido. Cada segundo de ese placer prohibido de ella gritando de dolor y placer con mi miembro profundamente dentro de ella se había desvanecido.

—No, estoy bien. Comí demasiado Chipotle al mediodía —dijo, haciendo un gesto con la mano.

Me puse el abrigo y salí para conseguir algo en la cafetería.

En el camino, me di cuenta de que mis padres no se rendían tan fácilmente. Habían vuelto. Levantándose de un par de sillas en el vestíbulo de los dormitorios, se cruzaron de brazos y me miraron con desprecio.

Por el amor de Dios.

Al menos mi padre no podría golpearme aquí. Demasiadas cámaras ancladas en la pared. Los testigos no le vendrían bien.

—Tienes mucho descaro para arruinar las cosas así —dijo mi madre.

Me metí las manos en los bolsillos, esperando poder mantenerme en silencio. Eventualmente se rendirían si veían que hablarme era como dar un sermón y quejarse a una pared de ladrillos.

—¿Crees que puedes ser un vago estúpido y lograr algo en tu vida? —preguntó mi padre, con el rostro contorsionado en una expresión de puro odio y decepción—. ¿Eh? ¿Crees que puedes saltarte las clases todo el día cuando apenas estás aprobando y llegarás a ser algo?

Un momento. Algo no cuadraba. Fruncí el ceño y abandoné el tratamiento silencioso.

—¿Están enfadados porque me salté las clases?

—¡Por supuesto que lo estamos! —siseó mi madre—. ¿Por qué no íbamos a estar furiosos de que estés holgazaneando y tirando tu

futuro por la borda?

Ah. Estaban *solamente* enfadados porque no había ido a clases. Debieron haberme rastreado todo el día, viendo que mi teléfono no había salido de un lugar, y estaban tan molestos por mi único día de ausencia que los impulsó a venir aquí y esperar a que apareciera.

Todavía no sabían sobre el destino de mi beca que probablemente sería revocada. Ignoraban la amenaza de ser expulsado por arruinar el coche del Sr. West.

—Estuviste en esa casa —mi madre se burló—. La casa de la puta.

Apreté los dientes, furioso al oírla decir algo así sobre la mujer de la que me estaba enamorando. Haley no era una puta. Nunca lo había sido, llegando incluso a cubrirse para evitar atención. Tampoco lo sería nunca, demasiado pura de corazón e inteligente para rebajarse de esa manera.

Y ella es mía*.*

Seguía olvidando el mandato de que tenía que dejar de pensar en ella de esa manera. No lo era. Tenía planes. Se iba a ir de Marsten. Pero hasta entonces...

¿Y si nos fuéramos juntos?

El atractivo de esa idea me dio la fuerza para aguantar la bronca de mis padres. Mientras mi madre me advertía que me mantuviera alejado de ella y mi padre me menospreciaba por dejar que una chica interfiriera con las "pocas neuronas" que tenía, dejé que todas sus palabras entraran por un oído y salieran por el otro.

En cambio, conté los segundos hasta que pudiera ver a Haley. Independientemente de que mis padres me hablaran así, ella era la única persona que quería ver y escuchar.

Porque le importaba. Genuinamente se preocupaba por mí, y no solo por el sexo.

Como amiga.

Había desperdiciado demasiado tiempo acosando a la única chica dulce que era una verdadera amiga que me apoyaría.

Y rezaba para que no fuera demasiado tarde para convencerla de quedarse conmigo hasta el final del semestre... y mucho más después.

—Yo... —sacudí la cabeza, harto de que mis padres invadieran mi vida con nada más que quejas, críticas e insultos despectivos.

Alejándome de ellos mientras me decían que me detuviera, me fui caminando hacia la biblioteca en lugar de la cafetería, desesperado por ver a mi chica.

Quería ser paciente con ella, de verdad.

Yo era su primera experiencia en todo, y esto era nuevo para ella. Pero yo también era vulnerable.

La necesitaba *ahora*. Y me preguntaba cómo podría sugerir que nos uniéramos y pensáramos en algo más a largo plazo, también.

Mi vida se estaba desmoronando. Todo se estaba cayendo a pedazos a mi alrededor, pero Haley era una roca, un ancla a la que podía aferrarme, y lo haría mientras ella me lo permitiera.

21

HALEY

Las noticias sobre los problemas de Eli se propagaron rápido. Todo el mundo ya había hablado sobre aquel coche dañado en la gran fiesta. Era una noticia vieja, pero la conmoción regresó con toda su fuerza cuando Preston le dijo a todo el mundo—incluido su padre—que Eli era el culpable.

Leí los comentarios y chismes en línea en incontables publicaciones sobre cómo le revocarían la beca a Eli. Muchas teorías conspirativas surgieron con esa idea. Y aparecieron más con la posibilidad de que pudieran expulsarlo completamente de la universidad y no permitirle graduarse. Ese era el nivel de influencia que tenía la familia West, no solo en Marsten, sino en esta universidad.

—Me estaba adelantando a los acontecimientos —dijo Eli con pesimismo mientras nos sentábamos en una mesa cerca de la zona de comidas. Cerca de la cafetería y un ala del edificio principal donde se ubicaban muchas aulas y auditorios, pasamos el tiempo hablando sobre lo que podría hacer para salvar la situación y mantenerse positivo. Tenía una reunión con el decano esta tarde y otra reunión con el departamento de ayuda financiera y el registro mañana por la mañana. No estaba segura de qué podía hacer realmente, pero lo escuché y le di mis ideas, esperando que supiera que no estaba solo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

Suspiró, estirándose para guiarme a sentarme en su regazo, queriendo abrazarme en lugar de sentarse a mi lado. —Estaba deseando graduarme y terminar aquí. Estoy harto del ambiente universitario y todas las tonterías inmaduras que ocurren aquí.

—Lo dice el chico que se sentó al volante de un caro coche clásico mientras estaba achispado... —le regañé suavemente.

—Pero yo no...

—Tenías intención de conducir. Lo sé. Lo sé.

—Solo estaba deseando dejar todo esto atrás. Podría irme de la ciudad y encontrar un trabajo lejos de mis padres.

Me miró con tanta paciencia y afecto que me sentí como su reina en su regazo.

—¿Dónde? —pregunté.

Se encogió de hombros. —A cualquier parte. Solo con tal de no tener que lidiar con ellos nunca más.

Asintiendo lentamente, me recosté contra él y me relajé. No era la primera vez que hablábamos de nuestro futuro. —Sé a lo que te refieres. Me entristecerá dejar a la tía Cindy cuando me mude a la ciudad para estar con Nat, pero de ninguna manera me quedaré aquí.

—Porque no entrarías en el posgrado aquí —dijo él.

—Eso y porque estoy harta de todo. Odio los juicios. Cómo todos asumen que seré como mi madre. O incluso como mi hermana. —Le expliqué que a Natasha le dieron una droga para violarla la noche en que concibió a Grayson, pero cuando se lo contó a la policía, la desestimaron, diciendo que era igual que nuestra madre, que tenía que ser su culpa que la violaran.

—Estoy cansada del acoso de todos. —Bajé la cabeza.

—Lo siento —dijo, levantando mi rostro y besándome suavemente.

Se sentía como otra disculpa por haberme acosado alguna vez y una disculpa porque también había sufrido por culpa de otros. Ahora que me había explicado un poco más, entendía por qué había actuado como lo hizo, cambiando de amigo a acosador.

—¿Y si...? —Lo miré, maravillándome con la intensidad de sus ojos azules que nunca dejaban de hipnotizarme. Todavía tenía demasiado miedo para aceptar que estaba tan comprometido a explorar lo que fuera que estábamos haciendo—. ¿Y si nos marchamos de aquí juntos?

Deslizó su mano sobre mi muslo. —¿Como ahora mismo? ¿Un rapidito antes de mi reunión?

Me reí suavemente, besándolo de nuevo ya que estaba bastante vacío por esta zona. Las muestras de afecto en público no eran algo con lo que quisiera excederme, pero parecía privado en este lado de la gran sala. —No. No un rapidito.

—¿Irnos de Marsten juntos? —preguntó, sonriendo más ampliamente—. En realidad, ya lo había pensado.

Alcé las cejas, sin poder ocultar mi sonrisa. —¿En serio?

Asintió. —Sí. Joder, sí. He estado tratando de ser estratégico sobre dónde mudarme en términos de empleo, pero en la ciudad, tendría muchas opciones de trabajo.

La esperanza floreció en mi pecho, y dejé que se asentara y se extendiera por mi cuerpo. No pude resistirme a besarlo de nuevo, enmarcando su rostro y deleitándome en cómo siempre quería inclinarse hacia mi tacto.

—Será mejor que te des prisa —le dije—. No quedará bien llegar tarde a tu reunión con el decano.

Con un suspiro profundo, me soltó. Me puse de pie, pero él me abrazó por la cintura para mantenerme en su espacio mientras me

miraba. —¿Entonces te veré mañana?

—Sí. La tía Cindy me recogerá de la biblioteca. —Ella no podría venir a buscarme hasta una hora después de que terminara mi última clase, y quería asegurarme de que Eli tuviera tiempo para manejar sus asuntos sin preocuparse por hacer tiempo para mí. Tenía mucho en su plato.

Se puso de pie, besándome una vez más antes de que nos separáramos.

Agarré mi bolso y me colgué la correa al hombro, deseando que las cosas no tuvieran que ser tan difíciles. Tan complicadas. Ambos estábamos tan cerca de avanzar hacia un nuevo futuro, y no era justo que la vida tuviera que ser un desafío tan grande. Después de tanto tiempo queriendo encajar con alguien, queriendo estar con alguien que me cuidara y me apreciara, lo perdería al final. No era fácil verlo sufrir, pero sabía que no había nada que pudiera hacer.

Cuando miré hacia arriba, vi a Preston observándome desde el otro lado del área con mesas.

Me fulminó con la mirada, entrecerrando los ojos mientras se quedaba allí como un halcón a la distancia.

Esta vez, solo observaba.

Recientemente, había aumentado sus burlas y provocaciones cada vez que pasaba a mi lado o me veía en clase.

Con él, mi antiguo mantra para lidiar con acosadores seguía aplicándose.

Ignorar. Evitar.

Y lo hice. Incluso con el aumento de sus insultos llamándome zorra.

Esta era una gran parte de por qué no quería ser tan pública con Eli. Mantener nuestra relación en secreto ayudaría a reducir las críticas de todos por estar finalmente con alguien. No era asunto de nadie

con quién estaba o qué hacía con Eli, pero sabía que la gente hablaría.

Preston lo hacía. Pero lo ignoré todo lo que pude.

Caminó detrás de mí hacia mi siguiente clase, una en la que él también estaba.

Durante toda la conferencia, sentí su atención sobre mí.

Después, continuó con ello, acechando cerca mientras caminaba hacia la biblioteca. Su mirada seguía siempre presente en mi espalda.

No importaba cuán rápido intentara llegar a la biblioteca, sentía su presencia demasiado cerca para mi comodidad.

No solo me observaba. Me perseguía. Me estaba cazando.

Echando a correr cuando llegué al camino que se curvaba hacia la biblioteca donde podría esperar a la tía Cindy, me atreví a mirar por encima del hombro.

Corría. Ahora que había notado que lo había visto, cargaba tras de mí, claramente persiguiéndome.

Aceleré, pero resbalé en un tramo viscoso de un charco dejado por una fría lluvia de primavera. Mis zapatos patinaron, y mientras caía en la hierba, él me alcanzó.

—Pequeña zorra de mierda —gruñó, agarrando mis brazos y forzándome contra los arbustos ornamentales del paisaje.

—¡Suéltame! —Luché, peleando para liberarme.

—No eres más que una maldita provocadora. —Agarró mi cuello, apretando con fuerza como si quisiera estrangularme—. No te entregas a nadie más que a ese maldito perdedor, ¿eh? —Me abofeteó la cara cuando intenté gritar.

La punzada de agonía me atravesó, irradiando calor por mi mejilla. Esta vez, el dolor no se sentía bien. El dolor no daba paso a una oleada de endorfinas ni me hacía sentir placer. La ira candente y el terror me invadieron, y traté de no paralizarme por el pánico bajo su ataque.

—No te entregas a nadie más que al jodido Young —gruñó, claramente delirante y enfadado mientras arañaba mi ropa, intentando bajarme los pantalones a la fuerza.

—¡Para! Quítate de encima...

Silenció mis gritos con otra fuerte bofetada en la cara. Esta fue tan dura, tan aguda, que me dejó sin aliento.

—¡Ayuda!

Nada de lo que dije o hice lo detuvo. Estaba enloquecido, frenético por quitarme la ropa para poder violarme, pero el pensamiento de que alguien que no fuera Eli me tocara me empujó a luchar con más fuerza. Y más fuerza.

Mientras luchaba por mantenerme contra la pared, dejé que toda mi furia se convirtiera en una energía ardiente y burbujeante. Temblé, apretando los dientes y forzando mi brazo hacia arriba entre nosotros para poder empujar mi palma contra su nariz con todas mis fuerzas.

—¡Ahh! —Se echó hacia atrás, llevando la mano a su nariz mientras la sangre brotaba a chorros.

No esperé.

No me detuve.

Sin mirar atrás a mi acosador, el que intentó hacerme más daño que con palabras y bromas crueles, salí corriendo. La desesperación me impulsaba. Por primera vez, no podía ignorarlo ni evitarlo. Esto era luchar o huir. Ahora que había luchado para liberarme, era hora de

escapar hasta que pudiera sentirme segura de nuevo, algo solo posible en los brazos de Eli.

22

ELI

Mi reunión con el decano fue más o menos como esperaba. Era fan mío... o lo era. El profesor Ulbrich era un amante del fútbol, lo que tranquilizó mi mente y calmó mis nervios cuando comenzó a hablarme de eso, antes que nada.

Pero luego fue al grano.

Con un profundo suspiro, sacudió la cabeza y abrió la boca para comenzar. Entonces se detuvo, frunciendo el ceño. —¿No quieres que tus padres estén presentes en esta reunión?

Ni de coña.

Me sorprendió que aún no hubieran sido informados. —No, gracias. Estoy bien —. Decirle que *no* quería que supieran sobre mis problemas probablemente sería malo, así que no ofrecí nada más sobre ese asunto.

—Seré honesto contigo. No es la primera vez que el señor West intenta interferir en situaciones como estas —. Bajó la mirada hacia los papeles frente a él en su escritorio—. No estoy diciendo que sea malo que personalmente intente gobernar la aceptación o el rechazo de ciertos estudiantes, pero hace tiempo que pienso que trata de

controlar las cosas según lo que él considera adecuado —. Frunció los labios—. Y esto queda entre tú y yo, Eli.

Asentí. Sabía cómo mantener la boca cerrada.

—Su solicitud de expulsión inmediata parece extrema.

No hablé. No podía moverme. Conteniendo la respiración y esperando a que dijera algo después de eso, lo miré fijamente y recé para que no pudiera ver que estaba sudando la gota gorda.

—Viendo que has sido un buen estudiante sin otras marcas por mala conducta, me atrevería a decir que su solicitud es absurda.

Exhalé un largo suspiro por la nariz, obligando a mi corazón a desacelerarse con esas palabras.

—Sin embargo.

Ah, mierda. Me tensé de nuevo.

—Era un vehículo caro el que dañaste, estabas intoxicado...

—Nadie puede probar eso —. Aclaré mi garganta—. No estoy poniendo excusas, pero nadie puede probar que estuviera intoxicado.

Asintió. —Claro. Eso es cierto. No se usó alcoholímetro. Tampoco se llamó a la policía. No hay ningún rastro oficial de las fuerzas del orden sobre su coche esa noche. Pero seré franco contigo, Eli. Cuando se trata de tu palabra contra la suya...

Me froté la cara y solté un largo suspiro.

—Ya ves a lo que me refiero.

—Sí, lo entiendo.

—El señor West tiene mucho poder aquí, y está acostumbrado a conseguir lo que quiere. Así que si está decidido a conseguir que te

expulsen, probablemente no hay nada que puedas hacer al respecto. Ni yo tampoco —. Levantó las manos como si fuera inocente.

—¿No hay *nada* que pueda hacer? —Me humedecí los labios, odiando sonar desesperado—. Solo necesito graduarme. Para conseguir un trabajo y devolver la beca que él revocará.

—Bueno, eso aún no está decidido. Una cosa a la vez.

—Lo sé. Pero me preocupa no poder graduarme para poder ganar el dinero para devolverlo.

—Comprendo. Y no es mi decisión. Será un comité quien decida, y se completará una revisión. Todo lo que sugiero es que no pienses que todo ha terminado todavía —. Levantó las cejas hacia mí—. También sobra decir que *realmente* deberías comportarte de la mejor manera posible hasta el final del semestre.

—Sí. Absolutamente —. Desde luego no me acercaría a Preston ni a sus fiestas otra vez. Las únicas cosas en las que quería centrarme eran en aprobar mis clases y pasar tanto tiempo con Haley como pudiera antes de que ella se fuera. O cuando *nos* fuéramos. Esa discusión no había terminado.

Después de salir de la oficina del decano, saqué mi teléfono para enviarle un mensaje y ver cuándo podríamos hablar de nuevo.

Finn se apresuró hacia mí por el pasillo, y fruncí el ceño ante su expresión de pánico.

—¿Qué sucede?

—Haley —. Se detuvo derrapando, agarrándome del brazo superior casi para detenerse y asegurarse de que tenía mi atención. Recuperando el aliento, sacudió la cabeza—. Ella...

—¿Qué?

Tragó con dificultad, luego me instó a apresurarme con él por el camino del que había venido. —Davina la vio corriendo por el

estacionamiento y se preocupó. Vio que parecía asustada y cuando la detuvo, Haley le dijo que Preston...

Lo miré fijamente, rogándole que no dijera mi peor temor. —¿Qué diablos hizo? —Lo detuve mientras el miedo y la rabia crecían dentro de mí—. ¿Qué hizo ese imbécil?

—No lo hizo. Ella escapó, pero está asustada y parece que él la golpeó. Dijo que la acorraló, y ella se defendió pero huyó.

Estás muerto, Preston. Estás muerto*.*

Corriendo más rápido, juré que acabaría con su vida por atreverse a tocarla. Por querer hacerle daño. Ambos habíamos estado tratando de evitarlo a toda costa. No lo había visto acosándola directamente, pero dudaba que eso significara que se había detenido cuando yo no estaba cerca. Había notado su atención sobre nosotros.

—Davina me envió un mensaje y le dije que la llevara a nuestra habitación. A la residencia. Porque estaba demasiado asustada y aún no tenía transporte para ir a su casa.

Asentí, corriendo con él el resto del camino hacia la residencia. Lo único que me mantenía cuerdo era el recordatorio que me forzaba a mí mismo de que ella estaba bien. Que estaba a salvo y sin daños.

Estaba en la residencia. Nadie podía entrar a mi habitación.

No estaba sola. Davina estaba con ella.

Preston no...

Un gruñido de ira surgió dentro de mí ante el pensamiento de que él la violara. De que la tocara en absoluto.

Subí corriendo las escaleras con Finn. Como un loco, corrí hasta nuestro piso, me precipité por el pasillo y me detuve en nuestra puerta. —¿Haley? —Golpeé con el puño—. ¿Davina? —Más golpes.

No esperaron para responder. Davina abrió la puerta, y Haley no me dio tiempo suficiente para entrar completamente en la habitación

antes de lanzarse a mis brazos, saltando para abrazarme.

Se abalanzó sobre mí tan rápido que no tuve tiempo de verla bien. Pero en el primer segundo que la tuve en mi abrazo, sintiendo su suave cabello castaño contra mi cara, cerré los ojos y saboreé la sensación de tenerla conmigo.

A salvo.

Mía.

Nunca de Preston.

Una vez más, la furia escaló. Nunca había estado más enfurecido en mi vida.

—¿Qué hizo? —Retrocedí, acunando su rostro mientras me alejaba. Era imposible dejarla ir, pero tenía que mirar en sus profundos ojos verdes y ver por mí mismo que estaba bien.

—Os dejaremos solos —dijo Finn, saliendo con Davina y dándonos privacidad.

Haley me miró con ojos de alarma muy abiertos. Pero su pánico se desvaneció. Lo vi mientras se calmaba en mis brazos.

—Vino por mí. Me estaba siguiendo antes y después de mi última clase, y cuando caminé a la biblioteca, me acorraló y...

Cuando intentó bajar la cabeza de nuevo, la insté a mirarme. —Por favor —. Me estaba destruyendo por dentro que ella hubiera sufrido o tenido miedo de él. Ahora que habíamos encontrado esta conexión profunda a la que ninguno quería renunciar, no podía soportar la idea de que ella estuviera sufriendo o avergonzada.

—Me atacó y trató de...

Apreté los dientes, perdiendo el control sobre mi ira.

—Me llamó puta.

Pero eso no era nada diferente de lo que había escuchado antes. Había desarrollado resistencia a eso.

—Y estaba enojado porque me había entregado a ti pero no a él.

La solté y retrocedí, caminando de un lado a otro. Estaba al borde en este momento, tan cerca de ceder al impulso de matarlo.

—Intentará usarte para atacarme, manipulándonos a ambos, pero cuando ve que tú y yo tenemos algo real, ¿se pone celoso e intenta, qué, alejarte de mí? —Era ridículo, pero mientras lo decía, ella asintió, pareciendo creerlo.

—Sabemos que es malvado.

—Y también va a pagar.

Ella se acercó, perdiendo parte de esa expresión temblorosa y poniéndose más firme. —Eli. No. No...

—Te prometo, Haley, que le haré pagar por esto —. Mirándola de nuevo, me aseguré de no haber pasado por alto nada de lo que era fácilmente visible en su piel. Lo noté todo, los moretones y las zonas rojas e hinchadas donde debió haberla agarrado—. Me vengaré.

—No. No lo hagas. Eli, no por mí.

Gruñí y pasé mis manos por mi cabello. —¿No por ti? ¿Cómo puedes decir eso?

—Porque no quiero que te metas en más problemas por mi culpa.

—Haley...

Ella eliminó la distancia entre nosotros. Tan pronto como se estiró para agarrar la parte posterior de mi cabeza, me jaló hacia abajo para encontrarnos en el medio.

Luego aplastó sus dulces labios contra los míos, distrayéndome de decir otra palabra.

23

HALEY

Preston estaba equivocado.

No me "entregué" a Eli.

Puse todo mi corazón en juego cuando se trataba de este hombre atormentado.

No soportaba la idea de que este alma valiente fuera tras Preston. No lo permitiría.

Eli ya estaba en una situación muy delicada por culpa de la familia West. Su futuro estaba amenazado. Si fuera tras Preston y lo golpeara, tal vez intentara matarlo, solo se metería en más y más problemas.

Gruñó contra mis labios, devolviéndome el beso inmediatamente. Aunque no parecía haber terminado de hablar, respondió como siempre: con brutales roces de su boca sobre la mía, su exigente lengua deslizándose dentro de mi boca y sus manos aferrándose con fuerza a mis costados.

No podía permitir que se dejara llevar por el deseo de venganza o de vengarme. Ya tenía suficientes problemas en su vida. Siempre los había tenido. Sus padres, la dislexia y sentirse tan poco amado y no

deseado que había tratado de ser popular y acosarme. No era una excusa, y todavía me faltaba un camino para perdonarlo.

Me importaba demasiado como para querer que arriesgara más problemas en su vida. No cuando podía mirarme y verme, sabiendo que yo estaba bien ahora que él estaba aquí conmigo. Ahora que estaba a mi lado, siendo el ancla en la que necesitaba apoyarme, podría superar el pánico y el miedo de que Preston me acorralara como lo había hecho.

—Haley —susurró contra mis labios después de romper el beso. Manteniendo una mano envuelta alrededor de mi espalda y sujetando la parte posterior de mi cuello para mantenerme cerca, suspiró antes de besarme de nuevo—. Sé que estás tratando de distraerme.

—¿Está funcionando? —le provoqué, alcanzando el dobladillo de su camiseta.

—En otras circunstancias, sí. Pero no puedo simplemente dejar que se salga con la suya después de tocarte y...

—Entonces bórralo —le imploré con una mirada necesitada—. Borra cada rastro de lo que hizo o intentó hacer. Haz que yo lo olvide. Distráeme, Eli.

Gruñó, inclinándose para presionar su boca sobre la mía mientras alcanzaba el dobladillo de mi camiseta.

—Tócame, Eli —supliqué.

En respuesta, tiró de mi camiseta para quitarla. Mientras trabajaba en quitarme el sujetador, lo mantuve cerca para seguir besándonos, deslizando mi lengua junto a la suya hasta que pude chuparla y hacer que gruñera de placer.

No era la única a la que le gustaba un poco rudo.

Me desnudó, extendiendo sus dedos mientras frotaba sus manos por mi espalda, aplastándome contra su pecho.

A pesar del horror de antes, ahora me ahogaba en deseo. Antes, Preston era quien se había atrevido a intentar acorralarme. Ahora, Eli era el único en quien podía concentrarme. El único cuya atención y toque me consumían.

Mi sexo ya estaba húmedo, palpitando con la sangre que fluía allí. Con cada roce de la camiseta de Eli sobre mi pecho desnudo, mis pezones se endurecían aún más, tan sensibles a la caricia abrasiva contra la pared dura como una roca que era su pecho. La oleada de lujuria desde mis pechos conectaba directamente con el lugar donde necesitaba que me llenara con su gruesa verga.

—Distráeme —supliqué.

Asintió, levantando sus labios húmedos de los míos mientras me empujaba hacia su cama. Nunca había pasado mucho tiempo en su habitación antes, y ahora tampoco era el momento de examinarla. Todo lo que importaba era dejar que todos mis sentidos estuvieran completamente en sintonía con él.

El áspero roce de sus manos callosas mientras acariciaba mi espalda. Cada movimiento ascendente de sus manos me hacía arquearme hacia él, y cada movimiento descendente terminaba con sus dedos rozando la cintura de mis vaqueros y bragas.

Mientras nos besábamos y él me empujaba hacia su cama, rodeó mi cintura para desabrochar mis vaqueros. Tironeé de su camiseta, y él se la quitó. Empujó el resto de mi ropa hacia abajo, mis vaqueros y bragas empapadas de excitación cayendo al suelo. Fue una danza frenética y torpe de desnudarnos, pero nos llevó juntos a su cama. Ni una sola vez permanecimos separados por mucho tiempo. Besándonos y manoseándonos, caímos juntos.

—Fóllame —le dije, atreviéndome a ser mucho más exigente.

—¿Crees que estás lista para mí? —preguntó, acostándose sobre mí pero ligeramente hacia un lado mientras bajaba su mano entre mis

piernas—. ¿Crees que estás lo suficientemente mojada para recibirme?

Asentí, mirándolo y deseando que se diera prisa.

No lo hizo.

Después de acariciar bruscamente con sus dedos mi entrada resbaladiza de arriba abajo, golpeó mi sexo. Bajando sus dedos sobre mi entrada, azotó mi monte.

Grité, tan sensible allí para él ya. Las palmadas picaban, pero el placer posterior me empujaba más cerca del clímax. —Oh, joder — gemí, arqueándome hacia su toque.

—¿Crees que puedes soportarlo? —dijo, casi burlándose perversamente de mí mientras me empujaba cerca de mi límite de dolor.

—Quiero hacerlo. Te quiero a ti, Eli.

Y quería el dolor.

No necesitaba nada delicado o dulce.

Nada en mi vida había sido color de rosa o suave. Endurecí mi corazón ante las crueldades del mundo hace mucho tiempo. Pero se necesitaba el toque firme y áspero de Eli para hacerme quebrar y astillarme de placer ahora.

Él lo sabía.

Me entendía.

Ambos habíamos sufrido tanto. Él no había sido amado y yo había sido acosada.

En el segundo en que clavó su larga verga en mí en una sola embestida larga y firme, estábamos juntos no en el sufrimiento o dolor, sino en el placer.

—Lo tomas —dijo, respirando con dificultad mientras comenzaba un ritmo implacable, profundo dentro de mí, echándose hacia atrás y llenándome completamente una y otra vez.

Asentí débilmente, demasiado perdida en el deseo para pensar o hablar. Casi estaba allí, casi cayendo por el borde del pináculo.

—Lo tomas todo para mí, Haley —gruñó—. Y yo estaré aquí para ti...

Grité de nuevo, más fuerte, cuando bajó sus dedos a mi clítoris y frotó con fuerza hasta que tuve el orgasmo más intenso que jamás había tenido.

—Tú y yo —prometió, embistiéndome dos veces más hasta que rugió su clímax. Profundamente dentro de mí, se sacudió y palpitó, inundando mi vientre con su semen caliente.

Olas de placer me atravesaron, haciéndome temblar y estremecerme entre sus brazos. Bajo el peso constante de su cuerpo duro sobre mí, cerré los ojos y saboreé el alivio de llegar al orgasmo con él tan profundamente.

Lo había logrado.

Lo había distraído, por supuesto.

Él también me había distraído a mí.

Y mientras su respiración se ralentizaba y finalmente se quedaba dormido a mi lado, sonreí y cedí a la necesidad de dejar todo esto para otro día.

Tendría que convencerlo de no ir tras Preston. Pensaríamos en un plan para sus posibilidades de graduarse. Y yo tomaría otro día como otra lección de cómo bajar completamente mi guardia y dejarlo entrar del todo.

Lo había dicho.

Tú y yo.

Quería que eso sucediera. Quería ver cómo su idea casi descabellada sobre nuestra graduación y mudarnos de Marsten juntos se hacía realidad.

Porque existía una posibilidad condenadamente fuerte de que hubiera bajado mi guardia a su alrededor lo suficiente como para que entrara en mi corazón.

Sin embargo, no importaba lo relajada que estuviera, me costaba cansarme lo suficiente para quedarme dormida.

Después de deslizarme fuera de la cama, asegurándome de no despertarlo, me duché. Él me había limpiado, como solía hacer, pero estar de pie en su ducha me dio la oportunidad de llenarme de vapor y pensar.

Regresé a la cama y revisé mi teléfono. Mi hermana me había enviado un mensaje, pero sentí la necesidad de responder a Davina primero.

Davina: *Finn y yo vamos a quedarnos en mi dormitorio esta noche.*

Sonreí, todavía encontrando gracioso que mi amiga hubiera decidido enrollarse con el amigo de Eli hoy. Finn nunca me había acosado directamente, y nunca me molestó. Aunque, por otro lado, Eli *sí* me había acosado y yo estaba en camino de perdonarlo.

Haley: *Siento haberlo echado de su habitación.*

Davina: *No hay nada por lo que disculparse. Me alegra que ambos estuviéramos allí para ayudar.*

Davina: *¿Cómo te sientes ahora?*

Haley: *Mejor.*

Sonreí a Eli mientras dormía profundamente.

Davina: *Nunca pensé que diría esto, pero tu acosador te hace bien.*

Haley: *Ex-acosador.*

Davina: *Eso es cierto.*

Davina: *¿Crees que querrás denunciar a P a la seguridad de la universidad?*

Fruncí el ceño, decidiendo dar una respuesta honesta.

Haley: *Necesito pensarlo más primero.*

Mientras estaba allí acostada, dudaba que lo hiciera. Nadie creería nunca que Preston West hizo algo así. O tal vez todos lo creerían, pero no se haría nada al respecto.

Suspiré, acurrucándome contra Eli y cerrando los ojos, preguntándome de nuevo qué me traería el día siguiente con él.

24

ELI

Haley dijo que no quería denunciar a Preston por atacarla y casi violarla. Tampoco quería que yo buscara venganza y fuera tras él.

A regañadientes, tuve que aceptarlo. Entendía por qué.

Como me dijo el decano, sería un caso de su palabra contra la de él, y todos sabíamos quién tenía más influencia en ese aspecto. Pero también tenía que respetar la insistencia de Haley de no hablar debido a lo que le sucedió a su hermana. A Natasha le dieron una droga para violarla y fue violada una noche, y nadie le creyó tampoco.

Las Feldstone no serían creídas en Marsten, y esto reiteraba cuánto esperaba que pudiéramos salir de aquí juntos para comenzar en algún lugar nuevo como pareja, lejos de las miradas indiscretas de todos en el pueblo y en el campus.

Desde que Preston atacó a Haley, me aseguré de que nunca estuviera sola. Si yo no podía estar con ella, entonces estaba Davina. O Finn. También recluté a un par de tipos decentes del equipo de fútbol para que estuvieran pendientes de ella.

También dejé de quedarme en mi dormitorio con tanta frecuencia, al menos no solo. Haley se quedaba a dormir, o yo iba a su casa cuando su tía no estaba.

—No es que ella no te apruebe —dijo Haley un día camino a clase un par de semanas después del ataque de Preston.

—Parece que sí —respondí. Todavía no olvidaba la mirada sucia que la tía Cindy me dio cuando me vio despidiéndome de Haley con un beso cerca del estacionamiento.

—Está bien, no te aprueba —Haley frunció el ceño, como si deseara poder retirarlo—. Pero es por nuestro pasado.

Asentí, odiando que fuera cierto.

—Y no aprobaría a nadie. No quiere que me involucre con alguien y luego no pueda salir del pueblo como había planeado.

Lo cual está sucediendo en cierto modo...

Haley y yo definitivamente estábamos involucrados, y ya estábamos considerando opciones para cambiar cómo nos iríamos del pueblo, es decir, ella no se marcharía sola para vivir cerca de Natasha en la ciudad, sino que *nosotros* nos iríamos juntos.

Toda la semana, había estado esperando ansiosamente noticias sobre el estado de todas las quejas que el Sr. West había presentado. Y parecía que seguiría esperando. El comité que estaba a cargo de revisar si debería ser expulsado aún no había llegado a una conclusión. Según uno de los estudiantes trabajadores que escuchó a un par de miembros del comité hablando sobre el incidente, sentían que el Sr. West estaba excediendo su poder al solicitar mi expulsión. Su problema era el hecho de que choqué ese auto fuera de la propiedad del campus. No me estaba portando mal *en* el campus universitario. Y eso era cierto.

Desafortunadamente, mis padres se enteraron de mis problemas pendientes.

No sabía si les enviaron una carta o si hackearon mis correos electrónicos de alguna manera. De una forma u otra, la universidad y el grupo de presidentes de la beca les informaron.

Como era de esperar, estaban furiosos por ello.

Y también como era de esperar, fueron muy vocales con sus opiniones.

Evité sus mensajes y no atendí sus llamadas. No tenía tiempo para lidiar con la rutina habitual de que me hablaran con menosprecio. Tenía que estudiar y esperar ansiosamente noticias sobre si sería expulsado y si tendría que devolver mi beca.

Ignorarlos y evitarlos fue probablemente mi mayor error. Cuando no pudieron llamar mi atención a través de mensajes o llamadas, escalaron apareciendo en el campus.

Me encontraron en los dormitorios de nuevo, esperando en el vestíbulo ya que no podían subir a mi piso porque los de seguridad estaban atentos desde la última vez que intentaron entrar por su cuenta.

Y en cuanto me vieron, me dije a mí mismo que sonriera y lo soportara. Que lidiara con ellos, les dejara pensar que tenían el control, y luego se irían.

—Maldita sea si tiras tu futuro por otra de esas zorras Feldstone —dijo mi padre con la barbilla levantada en el aire.

—Ella no es una...

—No importa lo que pienses de ella —dijo mi madre—. Claramente se está aprovechando de ti, y ni siquiera estás pensando con claridad para darte cuenta.

—Ella no...

—Es igual que su madre —dijo mi padre—. Y su hermana. Y arruinará tu vida si no te comportas como un hombre y piensas con

la cabeza por una vez.

—Estás condenado si te quedas con una chica como ella —mi madre intervino tan pronto como mi padre dejó de hablar. Entre los dos, no había ni un solo descanso en sus críticas.

Odiaba cómo había acosado a Haley, y estaba preparado para demostrarle cada día cuánto lo lamentaba. Le expliqué por qué lo había hecho, y aunque eso no lo excusaba, era una razón. Mis padres no tenían motivo para juzgar a Haley. Ningún motivo en absoluto. Como el resto de Marsten, se aferraban a los prejuicios y eso era todo. Eso era todo lo que harían espacio en sus mentes estrechas.

—¿Crees que te vas a juntar con una cualquiera como ella y seguirás teniendo un futuro? —exigió mi padre—. ¿Ya estás en problemas con este auto que destruiste y la amenaza de ser expulsado, y la conviertes a *ella* en una prioridad? —Flexionó su rostro, estremeciéndose como si luchara contra el impulso de abofetearme para hacerme entrar en razón.

No necesitaba su versión de la sensatez.

Sabía exactamente lo que quería y necesitaba.

Haley tenía más lugar en mi vida que ellos.

—Ni siquiera la conocen —argumenté en voz baja, completamente consciente de que nada de lo que dijera cambiaría sus mentes.

—¿Estás sugiriendo que conozcamos a tu pequeña puta...?

Levanté la mano y le di a mi madre una mirada que sugería que debería callarse inmediatamente—. No es una puta.

—Ella es...

Le di a mi padre la misma mirada dura—. Haley es una buena persona. Es generosa y cariñosa.

Mi padre apretó los puños y los levantó, como si fuera un pensamiento anhelante usarlos contra mí—. ¡Deja de pensar con tu polla, maldita sea!

Negué con la cabeza—. No lo estoy haciendo.

Cuando se trataba de Haley, estaba pensando con mi corazón. Mi alma. Todo lo que yo era.

Porque amaba a esa morena descarada que sobrevivió a mi acoso. Estaba completamente enamorado de esa chica audaz que siempre encajaría perfectamente conmigo.

Aunque ellos despotricaron y se quejaron, equivocándose al pensar que mi presencia significaba que escucharía una palabra de lo que decían, me alejé con una sonrisa en la cara.

Finalmente, al admitir esa verdad central, que amaba a Haley, me sentí más libre. Me sentí completo y capaz de superar cualquier desafío difícil como perder mi oportunidad de graduarme.

Con Haley en mi vida, sentía que podía manejar cualquier cosa que se me presentara.

Y mientras me alejaba, me preguntaba cuándo sería el momento adecuado para decírselo.

25

HALEY

Desperté demasiado tarde para ir a clases, y sabía que no podría llegar al campus.

Algo no estaba bien. Algo tenía que estar mal.

—¿Haley? —Tía Cindy golpeó en la puerta de mi habitación—. Por favor, que Eli no esté aquí —murmuró al otro lado de la puerta—. ¿Haley? ¿Eli? —Sonaron unos golpes más.

Todo lo que pude hacer fue acurrucarme en una bola y apretar los labios para no gemir fuertemente.

Estaba desarrollando un pequeño fetiche con el dolor. Me gustaba cuando Eli me presionaba. ¿Pero esto? ¿Estos calambres y náuseas absolutas? No era solo dolor. Se sentía como si me hubieran exprimido y dejado pudrir.

—¿Sí? —respondí débilmente, haciéndole saber que estaba despierta.

Abrió la puerta y entró con cuidado, como si le preocupara que Eli y yo hubiéramos roto su regla de que él no podía quedarse a dormir. Con el tiempo, estaba segura de que ella se encariñaría con él.

Quizás tendría una mejor opinión de él si se quedaba conmigo fuera de Marsten.

Pero en este momento, mientras mi estómago se rebelaba, no podía reunir la energía o la capacidad mental para pensar tan lejos.

—Oh, cariño... —Hizo una mueca al entrar en la habitación. Antes de avanzar demasiado, levantó el cuello de su camisa y se cubrió la boca y la nariz con ella, como una precaria máscara—. *Estás* enferma.

Asentí, deseando poder volver atrás en el tiempo y sentirme como anoche en lugar de esta miseria con la que estaba despertando. Anoche, me sentía solo un poco mal. Mareada, pero lo suficientemente estable para moverme y manejar lo necesario. Esta mañana, sentía que vomitaría si me sentaba erguida.

—Hay tantas cosas circulando ahora mismo —dijo con simpatía—. La mitad del personal de la guardería está enfermo.

Lo creía.

—Al menos estás pasando por esto ahora, en lugar de cerca de la graduación.

Asentí. —Y de los exámenes finales.

—Sí. —Bajó su improvisada máscara de camisa e hizo un puchero—. Solo venía a ver si todavía ibas a ir a clases hoy. No escuché el agua corriendo para una ducha y me preocupé un poco.

—No hay necesidad de preocuparse —le dije. Odiaba incomodarla o hacerla preocuparse en absoluto—. Es como dijiste, solo uno de esos virus que están circulando.

Dando un paso atrás, dudó en dejarme así. —Seguro. Necesito irme, pero tal vez eso es todo lo que necesitas, paz y tranquilidad para relajarte y tomarlo con calma.

—Creo que tomarlo con calma sería lo mejor. —Esa admisión era quedarse corta. No podía imaginarme levantándome de la cama en absoluto. No tenía energía. Toda estaba siendo consumida por este virus estomacal.

—No es como si faltar a un par de clases dañara tu calificación. —Sonrió suavemente con ese elogio.

—Lo sé. —Estaba tan cerca del final del semestre que era un camino fácil hasta el final para mí. Odiaba que no fuera lo mismo para Eli. Él todavía estaba tratando de prepararse para el final del semestre y asegurarse de que sus calificaciones se mantuvieran.

—Un día en cama es lo que necesitas, así que supongo que me iré al trabajo. Avísame si necesitas algo, ¿de acuerdo? —Me observó desde la puerta y parecía incómoda por dejarme.

—Gracias, tía Cindy. Lo haré.

Aun así, dudó. —Tenemos sopa para calentar. Galletas. También algunas paletas heladas.

—Veré qué puedo hacer. —La idea de comer me desagradaba por completo. Mi apetito simplemente no estaba. De hecho, el pensamiento de poner algo en mi boca casi me daba ganas de vomitar.

Después de que se fue, no pude escapar de la posibilidad de que la sopa de pollo con fideos no ayudaría esta vez.

Mientras yacía allí, deseando que mi estómago se calmara, hice un balance de qué más estaba mal con mi cuerpo. No me sentía febril. No estaba congestionada. Solo agotada hasta los huesos y con náuseas.

¿Y si esto no es algún virus estomacal que está circulando?

Aunque la pregunta era una que podría inducir pánico, no estaba enloqueciendo ante la idea de que me sentía así porque estaba...

¿Embarazada?

Me acerqué al borde de la cama, cerrando los ojos con fuerza mientras otra ola de náuseas me invadía.

—No puedo estarlo —susurré para mí misma, como si decirlo en voz alta lo cambiaría.

Tomaba la píldora. Había empezado a tomar la píldora desde que tenía dieciséis años, cuando vi cómo la vida de Natasha había cambiado cuando se enteró de que esperaba un bebé. Para evitar tener un bebé demasiado pronto —porque sí quería una familia— era religiosa con tomar mi anticonceptivo a tiempo. Todos los días. A la misma hora. Sin excusas.

No tenía sentido que pudiera estar embarazada cuando tomaba precauciones que raramente fallaban. Sí, *podrían* fallar, pero eso era algo fuera de mi control. Hice lo que pude para asegurarme de romper la historia con las mujeres de mi familia.

No me acostaba con cualquiera como lo había hecho mi madre. Solo había perdido mi virginidad con Eli hace unas semanas.

No me drogaron y se aprovecharon de mí como le pasó a mi hermana. Fui lo suficientemente "afortunada" como para que cuando alguien planeaba violarme, estuviera consciente y capaz de luchar físicamente y escapar.

—No. No puedo estarlo —murmuré para mí misma mientras trataba de estabilizar mi respiración.

No funcionó. Casi como si mi cuerpo quisiera burlarse de mí, las ganas de vomitar eran demasiado fuertes para superarlas. Corrí al baño y vacié mi estómago, y más, sintiéndome débil y más agotada que antes.

Perdí la noción del tiempo mientras estaba sentada en el suelo del baño, casi abrazando el inodoro. Una vez que me sentí lo

suficientemente fuerte para moverme, me arrastré a la ducha y me vaporicé hasta que pude sentirme ligeramente humana de nuevo.

Y sin embargo, nada más me molestaba. Había estado enferma antes. El año pasado, tuve un horrible virus similar a la gripe, y había toda una lista de síntomas. Esto era demasiado diferente para confiar en ello.

Después de salir de la ducha, conecté mi teléfono muerto y me vestí para caminar al pueblo. No sería un paseo enérgico, pero en el segundo en que salí y el fresco aire primaveral tocó mi rostro, me sentí marginalmente mejor. El frío del aire me calmó, y yendo al mejor ritmo que pude, me dirigí al pueblo para conseguir una prueba de embarazo.

Tenía que saber.

Bailar alrededor de los "qué pasaría si" nunca ayudó a nadie. No quería debatir lo que era improbable versus imposible. Sería mejor simplemente saberlo.

Una vez que llegué a la farmacia, compré la primera prueba que pude encontrar. Luego, porque realmente no quería esperar todo el camino a casa, me hice la prueba en el baño y cuidadosamente la envolví para guardarla en mi bolsillo durante el camino de regreso a casa.

Era como llevar una bomba de tiempo conmigo. La agonía de preocuparme y preguntarme me carcomía hasta que, a mitad de camino, tuve que saber. Tuve que mirar.

—Allá vamos —susurré.

Saqué la delgada varilla de mi bolsillo y miré.

Entonces mi corazón se hundió y se aceleró de nuevo en mi pecho.

Embarazada.

Tragué saliva, mirando fijamente la marca de cruz rosa en la pequeña ventana.

Embarazada.

No había conjeturas. No había signos de interrogación. El indicador apareció claro y brillante, pronunciando el hecho de que mi vida cambiaría para siempre. Ya no era solo *mi* vida. Ya no era solo *yo*, Haley, una estudiante a punto de graduarse de la universidad, una joven preparándose para mudarse a la ciudad y alistarse para el trabajo de posgrado para ser maestra de niños con retrasos en el habla como los que tenía mi sobrino.

Sería Haley la madre. La cuidadora de una nueva vida. La madre de un bebé.

Caminé de nuevo, aturdida y asombrada por esta noticia, noticias que no podía entender completamente que estuvieran sucediendo.

¡Tomaba la píldora!

¡*Apenas* había perdido mi virginidad en el último mes!

Claro, solo se necesitaba una vez, y sí, esa píldora tenía una pequeña posibilidad de no funcionar. Pero que esto me sucediera a mí...

Traté de darle sentido al mismo tiempo que trataba de aceptarlo. Hacer planes y tener una estrategia vendrían después, pero estaba demasiado abrumada con la enormidad de esta revelación para pensar con claridad.

Y cuando me acerqué a la casa y vi un coche estacionado en la entrada, perdí por completo la capacidad de ser racional.

No de nuevo.

No ahora.

No tú*.*

La última vez que vi al Sr. y la Sra. Young, les dije que se fueran de mi propiedad, que no eran bienvenidos. Aunque esta vez solo estaba la madre de Eli de pie en la puerta principal, con las manos en las caderas, y no ambos padres, mi decreto seguía en pie.

No eran bienvenidos aquí. Nunca lo serían con la forma en que trataban a su hijo. Sin importar cómo me habían menospreciado, no tendría espacio para ellos en mi vida si maltrataban a Eli.

Y ahora...

Este momento se sentía extra cargado con el hecho de que llevaba a su nieto.

Continué caminando hacia la casa, buscando una idea de cómo manejar esta situación. Ella tenía que irse, y cuanto antes, mejor. Porque con la bomba de shock en mi bolsillo, necesitaba tiempo para pensar y aceptar esta realidad de que podía estar tan maldita y bendecida con esta nueva vida creciendo dentro de mí.

—Ahí estás. —La Sra. Young se dio la vuelta para enfrentarme, alertada de mi presencia cuando pisé la grava del camino de entrada.

—No la quiero aquí. —No fue educado, pero era cierto. Tenía que mantenerme firme.

—Lo mismo digo, pequeña zorra. No te quiero aquí para arruinar la vida de mi hijo. Te quiero fuera de su vida. —Cruzó los brazos, sin moverse y bloqueándome el paso para subir los escalones hacia la puerta principal.

—Por favor, muévase. Y váyase. —Subí los escalones, evitando tocarla, pero con lo estrechos que eran los escalones, casi la rocé y sobrecompensé, extendiendo mi brazo hacia el otro lado para mantener el equilibrio.

Mover mi brazo así hizo que la prueba se cayera de mi bolsillo. Golpeó el escalón de concreto, luego rebotó una vez, luego dos

veces.

Y por supuesto, ella lo notó.

—Tú... Estás... ¡*No*! —Pateó la prueba, y yo me apresuré a agarrarla.

—¿Estás *embarazada*? —Lo chilló mientras yo agarraba el palito de plástico y me apresuraba a girar hacia la puerta. No me importaba si ella despotricaba y se lamentaba, si enloquecía y actuaba como un monstruo. Me apresuré con la urgencia de luchar o huir. Si ella iba a ser más una amenaza e intentar lastimarme con algo más que golpes verbales, no me quedaría allí para recibirlo. Y no tenía idea de si perdería la cabeza para atacarme. El Sr. Young no lo pensó dos veces antes de levantar los puños. Esta mujer estaba enloqueciendo, gritando que yo era una sucia zorra que estaba arruinando la vida de su hijo.

Desesperadamente, abrí la cerradura, lista para entrar corriendo y dejarla gritando afuera.

Pero ella fue demasiado rápida. Al meter su pie cerca de la puerta, evitó que la cerrara y la bloqueara.

Aun así, tenía que retirarme. No podía decir si era por mi propio sentido de supervivencia o si estaba más a la defensiva porque tenía un pequeño bebé para proteger dentro de mí. Pero no iba a acercarme a esta mujer volátil.

—¡Aléjate de mi hijo de una vez por todas!

No respondí. No sacudí la cabeza ni hablé. Nada. Ella no escucharía, y si dijera algo y me involucrara con ella, la haría gritar y pelear más.

—Estás arruinando su vida. Si eres lo suficientemente egoísta como para quedarte con él, no serás más que una carga para él. Nada más que una distracción que no necesita.

No. Eso no era cierto. No era egoísta quererlo, desear una vida con él. Durante tantos años, lo ignoré y evité, sin acercarme a él en absoluto. Ahora, era tan diferente, y mucho mejor.

¿Pero es egoísta?

Ella estaba llegando a mí, casi sonando como una madre que solo quería lo mejor para su hijo. Sin embargo, sabía que eso no era cierto. Si le importara, no lo habría maltratado durante tanto tiempo. Lo habría amado.

—No soy egoísta...

—¡Lo eres! —Me acechó, respirando tan fuerte y agresivamente—. Lo atraparías con un bebé. Es tan joven, ¿y tú lo atraparías con un bebé y terminarías con su futuro? —Levantó sus manos, sacudiéndolas como si necesitara temblar antes de explotar.

—Igual que tu zorra hermana. Ella quedó embarazada siendo adolescente y al menos tuvo la inteligencia de perderse y salir del pueblo. Incluso ella no fue egoísta.

—Eso no es cierto. —Una lágrima caliente rodó por mi cara. Odiaba que la gente juzgara a Nat así, y detestaba que esta mujer pudiera despreciarme tanto sin siquiera conocer una sola cosa sobre mí.

Pero sus palabras golpearon duro y profundo. Se festejaron.

A pesar de cada pensamiento de amor que tenía por Eli, no podía evitar preocuparme de que hubiéramos sido tan estúpidos al pensar que podríamos durar. Que contra las pruebas de la realidad, nos mantendríamos juntos.

¿Cómo podríamos? ¿Cómo podía creer que resistiríamos juntos los desafíos de la vida cuando todavía tenía demasiado miedo de decirle que lo amaba? Cuando me preguntaba y estresaba sobre si él sentía lo mismo por mí.

El amor era la base para comenzar una familia, para construir un futuro real juntos.

Con las crueles palabras de su madre, tuve que estremecerme ante esta perspectiva externa.

¿Y si ella tenía razón?

¿Y si iba a arruinar la vida de Eli y retenerlo de un futuro exitoso con un bebé en camino?

26

ELI

Esto no está bien.

Haley no vino a su primera clase. Davina me respondió por mensaje que tampoco estaba en su segunda clase. Consulté con Finn y con mis amigos del equipo de fútbol también.

Haley no había venido a la escuela hoy.

Cuando terminé mi examen en el laboratorio, salí temprano para revisar la biblioteca. Luego también la cafetería.

No estaba en el campus en absoluto, y eso me preocupaba.

No era una señal de lo posesivo que me había vuelto. Y demonios, tal vez me estaba apegando demasiado a ella. Eso debía ser común cuando dos personas estaban enamoradas. La amaba y me preguntaba cuándo tendríamos un momento tranquilo para hablar de eso, donde pudiera expresarle esos sentimientos y asegurarme de que me creyera. Mi pasado acosándola siempre estaría entre nosotros. Sentía que haría bien en esforzarme al máximo para mostrarle, decirle y demostrarle lo profundamente que tenía mi corazón. Por el resto de mi vida, compensaría mi estúpida idiotez de haberla tratado como una marginada.

Pero no iba a poder trabajar en esa cruzada hoy.

No si ella no estaba aquí.

—Tal vez solo necesitaba un día para relajarse —dijo Finn cuando me encontró después de que revisara la biblioteca y la cafetería.

—Si fuera así, me lo habría dicho —argumenté, mostrándole mi teléfono con múltiples mensajes sin leer.

—Tío. Estás encima de ella.

—No. —Negué con la cabeza—. No es eso. Nos mandamos mensajes sin parar. Nunca está fuera de contacto. Esto no es una estupidez de control o lo que sea que estés insinuando.

—Pero quizás sea eso. Ustedes siempre están juntos. Podría ser asfixiante, ¿no?

Negué con la cabeza más fuerte.

—No. No así. Yo... —Suspiré, odiando no poder saber si ella estaba bien—. No me gusta esto. Después de aquel día en que Preston...

—Lo sé. —Me dio una palmada en la espalda—. Preocuparse después de eso es totalmente comprensible. Pero sabemos que él no se va a acercar a ella. Todos te hemos estado ayudando a vigilarla. Y Preston ni siquiera está aquí. Ha estado publicando sobre su viaje a las Bahamas toda la semana.

Sabía eso, y ayudaba. Pero seguía preocupándome por ella. No podía dejar de pensar en los peores escenarios porque así era cuánto me importaba. Cuánto necesitaba saber que ella estaría ahí para mí y esperando a que yo la cuidara.

—Simplemente no me siento bien con esto —admití—. Si algo está mal. Si algo pasó...

Exhaló un largo suspiro. No era un suspiro de exasperación sino algo más parecido a lástima. O simpatía.

—Te vas a volver loco si sigues así. —Después de hurgar en su bolsillo, extendió su brazo hacia mí, ofreciéndome sus llaves—. Solo ve. Toma mi coche y ve allá. Tener tranquilidad es mejor que volverse loco y obsesionarse con por qué ella podría haber querido un día libre de la escuela.

Sonreí por primera vez hoy. Tomando las llaves, le di una palmada en la espalda.

—Gracias, amigo. Te debo una.

—Ve mientras tienes un descanso antes de otra clase.

Asentí, saliendo a trote hacia el estacionamiento.

No conducía a menudo ya que no tenía coche, pero algunas cosas nunca cambian. Como andar en bicicleta. Sin embargo, mientras conducía hacia la casa de Haley, intenté resistir el impulso de ir demasiado rápido. La impaciencia era una maldición en un momento como este, pero sabía que era mejor no actuar como un conductor imprudente. Todavía tenía suerte de que el Sr. West no estuviera tratando de involucrar a la policía por haber dañado su coche en su entrada. Pero no necesitaba probar mi suerte de ninguna otra manera.

Tan pronto como llegué a la carretera que conducía a la casa de Haley, vi el problema.

—Mierda. —Agarré el volante con más fuerza, furioso de que se atrevieran a venir aquí y molestarla. Que mis padres se atrevieran a regresar a la casa de Cindy y Haley y molestarla de nuevo. Todavía estaba furioso de que hubieran venido en absoluto, pero esto iba demasiado lejos.

Ardiendo con la necesidad de proteger a mi chica, aparqué al lado del coche de mi madre, apagué el motor y corrí hacia la puerta principal.

No quería saber por qué tenían el valor de interferir en la vida de Haley.

No quería imaginar las estupideces que estaban diciendo.

Una cosa era que me rastrearan y vinieran a mi dormitorio para advertirme que me alejara de ella. Podía manejarlo. Podía soportarlo. Pero ni por un segundo estaba bien que se acercaran directamente a ella.

Subiendo los escalones delanteros corriendo, traté de mantener mi temperamento bajo control. Mi método habitual para tratar con mis padres era permanecer en silencio, asentir sin expresión y esperar a que se les acabara el vapor. Se rendirían para intentarlo de nuevo más tarde. Haley podría no tener esa misma mentalidad de entrar-por-un-oído-y-salir-por-el-otro.

—¿Cómo te atreves a ser tan egoísta? —chilló mi madre cuando irrumpí por la puerta principal, todavía abierta desde que mi madre debió haber llegado—. ¿Cómo te atreves a ser una pequeña zorra egoísta y atraparlo con un bebé?

Corrí hacia la sala de estar, encontrándolas de pie y enfrentándose. Haley miró a mi madre, con los ojos muy abiertos por la alarma, pero esa familiar necesidad de luchar ardía en sus ojos desafiantes. Sus labios permanecieron en una línea firme y delgada. Mi madre levantó los brazos, con los puños apretados mientras los sacudía, su postura clásica furiosa cuando pensaba que gritar y chillar le daría lo que quería. Nunca lo hacía.

Ignorando la escena y descartando la configuración de su enfrentamiento, traté de superar lo que ella había dicho.

Mi madre era la única aquí. Mi padre no estaba interviniendo para respaldarla.

Era solo ella.

Y lo que había dicho...

¿Bebé?

Parpadeé, pareciendo reaccionar en cámara lenta a pesar del ritmo frenético y rápido de mi corazón latiendo en mi pecho.

¿Bebé?

Girándome lentamente para mirar a Haley, esperé a que la comprensión se activara y se instalara en mi cerebro como un hecho.

Bebé.

Haley sostenía una prueba de embarazo en su mano.

Un bebé. Nuestro bebé.

Estaba tan aturdido que no podía respirar bien. Mi pecho se sentía demasiado apretado. Mi cabeza daba vueltas. Pero no fue el pánico lo que me invadió con esta noticia inesperada.

Era alegría.

Era emoción.

Era la emoción de saber que tenía un nuevo regalo para disfrutar y cuidar.

—¿Un bebé? —pregunté.

Ambas se giraron para mirarme. Mi madre gruñó con desdén. La boca de Haley se abrió con demasiadas emociones cruzando por su rostro. Miedo, sorpresa, alegría, alivio, fastidio. Apuesto a que no podría haber planeado compartir esta noticia conmigo así, con mi madre gritándola tan cruelmente.

No importaba cómo recibiera la noticia. El mensaje era todo lo que me importaba.

Haley estaba embarazada.

Íbamos a tener un bebé.

—Dile —dijo mi madre, hirviendo mientras la señalaba—. Dile que se deshaga de ese bebé bastardo o...

—No. —Negué con la cabeza, pasando junto a ella para acercarme a Haley.

—Deshazte de ella y de ese bastardo...

—Cállate —gruñí—. Cállate, o haré que te calles.

Esta era mi madre, la mujer que me dio a luz y debería haberme amado sin importar qué. Esta era mi progenitora, y por supuesto, merecía algún nivel elemental de respeto. Pero lo había perdido. Comenzó a perderlo hace mucho tiempo, pero esta fue la gota final.

Si abría la boca para decirme que me deshiciera de Haley o de nuestro hijo de nuevo, conocería toda la extensión de mi ira.

Una necesidad defensiva de proteger a la única persona en esta habitación que me amaba me tenía vibrando de rabia. En lugar de actuar siguiendo ese impulso oscuro de alejar a mi madre, abracé a Haley y la sostuve con fuerza.

—Eli —susurró mientras se aferraba a mí, temblando y respirando tan entrecortadamente.

La calmé, abrazándola como si mis brazos envueltos alrededor de ella significaran que no sufriría nada de nadie. La protegería para siempre. Cualquier amenaza, cualquier peligro. Todos tendrían que pasar por encima de mí para lastimarla a ella o a nuestro bebé.

—¡Eli! —rugió mi madre—. No puedes ser tan estúpido. ¡Aléjate de ella ahora mismo! ¡Lo exijo!

No me moví, frotando mi mano sobre la espalda de Haley y queriendo que se calmara ahora que yo estaba aquí.

Ella no se había quedado en casa queriendo un descanso de mí o de la escuela. No estaba durmiendo hasta tarde y teniendo un día para

ella. Estaba lidiando con esta sorpresa de que estaba embarazada, y no necesitaba a mi madre aquí acosándola.

—Vete —ordené. Esta no era mi casa para dar órdenes, pero estaba protegiendo a mi mujer. A mi hijo.

A mi familia.

La mujer furiosa que nos miraba con desprecio no era mi familia. Siempre sería la mujer que me trajo a este mundo, pero no era mi madre.

—Esto es el colmo, Eli —advirtió, cortando el aire con su brazo como si marcara una línea como límite a respetar—. Esto es el colmo. Vas a terminar con esta tontería ahora.

Que te jodan.

—Vas a dejar a esta zorra con su bastardo.

—No. No lo haré. La única que se va eres tú. A partir de este momento, ya no tienes lugar en mi vida.

—¡Soy tu madre! ¡Me respetarás y me escucharás! —Se señaló al pecho con el dedo, con los ojos desorbitados de furia.

—No. No eres más que una persona que me dio a luz. Nunca me has amado, nunca me has respetado, y nunca lo harás. Se acabó contigo. Se acabó contigo y con tu marido.

Decir esas palabras se sintió tan liberador. Tan jodidamente liberador. Liberarme de mis padres fue como deshacerme de toda una vida de las rocas más pesadas. Se desplomaron de mis hombros, y por primera vez —jamás— pude erguirme y respirar libremente. Sus expectativas ya no me encadenaban. El triste anhelo de su amor o aprobación ya no me ataba a la ansiedad.

—Se acabó —repetí, asegurándome de que viera la seriedad en mi rostro.

—Oh, ¿crees que lo sabes todo, eh? —Cruzó los brazos—. ¿Esta es la elección que crees que quieres hacer? —Señaló a Haley en mis brazos—. ¿Crees que quieres elegir estar atrapado con una zorra como ella, esperando pagar por su bebé e ir a ninguna parte con tu vida?

—No *creo* que esta sea la elección que estoy haciendo. *Es* la elección que estoy haciendo.

Elegí a Haley.

Elegí al bebé que criaríamos.

Elegí apostar a que nuestro amor duraría para siempre.

Nos elegí a *nosotros*.

27

HALEY

Eli me eligió.

Mi corazón se llenó de alivio cuando pronunció esas palabras en voz alta, con tanta confianza y sin vacilar frente a su madre.

Pero esta no era la primera vez que me elegía.

Me eligió cuando dejó de acosarme.

Me eligió cuando no siguió adelante con el reto de Preston de tomar mi virginidad en aquel baile de invierno.

Eli me eligió a *mí*, a quien nadie quería en Marsten.

Y por la forma en que me abrazaba con fuerza, sin vacilar en su postura conmigo, demostraba que me elegiría una y otra vez.

—Esto es el colmo —repitió la señora Young—. Estoy harta de ti. Puedes mudarte de ese dormitorio ahora mismo. —Levantando el mentón, lo miró con tanto desprecio y odio que no podía entender cómo podía ver así a su propia sangre. Yo apenas había descubierto hacía una hora que estaba embarazada, y ya me sentía ferozmente protectora de mi bebé y jamás, jamás trataría a mi hijo o hija con otra cosa que no fuera amor.

—Tu padre y yo firmamos el contrato del dormitorio, e iré directamente a la oficina para cancelarlo.

¡Lo estaba echando! Si necesitaba otra demostración de lo despiadada que era, aquí estaba.

¿Qué clase de madre expulsa así a su hijo?

—Bien —Eli no cedió. No retrocedió ni cambió su tono de voz en absoluto, recibiendo lo que ella le lanzaba.

—Y puedes esperar que todas tus cosas en casa estén en la acera al final de la noche. —Se inclinó hacia adelante, señalándonos—. Estás desheredado. ¿Me oyes, Eli? Ya no eres hijo mío ni de tu padre.

—Me hago una idea.

Ella resopló ante su respuesta directa. —Y si... no, no *si*, sino *cuando* tengas que devolver todos esos fondos de la beca, lo harás por tu cuenta.

—No esperaba otra cosa.

—Estás solo —gruñó.

—No, no lo estoy —suspiró él, como si fuera un alivio enorme decir eso. Realmente creía que no estaba solo, y yo me aseguraría de que nunca lo estuviera.

—Nunca volveré a estar solo. No con ella. —Me besó la parte superior de la cabeza—. No con la familia que vamos a formar.

Quería llorar. Estaba al borde de romper en gruesas lágrimas de pura alegría. Mi corazón estaba a punto de estallar con todo lo que estaba declarando ahora, y quería que ella se fuera para poder decirle lo mismo.

Él y yo.

Para siempre.

Con una última mueca de desprecio, nos lanzó a ambos una mirada asesina. Luego se dio la vuelta y salió corriendo de la casa, dejando que la puerta principal rebotara después de azotarla, con el cerrojo enganchado impidiendo que se cerrara.

—Eli...

Él me dejó para ir a cerrar la puerta y que no entrara más aire frío, pero no soltó mi mano, tirando de mí para que le acompañara. —Todo estará bien.

—Lo sé, pero... —Lo abracé con fuerza, apretándolo muy fuerte.

Sus brazos me rodearon, sin dejarme ir. Suspiró, calmándose mientras permanecíamos juntos, y sonreí contra su pecho.

—Así que... ¿un bebé, eh?

Lo miré, sonriendo. —¿Sorpresa?

Él se rio una vez, luego se inclinó para besarme. —Sí, fue una sorpresa, y no precisamente como imaginaba que lo descubriría.

Rápidamente le expliqué cómo había ido la mañana, y él escuchó con una sonrisa torcida mi asombro y maravilla de que la píldora no hubiera funcionado, que él y yo seríamos padres.

—Dicen que existe esa probabilidad del cero, cero, uno por ciento, ¿verdad?

—Sí, pero créeme, estoy más sorprendida que nadie.

Me besó de nuevo con ternura. —Eso solo significa que estaba destinado a ser. Como tú y yo. No puedo esperar para criar a nuestro hijo juntos, Haley.

—¿Aunque el momento no sea el ideal? —Hice una mueca, imaginando cómo seríamos padres jóvenes iniciando una familia y nuestras carreras en un nuevo lugar.

—No es ideal. Es perfecto. Todo contigo es perfecto. —Suspiró, retrocediendo para pasarse la mano por el pelo—. Pero hablando de tiempo, no me estaba lanzando una amenaza vana. Necesito ir al dormitorio y sacar mis cosas. Apuesto a que hará que mi padre vaya allí y tire mis mierdas.

—¿Quieres que te ayude? —Al preguntar, mi estómago se tensó y palidecí.

Él frunció el ceño. —¿Todavía no te sientes bien? —Enmarcó mi rostro, mirándome con preocupación—. ¿Náuseas matutinas?

Asentí, recordando cómo Natasha también las había sentido rápidamente. —Deberían pasar en unos meses. Espero. —Arrugué la cara.

Me besó y me llevó al sofá. —Tú relájate. Yo debería estar aquí ayudándote, reconfortándote, no preocupándome por recoger mis cosas de la acera.

—Y las traerás aquí. —Asentí una vez. Aún no le había preguntado a la tía Cindy, pero ella no era de la misma calaña que su madre. La tía Cindy comprendería. Quizás fruncería el ceño y regañaría un poco, porque era una figura paterna, pero le dejaría quedarse. No hacía falta decir que ella abriría su corazón un poco más. Quizás también se sorprendería de que yo estuviera embarazada, pero lo aceptaría. Tenía fe en que lo haría.

—Tal vez deberías preguntarle a Cindy...

—No. No te quedarás en la calle, Eli.

Suspiró, poniéndose de pie y retrocediendo. —Envíame un mensaje. Llámala y al menos pregúntale primero, y ya veremos qué hacer.

Lo resolveríamos. Resolveríamos todo.

Después de despedirme de él con un beso y acordar que hablaríamos más sobre la noticia de mi embarazo, no contacté a mi tía. En su lugar, llamé a mi hermana.

Natasha contestó al primer timbre, probablemente asustada porque nunca la llamaba durante el día laboral. —¿Qué pasa?

—Bueno, nada está *mal*, en realidad. No según mi opinión. —Me mordí el labio, nerviosa por contárselo—. ¿Tienes un segundo para hablar?

Asintió. Parecía que ya estaba caminando hacia otra habitación en su lado. —Sí. ¿Qué pasa? —preguntó de nuevo.

—Acabo de decir...

—Sé que dijiste que nada está mal, pero solo pones esa cara cuando crees que todo tu mundo se ha puesto patas arriba.

Abrí y cerré la boca. —Eres buena.

—¿Ves? Ahora déjate de rodeos y dime qué pasa. ¿Es Eli? ¿Te hizo algo?

De nuevo, abrí y cerré la boca, sin saber cómo expresarlo. Me negaba a parecer un pez. —Es más bien algo que hicimos *los dos*. —Porque, después de todo, se necesitan dos para bailar el tango.

—Algo que vosotros... —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Tú... estás...?

Me encantó que no me preguntara si él me había dejado embarazada. No sería así, y ella lo sabía. Habíamos intercambiado mensajes y llamadas. Ella era consciente de cómo estaba luchando con mis sentimientos por él, acercándome cada día más.

Esto no era algo que Eli me hubiera *hecho*, como aquel cabrón le hizo a ella cuando la drogó y la violó.

La nueva vida dentro de mí era producto del amor. Un afecto mutuo y consensuado que había echado raíces y sobrevivido a pesar de que Eli había sido mi acosador.

—Estoy embarazada.

Me miró fijamente, con la boca abierta.

—Me desperté con náuseas, y cuando me di cuenta de que solo eran náuseas, me lo pregunté. Recordé cómo te sentiste cuando lo descubriste. Así que me hice una prueba y dio positivo, y...

—¡Dios mío! —Sonrió, riendo felizmente como si no pudiera creerlo —. Deja de divagar y respira. ¡Haley! ¿Estás embarazada?

Asentí, devolviéndole la sonrisa.

—¿Y estás feliz? —preguntó.

—¡Obviamente!

Un bebé era una noticia maravillosa. Sin importar nuestras edades, sin importar las circunstancias, Nat y yo éramos iguales en eso. Amábamos a los niños, y sabía que podía contar con ella para alegrarse de esta noticia conmigo. Pero también era práctica.

—¿Qué dijo la tía Cindy? —preguntó con una mueca.

—Aún no se lo he dicho. Quería hablar contigo primero.

Se rio una vez. —Me siento honrada. Y estoy feliz por ti, hermana, pero la tía Cindy necesita saberlo...

—Lo sé. Lo sé. Se lo diré. Pero no solo te llamo por las buenas noticias.

Ella frunció el ceño. —¿Por qué? ¿Qué ocurre?

La puse al día con todo lo demás. Todo. Ya le había contado un poco sobre el reto de Eli y los problemas que podría enfrentar, pero ahora compartí todos los detalles. Cómo arriesgaba la expulsión y tener que devolver su beca. También agregué las cosas más recientes, lo que sucedió después de que la señora Young viniera a la casa y le dijera que ella y el señor Young lo estaban desheredando.

—Dios mío, está desequilibrada —respondió Nat—. Apuesto a que no puedes esperar para salir de allí.

Asentí. —Bueno, sí. Eli también. —Me humedecí los labios que se estaban secando de tanto hablar sin parar—. Tenemos que elaborar un plan, pero ambos saldremos de aquí tan pronto como nos graduemos. O supongo que tan pronto como yo me gradúe, si el señor West logra que la universidad le niegue ese honor.

—¿Qué tipo de beca obtuvo? —Acercó un bolígrafo y estaba anotando cosas mientras se sentaba en lo que parecía un comedor para el personal, con su teléfono apoyado en una mesa para la videollamada.

Se lo dije, y ella continuó con algunas preguntas más sobre Eli, como su campo de estudio, sus calificaciones y otras cosas académicas y financieras.

—Nat, ¿estás preguntando por preocupación de que estemos jodidos económicamente? —Era consciente de lo caro que era tener un bebé. Sabía a través de ella lo que era ser madre soltera. Pero yo no lo sería. Eli estaría conmigo. Me graduaría y podría conseguir un trabajo de profesora en la ciudad. Siempre había demanda allí. Y si Eli no se graduaba, conseguiría el trabajo que pudiera para ayudar a nuestra pequeña familia.

—No, no. Es solo que... —Se encogió de hombros, frunciendo el ceño ante lo que había anotado—. Es solo que podría estar conectada con alguien importante en la universidad. No directamente, pero bueno, alguien que podría conocer a alguien. Como un asunto de seis grados de separación.

—¡Oh! ¡Guau! ¿A través del trabajo? —pregunté.

—No. ¿Sí? —Parecía insegura—. Yo, eh, lo conocí en la oficina, pero... —Se encogió de hombros—. Déjame preguntar por ahí.

Ahora sentía curiosidad. Ella trabajaba en una oficina como asistente administrativa, pero estaba segura de que muchas personas importantes y clientes entraban y salían de su vida allí.

—Ten paciencia, Haley —me aconsejó—. Y fe.

La tenía. Tenía fe en el amor. Tanto en el amor que mi hermana sentía por mí y su disposición a emocionarse conmigo y querer ayudarme. En el amor que mi tía sentía por mí para acoger a Eli en nuestro hogar.

Pero, sobre todo, tenía fe en el amor que Eli me demostraba.

Era aterrador tener esperanza, pero me aferraba con fuerza al brillante destello que florecía en mi pecho.

28

ELI

Deseaba que me hubiera equivocado sobre mi padre. Cuando dejé a Haley en su casa para que llamara a su tía y descansara con esas náuseas matutinas, le dije que apostaba a que mi madre enviaría a mi padre a tirar todas mis cosas de la habitación. Estaba exagerando en parte. Pero no me equivoqué.

Él estaba allí. Para cuando salí de casa de Haley y conduje el coche de Finn de vuelta al campus, encontré a ese imbécil en mi planta, intentando hacer exactamente lo que había predicho a medias.

—Quítate de mi camino, pequeño punk —amenazó a Finn.

Mi mejor amigo estaba allí, sin temblar y desafiante mientras miraba a mi padre a los ojos y no se movía de la puerta de nuestra habitación.

—No le hables así —advirtió Davina, de pie junto a él.

—Cierra la maldita boca, pequeña zorra —gruñó mi padre.

—Señor, necesita abandonar las instalaciones ahora mismo. —El guardia de seguridad de la residencia era mayor que nosotros, pero no por mucho. Todavía parecía tan joven e ingenuo comparado con mi padre de pecho ancho.

—No voy a ir a ninguna parte —gruñó mientras yo me acercaba a la situación.

—Necesita irse antes de que llame a refuerzos —dijo el guardia.

Papá se rió, rudo y despiadado. —Oh, claro. Llama a unos idiotas mariquitas como tus "refuerzos". Quiero la mierda de mi hijo fuera de esta habitación ahora.

—Qué mala suerte —espetó Davina—. No vas a entrar aquí para tocar nada.

—¿Crees que vas a decirme *a mí* lo que tengo que hacer? —Levantó la mano para empujar su hombro—. ¿Una niñita como tú? ¿Eh? No eres más que una chiquilla irrespetuosa que necesita aprender cuál es su lugar.

La mandíbula de Finn se tensó mientras apretaba los dientes, poniéndose delante de Davina para protegerla de él.

—Mira, aquí está el gallito que cree que puede...

—Basta. —Me acerqué, abriéndome paso entre los guardias y la multitud de curiosos. Finn y Davina me vieron ahora mientras ocupaba el lugar junto a ellos, colocándome directamente frente a mi padre.

—Ahí está. Ahí está el inútil pedazo de mierda que solía llamarse mi hijo. —Se inclinó, gritando tan fuerte, tan enfadado, que la saliva salía volando de su boca.

El acto de mi desafío fue el punto de inflexión que desbloqueó el último nivel de su monstruosa personalidad. Había perdido el control. Y yo estaba tan harto de él que ni siquiera era gracioso.

—No le hables... —La réplica de Davina fue interrumpida por mi padre cuando intentó apartarla de un empujón.

Lo intentó, al menos. Atrapé su mano y lo empujé hacia atrás, haciendo que su brazo se sacudiera torpemente hacia un lado.

—No estás aquí por ellos. Si quieres actuar como un loco imbécil, desquítate conmigo. Por eso estás aquí, ¿verdad? ¿Quieres intentar meterme a golpes alguna estúpida exigencia de respeto?

—No me hables como...

Lo golpeé cuando se preparaba para darme una bofetada. Me anticipé al golpe —literalmente— y le propiné un sólido gancho en la mandíbula. Poniendo toda mi ira y frustración reprimida en el golpe, exhalé respiraciones profundas y entrecortadas. Me ardían los nudillos. Tenía el brazo tenso. Pero maldita sea, se sintió bien verlo tambalearse y caer de culo.

—Vamos. Inténtalo. —Me agaché para mirarlo fijamente mientras él me fulminaba con la mirada—. Deberías saber que ya no me voy a dejar. Ya no soy tu saco de boxeo. Me provocas, y te volveré a tirar al suelo.

—Maldito punk —balbuceó, frotándose la mandíbula donde parecía que lo había lastimado casi hasta el punto de que no podía hablar.

Me puse de pie, esperando a que lo intentara de nuevo. Mientras estaba sentado allí mirándome con ojos asesinos, llegaron más guardias de seguridad. También vinieron algunos policías.

—Vamos —le dije a Finn, retrocediendo hacia mi habitación—. Hora de irnos.

Dejando que los policías y los guardias se encargaran de mi padre en el pasillo, entré en mi dormitorio con mis amigos. —¿Estás bien? —le pregunté a Davina.

—Joder. —Sacudió la cabeza—. Haley me contó un poco sobre lo cabrón que es, pero *joder*.

Me reí una vez, sin alegría. —Sí. Pero ya no es mi padre.

—Ese es el espíritu —dijo Finn, dándome una palmada en la espalda y pareciendo intentar aligerar el ambiente con ese sarcasmo.

—No. Lo digo en serio. Mi madre y mi padre me han desheredado.

—¿Qué demonios me estoy perdiendo? —preguntó Finn—. Te vas a ver cómo está Haley, y antes de que me dé cuenta, él está aquí exigiendo que lo deje entrar para llevarse todas tus cosas.

—Quería tirarlas fuera. Para demostrar algo. Para intentar hacer mi vida lo más difícil posible porque nunca me puse en línea. —Caminé de un lado a otro, pasándome las manos por el pelo—. ¿No te hizo daño, verdad? —tuve que volver a preguntar.

—Estamos bien —dijo Davina—. Pero, ¿*qué* está pasando? ¿Dónde está Haley? ¿Está bien?

—Haley estará bien —dije—. Dice que las náuseas matutinas mejorarán en unos meses. —No pude evitar sonreír al poder decir eso. Que estaba embarazada. Que sería padre. Era el lado positivo más brillante de todo esto.

Ambos mostraron sorpresa, y luego felicitaciones. Los puse al día con lo que había sucedido. Mientras les contaba lo que encontré en casa de Haley, y todo lo que mi madre había dicho, les expliqué que ya no iba a vivir aquí ni a terminar el semestre en esta habitación. Me ayudaron a empacar y no sólo eso, sino que también vinieron conmigo a casa de mis padres para recoger mis cosas allí. Finn también contactó a un par de miembros del equipo de fútbol, y nos siguieron como refuerzo.

Por si mi padre no captaba el mensaje.

No tenía mucho, nada como muebles o cosas grandes, pero con mis amigos, tenía a alguien vigilando mi espalda mientras recogía mi ropa y cosas esenciales que podía llevar a casa de Haley.

Davina era perfecta para Finn, tan severa y práctica mientras Finn tendía a ser callado y nervioso. Ella se enfrentó a mi madre mientras yo recogía mis cosas y me iba, para siempre. Con uno de nuestros compañeros de equipo conduciendo su SUV, había más que suficiente espacio para guardar mi ropa y otros artículos pequeños

que podía llevarme sin que mis padres afirmaran que me llevaba algo que me hubieran dado últimamente. De todos modos, compré la mayoría de mis cosas con el dinero extra que ganaba cortando césped en los veranos y cosas así.

Antes de que pudiéramos volver a casa de Haley, revisé mi teléfono para ver si había contactado a su tía. No quería presentarme sin el consentimiento explícito de la verdadera dueña de la casa. Pero cuando saqué mi teléfono, me di cuenta de que necesitaría uno nuevo.

—Maldición.

Mi madre ya me había eliminado del plan.

—Oye —dijo Davina, haciéndome señas para que me acercara a donde estaba a punto de sentarse en el asiento del copiloto—. Haley me llamó y dijo que tu teléfono está apagado.

Asentí. —Acabo de verlo. Me quitaron del plan.

Davina me tendió su teléfono. —Vale. Pero parece que alguien quiere hablar contigo *ahora*.

Fruncí el ceño, confundido, y tomé el teléfono. Al alejarme, vi que era una videollamada con alguien que parecía la hermana de Haley.

—¿Hola?

—Hola, Eli. Soy Natasha, la hermana mayor de Haley.

—Ah, la gemela irlandesa. Encantado de conocerte. Casi podrían ser gemelas de verdad.

Sonrió, pero no perdió ese toque de seriedad. —Me llamó y me contó una buena parte de lo que ha estado pasando.

—Sí. Ha sido... —Me pasé la mano por el pelo y suspiré—. Ha sido un día infernal. Pronto serás la tía Natasha.

Ella sonrió y asintió. —Eso parece. Mi hijo estará encantado de tener un primo. Pero estoy llamando para obtener un poco más de información antes de que podamos quedarnos con las felicitaciones y los buenos deseos.

—¿Información sobre qué?

Continuó preguntándome sobre mi beca. Mis calificaciones. Mis planes. No preguntaba por hacer conversación, y mientras le respondía, me sentí muy puesto en el punto de mira, como si fuera un interrogatorio.

Una entrevista.

Si estaba ansiosa por examinarme y evaluarme como alguien que querría en la vida de Haley, era un poco tarde para que eso importara. Haley era mía. Nos quedaríamos juntos porque *nosotros* queríamos estar juntos, enamorados y con un futuro brillante.

Mis padres no me disuadirían de estar con ella. Y apostaba a que Haley no dejaría que Cindy o Natasha la convencieran de no estar conmigo tampoco.

Natasha no preguntaba nada sobre mis intenciones con su hermana. Estaba más centrada en detalles sobre mi beca, como las cantidades, la fecha en que fue concedida, quién estaba en el comité, y que le enviara todas mis calificaciones. Y pidió muchos detalles sobre aquella noche en que el coche fue dañado en esa fiesta. Cuando preguntó más sobre Drake, me puse un poco suspicaz.

—¿Natasha? No puedo evitar tener la sensación de que estas preguntas tienen un motivo.

—Lo tienen —respondió tajantemente. Pero no elaboró más—. Te dejaré ir con una última pregunta.

—Dispara. —Por mucho que quisiera caerle bien a la hermana de Haley, estaba desesperado e impaciente por volver con ella a la

casa.

—¿Realmente quieres cuidar de Haley y de tu hijo?

Me reí una vez. No pude evitarlo. Era tan absurdo. —Sí. Sí, Natasha, quiero. Es ridículo suponer que no lo haría.

Arqueó una ceja. —¿Por qué es ridículo?

—Porque amo a Haley. Y ya amo a nuestro hijo.

Ella sonrió lentamente. —¿Estás seguro de eso? Somos jóvenes. Esas son promesas muy grandes.

—Sí, somos jóvenes. Y son promesas grandes. Me mantengo firme en ellas.

No parecía del todo convencida todavía. —Te pasaste mucho tiempo acosándola.

—Sí. Lo lamentaré para siempre. Y pasaré el resto de mi vida trabajando para conseguir su perdón. —No vacilé, sin apartar la mirada—. Esto sucedió rápido entre nosotros, pero eso no hace que lo que siento por ella sea menos verdadero.

Amaba a Haley con todo mi corazón, y deseaba haber podido decírselo en voz alta a ella primero.

29

HALEY

La reacción de tía Cindy fue más o menos como había imaginado.

Cuando llegó temprano del trabajo, pensé que lo hacía porque estaba preocupada por mí, ya que me había sentido tan mal esa mañana.

En cambio, quería saber si era cierto.

—La señora Martínez dijo que escuchó a la barista del café decir que oyó a la señora Young contarle a su amiga que había desheredado a Eli porque te dejó embarazada y él se niega a dejarte o a hacer que te deshagas del bebé.

Soltó todo eso apresuradamente en cuanto abrió la puerta de golpe y me miró boquiabierta en el sofá.

—¿Es eso cierto?

Abrí la boca para responder, pero ella bajó la mirada hacia la mesa de café, donde la prueba de embarazo descansaba sobre una toalla de papel.

Inspiró tan ruidosamente, con un jadeo escandalizado, que temí que se desmayara.

Señalándola, dijo:

—¡Entonces *es* cierto!

—Sorpresa... —dije débilmente, haciendo el gesto de "ta-da" con las manos.

—Dios mío, Haley. Creía que te había dicho que tuvieras cuidado.

—Y lo tuve. *Sabes* que tomo la píldora.

—Y aun así... —Levantó las cejas.

—Y aun así, sucedió.

Permaneció callada un largo momento, mirándome fijamente. Vi todas las emociones desfilar por su rostro. Sorpresa y luego conmoción. Comprensión y confusión. Decepción y luego alegría. En el silencio, le di la oportunidad de superar los pares de opuestos que la azotaban.

—No vas a... —Frunció el ceño—. ¿Vas a hacerle caso a esa horrible mujer y deshacerte del bebé?

Coloqué mi mano sobre mi vientre.

—Ni hablar.

Sonrió. Al principio fue una sonrisa débil, pero se hizo más radiante.

—Otro bebé en la familia.

Extendí los brazos y ella se acercó para abrazarme, meciéndome en el sofá mientras reía y expresaba su emoción por darle la bienvenida a otro bebé al mundo. A diferencia de la señora Young, tía Cindy sabía que este niño o niña sería una bendición para apreciar, sin importar las circunstancias.

—Y eso significa una persona más en la casa —me encogí, esperando su reacción.

—¡Obviamente!

—No, no solo el bebé. Eli, cuando se mude con nosotras hasta que nazca el bebé.

Se puso seria.

—¿Hasta que tú también te mudes?

Asentí.

—No quiero criar a este bebé cerca de sus padres.

—Dudo que él tampoco quiera —frunció el ceño, observándome con la expresión de una madre preocupada.

—Aun así nos mudaremos. No sé si este embarazo significará esperar o qué, pero mi futuro no está aquí, tía Cindy —no podía estarlo si quería lo mejor para mi bebé, lo que significaba no criarlo en una comunidad tan cerrada de mente, llena de gente con prejuicios que juzgaba demasiado rápido.

—Lo sé, pero... —suspiró—. ¿Se quedará aquí para ayudarte con el embarazo?

Asentí.

—Claro. Va a estar muy involucrado —no había duda de que querría cuidarme en cada paso del camino—. Pero también porque no tiene otro lugar adonde ir.

Durante la siguiente media hora, le expliqué todo. Cómo su madre había venido aquí, lo que dijo. Cómo sus padres lo trataron y cómo lo desheredaron.

—Y parece que ya le cortaron el teléfono —levanté el mío—. Intenté enviarle mensajes y llamarlo durante todo el día, y es como si su número estuviera desconectado. Natasha también quería hablar con él.

Tía Cindy frunció los labios.

—Creo que todavía tengo mi teléfono viejo. Podría usarlo y obtener un nuevo número —se encogió de hombros—. Lo añadiré al plan y él puede, bueno, no sé, ayudar con las tareas de la casa para que podamos llamarlo un trato justo.

También le conté sobre sus problemas escolares y, al final, estuvo de acuerdo conmigo en que los planes tendrían que esperar una decisión final sobre si podría graduarse o no.

Eli llegó poco después, con Finn y Davina.

—Entonces, ¿este será, um, nuestro dulce hogar hasta el final del semestre? —me preguntó mientras todos entraban. Decidimos que una cena de pizza era necesaria antes de traer todas sus cosas.

—Sí —dijo tía Cindy mientras sacaba platos y servilletas para esta improvisada necesidad de organizar una comida aquí—. Eres bienvenido a quedarte hasta la graduación.

Él la abrazó.

—Gracias. Te lo compensaré, tía Cindy.

—Calla —sonrió, devolviéndole el abrazo—. Devuélvelo siendo un buen hombre para mi sobrina.

—Ya lo es —dije.

—Haré todo lo posible por ser el primero y único hombre para ella —respondió Eli, casi con arrogancia antes de acercarse a mí y besarme —. Porque así de mucho la amo.

Esas tres palabras. Las había dicho como si fuera la verdad más natural para compartir.

Me dolerían las mejillas de tanto sonreír. Sin embargo, sonreí, mirándolo con todo el amor que mi corazón podía contener.

—Yo también te amo.

Durante el resto de la noche, nos acomodamos a esta nueva realidad. De amor, mientras Eli y yo compartíamos pequeñas miradas como si quisiéramos recordarnos que habíamos llegado a este punto de intimidad, cómodos para decir esas tres palabras tan importantes. De amistad, ya que Davina y Finn se quedaron a comer con nosotros y a ayudar a traer las cosas de Eli.

También discutimos lo que podría suceder después. Era obvio que terminaríamos el semestre, pero los planes a largo plazo tendrían que esperar la decisión de la universidad sobre Eli.

Al principio parecía tan surrealista, acostumbrarme a que Eli estuviera siempre aquí conmigo. Se mudó a mi habitación, pero ambos acordamos abstenernos cuando Cindy estuviera en casa. Mi tía se llevaba bien con él, agradecida por todas las pequeñas cosas que podía arreglar en la casa grande y en el jardín que necesitaban reparaciones. Davina y Finn también venían a menudo, y por supuesto, seguíamos en el campus, en clase y preparándonos para los exámenes finales que pronto llegarían.

Lo único que haría todo mejor sería saber qué pasaría con Eli.

Por fin, las noticias llegaron de la persona más inesperada.

Después de la cena del viernes antes de que comenzara la semana de exámenes finales, Natasha apareció con Grayson.

Tía Cindy y yo estábamos emocionadas de verlo, e incluso Eli parecía pasarlo bien con el niño, paciente para ayudarlo con su ceceo. Su nombre era difícil con la *l*, y Eli fue gentil al ayudarlo a pronunciarlo correctamente.

—Quería venir y compartir las noticias en persona —dijo después de decir que ella y Grayson solo podían quedarse una noche para visitar.

—¿Qué noticias? —pregunté mientras todos nos sentábamos en la sala mientras tía Cindy y Grayson hacían un rompecabezas en la mesa de café.

—Sobre Eli —Nat le sonrió—. Creo que Greg dijo que el comité universitario te lo diría el lunes, pero no quería esperar para darte la noticia.

—¿Quién es Greg? —preguntó Eli. Luego abrió mucho los ojos—. Espera. ¿Greg Larson? ¿El presidente de la universidad?

—Ese sería su padre, Greg Sr. —Natasha puso los ojos en blanco—. A Greg *Junior* le molesta que le recuerden que se supone que es un junior en cualquier cosa, incluso en el nombre. Mi Greg —corrigió sonrojándose.

—¿Tuyo? —me burlé.

Asintió.

—Greg y yo nos conocimos en el trabajo. Es uno de los dueños de la empresa, y desde el primer día, estaba claro que seríamos enemigos. Enemigos laborales.

Sonreí, recordando cómo había dicho que le encantaba la idea de enemigos a amantes. Vi hacia dónde iba esto.

—Él y yo desarrollamos un odio mutuo, pero se convirtió en una especie de amistad cuando me ascendieron para ayudar en un proyecto. Y esa amistad se volvió algo más. Hasta que —se inclinó para cubrir ambos oídos de Grayson— pareció que se acostó con su ex que me odia y mintió al respecto. Y no quise saber nada más de él.

Tía Cindy y yo alzamos las cejas cuando quitó las manos de los oídos de Grayson.

—Planeaba no volver a hablarle nunca —dijo Nat con naturalidad, mirándome—. Pero cuando me llamaste y me contaste sobre sus problemas en la universidad, recordé que Greg me había dicho una vez que su padre pensaba que West era un dolor de cabeza con quien tratar.

—Así que... ¿hablaste con él? —adivinó Eli.

Asintió.

—Lo hice. Recuerdo lo impotente que me sentía aquí en este pueblo, y me di cuenta de que nunca podría vivir conmigo misma si no intentaba ayudar. Si no hablaba. Preparé todos los detalles y se los llevé a Greg.

—¿Y él —cubrí los oídos de Grayson— se acostó con esa ex?

—No —Natasha negó con la cabeza—. No lo hizo, pero *sí* mintió sobre dónde estaba esa noche en cuestión porque entró en pánico, pensando que parecería que estaba con su ex y no quería que yo pensara eso —puso los ojos en blanco—. Greg estuvo desesperado durante semanas para que volviera a hablarle. Y estoy hablando de súplicas intensas y constantes. Tuve que hablar con él sobre la situación de Eli para escucharlo y darle otra oportunidad. Y... —se frotó la nuca, sonriendo tímidamente—. Lo he hecho. Y él pudo hablar con su padre en tu nombre —le sonrió a Eli—. El señor Larson tiene más influencia y poder que el padre de Preston. Tal vez no donen tanto como de costumbre, pero según Greg y su padre, eso no es una pérdida. Son un dolor de cabeza con quien tratar.

—Entonces... ¿qué significa esto? —Eli tomó mi mano y la apretó.

—Puedes graduarte, siempre y cuando apruebes tus cursos. No habrá ningún registro de "mal" comportamiento. El señor West también perdió su discusión con el comité de becas. No te la revocarán, y no deberás ni un centavo.

Él se lanzó hacia mí, abrazándome y besándome profundamente.

Tía Cindy y Natasha también se unieron a las celebraciones, pero Grayson estaba confundido.

Se había acabado.

La espera había terminado.

No más temores, ni dudas, ni preocupaciones, ni estrés.

Eli podría graduarse según lo planeado, y nuestros futuros seguían siendo nuestros para disfrutar y planear.

—Gracias —le dijo a Nat después de abrazarla—. Gracias por respaldarme.

—Admito que también me benefició —sonrió—. Greg y yo estamos saliendo oficialmente —nos contó cuando Grayson se fue corriendo al baño—. Y es maravilloso con Grayson.

No podría haber sido más feliz. Por todos nosotros. Por Grayson, por tener un buen modelo masculino en su vida. Por mi hermana, por abrirse y encontrar el amor. Por Eli, por poder graduarse y no tener que devolver su financiación. Por tía Cindy, por ver crecer a nuestra familia.

Y me sentía completamente contenta de bajar lo último de mis defensas y tener fe en que con amor, con este hombre fuerte a mi lado, mi futuro sería más brillante que nunca.

Todo lo que teníamos que hacer era llegar al final del mes y graduarnos.

—¿Se lo dirás a tus padres? —preguntó tía Cindy una vez que limpiamos la sala antes de dar la noche por terminada.

—No —Eli negó con la cabeza—. No merecen saber sobre mi éxito —con una mirada larga y sincera hacia mí, sonrió lentamente y me dejó ver el amor que sentía y necesitaba—. Tengo a mi familia justo aquí, y eso es todo lo que importa.

30

ELI

Un mes después...

—Rebecca Warner.

Los aplausos siguieron al anuncio monótono del maestro de ceremonias.

Por fin estaban llegando al final del alfabeto.

No estaba seguro de que llegaríamos a la ceremonia de graduación. No con Haley vomitando toda la mañana. Odiaba cada día que comenzaba con sus náuseas matutinas, pero según el médico con el que tenía sus revisiones, todo iba bien. Después del primer trimestre, se suponía que las náuseas matutinas disminuirían, y según Natasha, que juraba que todo mejoraría, la acidez estomacal que vendría en el tercer trimestre sería peor.

No veía cómo. Por mucho que odiara que Haley sufriera, sabía que era lo suficientemente fuerte para sonreír y aguantar. Eso no significaba que dejaría de mimarla y atender todas sus necesidades. Nunca permitiría que pensara que no podía contar conmigo.

Como la luchadora que era, estaba aquí, contra viento y marea, o contra las náuseas y las ganas de vomitar. Más arriba en las filas de

compañeros con togas y birretes, justo al lado de Davina, ella estaba de pie con la borla de su gorro balanceándose mientras se reía de algo que Davina había dicho.

—Walt Wagon.

Suspiré, impaciente por que llegaran a mi nombre. Realmente no me importaba esta ceremonia. Todo lo que quería era el diploma y salir de aquí. Este también era el día de la mudanza, así que cuanto antes pudieran terminar con esto, mejor.

La tía Cindy no quería ni oír hablar de saltarnos este día. Estaba allá atrás con Natasha, Grayson, Greg y la familia de Finn. Insistía en que no la priváramos de tomar todas las fotos que quisiera para capturar este día.

Me importaba más que fuera un día de avanzar, no de festejar o celebrar lo que había sucedido en Marsten.

Mientras miraba la espalda de Haley, ella se volvió para dedicarme una dulce sonrisa. Sus gafas se deslizaron un poco por su nariz, pero no dejó de sonreírme para empujarlas hacia arriba todavía.

Así era, y así esperaba que siempre fuera entre nosotros. Una pequeña mirada, y ambos sabríamos que todo estaba bien en el mundo. Mientras nos tuviéramos el uno al otro, todo sería perfecto.

—Preston West.

Perdí mi sonrisa ante ese anuncio. Haley puso los ojos en blanco y miró hacia adelante cuando llamaron a ese imbécil ricachón.

Los abucheos acompañaron a los aplausos, y sonreí.

—Veo que le sonríes a tu pequeña zorra —se burló al pasar junto a mí en la fila.

Le puse el pie y lo hice tropezar, manteniendo la cara impasible.

Cayó hacia adelante, casi derribando a los estudiantes que estaban de pie frente a nosotros. Un par de sillas se plegaron y cayeron con

un fuerte estruendo por el alboroto.

No me volví, manteniendo mi cara hacia adelante mientras él se enderezaba y me miraba con furia.

—Eres un estúpido perdedor...

—Oh, lo siento muchísimo —dijo el fornido luchador a mi lado, fingiendo asumir la responsabilidad de haberlo hecho tropezar.

Preston nos miró con los ojos entrecerrados a ambos y reanudó su camino hacia el escenario.

El tipo a mi lado se rió y levantó su mano en un choque de puños, contra el que golpeé el mío.

—Maldito idiota —murmuró el tipo entre dientes—. No puedo esperar a no tener que verlo de nuevo.

Sonreí más ampliamente.

—Sé a lo que te refieres.

A decir verdad, estaba deseando no tener que enfrentarme a mucha gente en el pueblo. Preston. Sus amigos como Drake. Las chicas que parecían lo suficientemente equivocadas como para asumir que seguía soltero y coquetear conmigo. Mis padres.

Comenzar de nuevo en la ciudad era una aventura que no podía esperar a empezar.

Por fin llegó el momento.

—Eli Young.

Sonreí, moviéndome por la fila para llegar al escenario y recibir mi diploma. Gritos y vítores resonaron entre los aplausos, pero no me inmutaron. Esta euforia no era como la anterior que sentía cuando jugaba al fútbol. Y nunca se compararía con la alegría que me producía ver la aprobación de Haley.

En el escenario, estreché la mano del decano.

—Sabía que lo lograrías —dijo con una sonrisa sincera.

—Gracias —respondí, sinceramente. Nunca olvidaría cómo había estado de mi lado.

Nos detuvimos para que el fotógrafo oficial tomara la foto, pero sabía que más atrás en las gradas, la tía Cindy estaba tomando un montón de ellas con su teléfono.

Encontré la cara sonriente de Haley entre la multitud y le guiñé un ojo. Ella respondió articulando: *Te amo*.

Sí, yo también. La amaba más que a cualquier otra cosa en el mundo, y no podía esperar a mostrarle cuánto más tarde esta noche.

Parecieron horas después cuando pudimos abandonar el estadio abarrotado. Era un caos por todas partes, con muchos grupos tomando fotos, familias reuniéndose alrededor de los graduados, y profesores y personal mezclándose.

Sin embargo, no nos demoramos. Tan pronto como encontré a Haley, la levanté y la besé intensamente, amando cómo su vientre empezaba a hincharse. Todavía no se le notaba, pero sabía que cuando fuera así, me encantaría ver su barriga grande con nuestro bebé.

—Estoy tan orgullosa de ti —dijo, mirándome con esa brillante mirada verde de adoración.

—Yo también estoy orgulloso de mí.

Ella fingió un gesto de sorpresa.

—¿No estás orgulloso de mí?

—Por supuesto que lo estoy —La besé de nuevo—. Pero nunca hubo duda de que *tú* te graduarías.

—Cierto —respondió con aire de suficiencia.

Me reí con ella mientras el resto del grupo se unía a nosotros.

Natasha y Greg nos felicitaron, pero la tía Cindy estaba demasiado preocupada por conseguir *todas* las fotos y videos.

—Déjame tomar una de la familia —ofreció Greg, haciéndonos un gesto para que nos acercáramos todos, incluida Cindy.

Posamos, y como Greg y yo habíamos planeado en nuestra conversación de esta mañana cuando él, Natasha y Grayson vinieron a viajar con nosotros a la ceremonia de graduación, me hizo un gesto para hacerme saber que estaba grabando un video, no tomando una foto.

—Muy bien. Todos digan *sonrían* —Sostuvo su teléfono en alto. Davina y Finn estaban con nosotros, y ambos también tenían sus teléfonos levantados.

—¡Sonrían! —corearon todos.

—Muy bien —dijo Greg—. Una más a la cuenta de tres. Uno, dos, tres...

—Haley, ¿quieres casarte conmigo? —Lo dije en el silencio después de la cuenta regresiva, emocionado de capturar las reacciones de todos en tiempo real.

La tía Cindy jadeó. Natasha se rió. Grayson gritó:

—¡Tengo un tío! —Omitió esa *t*, y era demasiado adorable.

Haley volvió la cabeza, sonriéndome mientras yo mantenía mi brazo alrededor de sus hombros.

—¿Serás mi esposa, Haley? —pregunté más tranquilo, diciéndolo en serio ambas veces. Mientras alcanzaba la caja del anillo en mi bolsillo, me arrodillé y la miré. No tenía mucho, pero había mucho para crecer con el amor entre nosotros.

Mirando a la dulzura que fui un tonto al intimidar, la única amiga que alejé, recé para que aceptara este anillo y fuera oficialmente *mía* para que todos lo vieran.

—¿Me harás el hombre más feliz de la tierra y serás mi esposa, la madre de todos mis hijos?

Ella me miró boquiabierta, con la risa clara en sus ojos.

—¿*Todos* tus hijos?

—Apenas estamos empezando, ¿verdad?

Se rió.

—Vamos a tomarlo con calma.

—De acuerdo. Apuntaremos a seis.

—¡Seis!

Sonreí, apreciando la suave textura de su mano en la mía. Era tan suave y sedosa, incitándome a tocarla y saborearla en cada oportunidad que pudiera tener. Incluso cuando necesitaba algo un poco más duro, un pequeño mordisco de dolor, seguía siendo el alma dulce sin la que no podía imaginar que mi vida estuviera completa.

—¿Qué tal si vamos con uno y vemos cómo van las cosas? —bromeó ella.

—Lo que tú quieras —le dije. Siempre haría todo lo posible para hacerla feliz. Eso era todo lo que necesitaba saber para que todo estuviera bien en mi mundo.

—De acuerdo —asintió.

—Espera. De acuerdo, ¿tendremos tres hijos o...?

Ella se rió, tirando de mi mano para que me levantara.

—Está bien, me casaré contigo.

La abracé fuerte, besándola sin ninguna paciencia para deslizar el anillo en su dedo. Mientras me mirara así, como si yo fuera su héroe, su hombre, su razón para sonreír y mantenerse fuerte, no podía resistirme a aplastar mi boca contra la suya y robarle el aliento.

Sus manos subieron para enmarcar mi rostro, haciéndome casi suspirar contra ella. Me encantaba cada forma en que me tocaba, pero había algo en ese gesto que siempre me llegaba al alma.

—Te amo, Haley —prometí.

—Y yo te amo a ti, Eli.

La besé una vez más, luego bajé la cabeza para ver cómo deslizaba el anillo en su dedo.

Las felicitaciones siguieron de nuevo, pero esta vez, nos trasladamos a la casa. Finn y Davina tuvieron que irse con sus familias, pero vendrían más tarde para ayudarnos a finalizar el embalaje.

Greg y yo cargamos las cosas más pesadas en la furgoneta, y aunque apreciaba la oportunidad de conocerlo mejor, contando con que él estaría en mi vida en la ciudad, me contuve de lamentar que no pudiera estar haciendo todo esto con Haley. Después de comer fuera, ella y Natasha se concentraron en mantener ocupado a Grayson.

—Bueno, ya casi has terminado —dijo la tía Cindy, revisando el contenido de la furgoneta de mudanza.

—Sabes, parece que hay mucho —dije, bromeando con ella—, pero ¿estás segura de que no quieres simplemente levantar la casa y transportarla entera?

—Oh, para ya. Puedo reducir el tamaño —Y lo estaba haciendo. En lugar de quedarse aquí en Marsten, decidió mudarse conmigo y Haley a la ciudad. Estaríamos todos juntos, las dos hermanas cerca una de la otra. Grayson también podría crecer con su nuevo primo.

La tía Cindy puso la casa a la venta con el plan de mudarse con nosotros y ayudar. Como tenía experiencia en la guardería y estaba emocionada por la llegada del bebé, decidimos que viviría en el mismo edificio que nosotros y nos ayudaría para que Haley y yo pudiéramos centrarnos también en el trabajo. Equilibrar un nuevo bebé y un nuevo trabajo sería un desafío, pero se convirtió en una aventura al estar también en un nuevo hogar.

Haley ya había aceptado un trabajo en una escuela, y decidiría sus objetivos para la escuela de posgrado después de que llegara el bebé. Con la tía Cindy allí para ayudar como niñera y viviendo cómodamente con la venta de la casa, Haley no tenía que posponer sus sueños académicos para siempre.

El comienzo de mi carrera tampoco estaba nada mal.

Un gimnasio cerca del edificio de apartamentos ya me había ofrecido un trabajo, y aunque los requisitos del trabajo estaban un poco más allá de mi experiencia y conocimiento, accedieron a pagarme cursos de certificación adicionales para ponerme al día y así poder contar con un salario aún más alto de lo que me había dicho que recibiría.

Con el difícil comienzo del semestre y la estupidez de aceptar ese maldito reto de Preston, todo estaba saliendo bastante bien.

—¿Y si nos casamos en el juzgado? —dijo Haley mientras se acercaba a mí una vez que la furgoneta estaba cargada y cerrada.

Le sonreí.

—¿Sin gran boda?

—Hmm, no —Colocó sus brazos sobre mis hombros y chocó su nariz con la mía—. No puedo esperar para llamarte oficialmente mi querido y devoto esposo.

La besé, mordisqueando su labio inferior al soltarla. Ella siseó ante el escozor y sonrió.

—Eso fue cruel.

—Ya soy tu querido —La besé de nuevo hasta que me dio un sexy maullido, aplastando su cuerpo contra el mío—. Y estoy tan jodidamente dedicado a ti, que ni siquiera es gracioso —Nos besamos de nuevo, pero tuve que provocarla con otro mordisco en su labio.

—Y tú eres mía —juré. Independientemente de cuándo lo hiciéramos oficial, ella era mía para guardarla y apreciarla sin importar qué.

—Así como tú eres mío —respondió dulcemente.

—¿Qué tal si nos ponemos en marcha para poder tener esa boda en el juzgado? —La miré, sabiendo que este era el comienzo del resto de mi vida—. Y nos despedimos de este lugar.

—Buen viaje, también —Me besó, y con el toque de sus labios contra los míos, sonreí, recordando cómo una vez pensó que me estaría diciendo eso a *mí*.

Y aquí estábamos, listos para permanecer juntos durante toda nuestra vida.